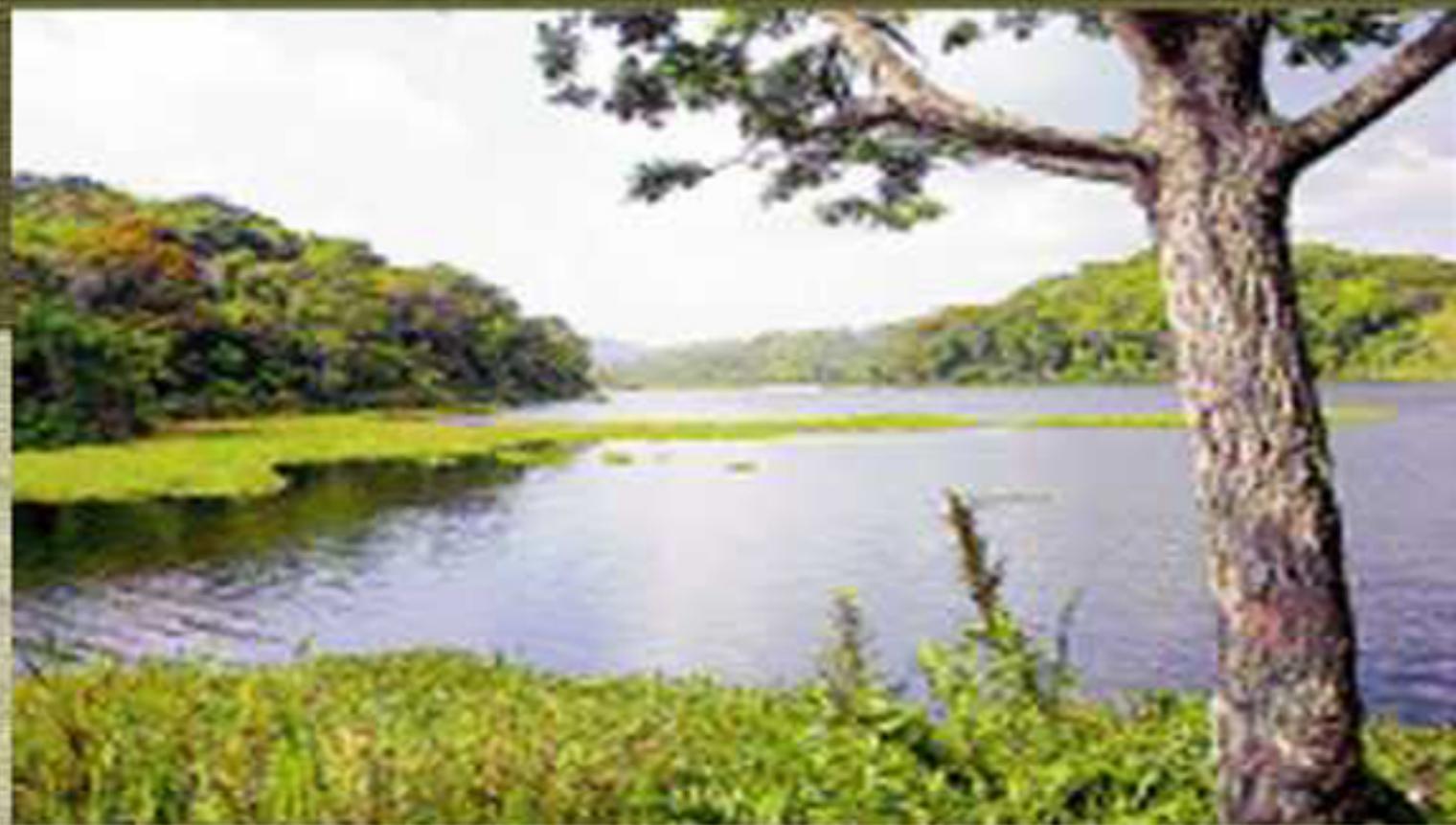


# TAREAS

Panamá, enero - abril 2004

Nº 116



## HISTORIA Y SOCIEDAD

Alfredo Castillero Galvo - Patricia Pizzuto

## NUESTRA AMERICA

Anibal Quijano - Perry Anderson - Atilio Borón

## MUNDO MULTIPOLAR

Edward W. Said - Naomi Klein



**Presentación.** *En publicación seriada: TAREAS.* Número 116, enero-abril 2004. Centro de Estudios Latinoamericanos, (CELA), "Justo Arosemena", Panamá, R. de Panamá

## Presentación

Han reaparecido, en los foros internacionales, los elementos que se refieren a la identidad. ¿Quiénes somos? Los panameños desde la separación de Bogotá en 1903, tenemos claro que no somos colombianos y, mucho menos, “una estrella más en la bandera de EEUU”. Pero la pregunta aún no la respondemos: ¿Quiénes somos?

Con motivo de la desaparición del bloque soviético, la comunidad internacional y, especialmente Occidente, se pregunta ¿quiénes somos? Perry Anderson, en este número de *Tareas*, señala que los proyectos que encabezan las élites gobernantes, como la de EEUU, buscan su identidad. La identidad de lo propio, sin embargo, es demasiado contradictorio, sólo debilita la legitimidad del conquistador.

La solución al dilema es identificar al “otro”, cualquier otro, cualquier contraparte que le permita distinguir lo diferente. Hay que crear una entidad que reúna los valores que niegan aquellos que son idealizados por cualquier sociedad que se aprecie: lealtad, honestidad, amor.

Al desaparecer “el imperio del mal”, la inteligencia de EEUU desplegó toda su creatividad para identificar el nuevo “otro”, con todos los atributos negativos del caso. Comenzó por los narcotraficantes, exploró el “eje del mal” y, finalmente, se afincó en la antigua noción de Oriente, asentada en la cultura árabe y en los valores islámicos.

Edward Said, fallecido en 2003, en la presentación de su obra *Orientalismo*, presenta la forma en que Occidente manipula la noción de Oriente para construir el “otro”. *Tareas* extiende un homenaje póstumo al hombre que dedicó su vida al trabajo académico y a la paz en Medio Oriente. Said era un trabajador intelectual incansable y, al mismo tiempo, un militante quien dedicó su vida a la causa del pueblo palestino.

Oriente es una noción ideológica tan antigua como Occidente. La construcción de Occidente pasa por la creación indispensable del “otro”, de lo contrario, de lo diferente: Oriente.

Según Said, la construcción del “otro” implica vaciarlo de valores, de historia. Al mismo tiempo, se le acreditan todos los males universales. Su destrucción, por lo tanto, es legítima, es deseada, es obra divina.

En el caso de la invasión y ocupación militares de Irak, la lógica del “otro” se puso a funcionar. Además, la operación se facilitó utilizando nociones antiguas asociadas con Oriente, con “el imperio del mal” y con los prejuicios religiosos. En el trabajo de Naomi Klein se presenta la estrategia de EEUU para apoderarse de los ricos yacimientos petrolíferos de Irak.

El artículo de Perry Anderson también se refiere a Nuestra América, la “otra” América, sometida a las políticas neoliberales del nuevo imperialismo. Al igual que Aníbal Quijano, se preguntan ¿dónde está el proyecto de nación que emergió con energía a mediados del siglo XX. ¿Cuál es la salida del laberinto que es hoy la región latinoamericana?, pregunta Quijano. Atilio Borón interviene en el debate rebatiendo las tesis “conformistas” de quienes, renovados, se pliegan a los objetivos de los sectores dominantes, “dueños de la historia”.

En el plano nacional, se destaca el trabajo de reconstrucción histórica realizado por Alfredo Castillero Calvo. Captura, con su estilo esclarecedor y docente, las pugnas por el poder del Panamá naciente del siglo XVI. A lo largo del trabajo de Castillero, aflora la tesis subyacente de que las luchas entre los pizarristas y los anti-pizarristas del siglo XVI están en las raíces de las pugnas entre los “transitistas” y desarrollistas del siglo XX.

La historiadora Patricia Pizzurno presenta un ensayo que recoge la evolución de las clases dominantes panameñas, vinculadas al comercio, y su visión de la autonomía que culmina en la creación de la República en 1903 y en los enfrentamientos nacionalistas con EEUU del siglo XX.

La reseña de Irma Balderas, sobre la reestructuración y centralidad del mundo del trabajo, del libro de Adrián Sotelo redondea esta entrega.

*Tareas* ofrece al final de sus páginas el índice de artículos, por autor, publicados en las entregas de los últimos tres años (2001-2003) correspondiente a los números 107 al 115.

# HISTORIA Y SOCIEDAD

## LOS GRUPOS DE PODER EN LA COLONIA\*

Alfredo Castillero Calvo\*\*

La historia de Panamá está impregnada de ambigüedades, contradicciones, confusiones, omisiones, asunciones y mitos. No es la primera vez que lo afirmo. Grandes tramos del pasado se desconocen totalmente, y permanecen ocultos bajo un manto de sombras. Se percibe el pasado lejano como un cúmulo de eventos que no tienen que ver con el presente. Y se machaca persistentemente en lo que ha ocurrido desde 1903 para acá como el único pasado que debiera interesarnos. Como si surgiese de la nada y hubiese sido posible sin las varias centurias de experiencias colectivas que lo prepararon.

Esta incompreensión del pasado explica nuestra propia consideración de la función social de la historia como memoria colectiva. Los hechos no cambian. Son como esos objetos que permanecen en la oscuridad, ocultos en rincones olvidados de la casa, guardando secretos incontables que no se descubren hasta que los hombres, o las sociedades se encuentran en condiciones de reconocerlos. Nada de lo contenido en ellos, desde el momento en que se produjeron, cambia con el paso de los siglos. Sin embargo, cuando los descubrimos, se reservan parte de su contenido, y no se nos revelan en su plenitud. Ello es así, porque cada sociedad percibe los hechos del pasado de manera distinta. A menudo se encuentra frente a ellos sin percatarse de su existencia, y cuando los advierte sólo rescata una mínima parte de lo que encierran, porque no siempre está en situación de comprenderlos.

Esto significa que la recuperación del pasado es un acto social, en el que intervienen los hombres con los instrumentos mentales de cada época. Y significa también que nos acercamos al pasado con actitudes polivalentes, que interpretamos los hechos ya ocurridos de maneras muy diversas, y que lo que un individuo, o una generación percibe de una manera, otros individuos y otras generaciones lo verán de manera muy distinta. Somos nosotros los que cambiamos y nuestra forma de ver las cosas.

De esta suerte, la percepción del pasado cambia con las edades, y es transformado por las generaciones, o permanece para siempre en las tinieblas. Cambiamos el pasado con cada presente. Rescatamos del pasado lo que queremos, lo que nos interesa, desde la perspectiva de nuestras pulsiones políticas, ideológicas, o prácticas, o para satisfacer nuestras inquietudes intelectuales. Por ello, el hecho permanece inabarcable, como un manantial que nunca se seca, a la espera de que otros hombres y otras generaciones acudan a él para saciar su sed.

La mejor evidencia de lo anterior, la ofrece actualmente Panamá, con la creación de sus propios mitos, pretendiendo rescatar héroes olvidados, o bajando a otros de su peana, y atizando los coléricos debates que suscita el recuerdo de 1903. Sin embargo, la prueba más clara es la obsesante pasión por la identidad nacional, un tema recurrente de nuestra intelectualidad, que parece no agotarse. ¿Pero dónde debieran abreviar los estudiosos, sino es en la fuente de nuestro propio pasado?

Los estados nacionales más avanzados han comprendido que la enseñanza y difusión de la historia constituyen un vehículo fundamental para la creación de conciencia colectiva y alentar el patriotismo. Lo hace así porque entiende que la identidad de los pueblos se sustenta sobre la conciencia de su pasado, y que mientras más fuerte es su identidad más sólido es el sentido de historicidad, de pertenencia a un pasado común. Pero esa acumulación de experiencias colectivas

a lo largo de los siglos sólo adquiere significado y trascendencia cuando se convierte en memoria escrita, ya que es así como la memoria se hace permanente y durable.

En Panamá vivimos un momento privilegiado en ese sentido, gracias a la oportunidad que nos brinda la celebración del Centenario de la República. Los medios de comunicación nos están inundando de alusiones vagas o concretas sobre la historia patria, la proliferación de historiadores y de aficionados a la historia brota como la lava de un volcán en erupción irrefrenable.

Sin embargo, hasta ahora no se ha visto una reflexión sobre el quehacer histórico, ni consideraciones sobre el sentido de la historia. Lo que abunda es la trivía, la historia superficial y anecdótica. La acumulación de cronologías ha suplantado al análisis, el debate rabioso sobre la conducta moral de nuestros antepasados ocupa el lugar que corresponde a la interpretación del contexto, en lugar de biografías se hacen reseñas banales y unidimensionales de personajes conspicuos, se ha reinstaurado la antigua moda de reconstituir historias de familias y linajes, y nuevos mitos y personajes se han sumado al santoral.

Pero los hechos de épocas más lejanas no forman parte de la agenda. Y el pasado sigue siendo percibido como un hecho dado, agotado en sí mismo, como una realidad definida que no admite cambios. Una paradoja de la historiografía panameña es que sin haber madurado ya está dando muestras de envejecimiento, porque se asoma al pasado con los métodos y enfoques que practicaban los antiguos historiadores, y ya es tiempo de que empiece a remozarse. Estamos perdiendo otra gran oportunidad.

Se puede hacer mucho ruido con toda esa pirotecnia de imágenes y luces disparando nombres y fechas sin fin, como se está haciendo, en un esfuerzo que asemeja más una parada de carnaval con tarascas y artificios, que una verdadera producción histórica. Y mucho me temo que nada de eso servirá para lo que se pretende que sirva, a saber, fortalecer nuestra identidad, o alimentar el patriotismo.

Me apoyaré en la reflexión anterior para explicar el tema que he escogido en esta ocasión. Cuando la Vicerrectoría de Investigación y Post-Grado me hizo el honor de invitarme para abrir este congreso, acepté a condición de que se me permitiera hablar de un tema en el que me encontraba trabajando. En los últimos dos años, gracias a que la Universidad de Panamá me ha permitido acogerme a la figura de profesor investigador de dedicación exclusiva, he podido dedicarme con gran intensidad al estudio de nuestro pasado, remoto y reciente, rescatando hechos totalmente olvidados o poco conocidos. De este esfuerzo ha resultado un libro titulado *Panamá la Vieja, cultura material, economía y sociedad*, en cuyas mil páginas me asomo a casi cualquier hecho que haya considerado útil para explicar el pasado urbano de nuestra ciudad primada hasta el ataque de Morgan en 1671. También de este esfuerzo han resultado otras tantas páginas para la Historia general de Panamá, que patrocina el Comité Nacional del Centenario, y cuya extensión todavía sigue creciendo.

En estas investigaciones he utilizado una abundante documentación de archivo que he ido acumulando durante casi cuatro décadas como historiador, algunas desde cuando era estudiante en Sevilla y Madrid. Gran parte de ella ya la había trabajado antes, pero estas mismas fuentes, que ya creía haber agotado, me revelaron cosas muy distintas a las que originalmente había percibido. Esto prueba que lo importante no es haber descubierto la fuente, sino estar preparado para abreviar en ella y que, como dije al principio, un mismo "hecho", en otro momento de análisis puede revelarnos secretos que no sospechábamos. El "hecho", que nos resultaba ya familiar y viejo, se nos muestra entonces como un personaje desconocido, lleno de vitalidad y sorpresas.

Entre todos mis trabajos recientes escogí para esta tarde la formación de los primeros grupos de poder, sobre todo porque en torno al nacimiento de nuestra oligarquía se han ido tejiendo durante los últimos años varias hipótesis que han sido aceptadas con poca o ninguna discusión por parte de la comunidad académica, pero que adolecen de lo que yo denomino la falacia de la documentación deficiente. Se han convertido en tópicos de nuestra historiografía, y ya han ingresado al panteón de las verdades consagradas. Y yo creo que todo historiador tiene el compromiso, no sólo de enseñar a pensar históricamente, y de contribuir con sus propias investigaciones a desmitificar el pasado, reivindicando la supremacía de la evidencia documental sobre cualquier elucubración basada en categorías o supuestos ideológicos, o en meras especulaciones carentes del necesario respaldo en las fuentes de archivo. Sino que, además, debe tratar de explicar la historia, para hacer que otros puedan comprenderla, y al hacerlo, señalar las

interrelaciones y las tramas contextuales en las que se desarrolla la sociedad, con sus múltiples sutiles matizaciones, y con la claridad necesaria para que pueda captar el interés de sus lectores.

Son cinco las hipótesis a que me refiero. Tres de ellas ya se encontraban establecidas cuando yo era estudiante, y los estudiosos siguen repitiéndolas sin apenas atreverse a revisarlas. Dos son ya clásicas y muy viejas. Una de ellas sostiene que los vecinos de las ciudades terminales del Istmo carecían de arraigo. La otra afirma que los vecinos tenían una participación tangencial en las actividades comerciales de la ruta transístmica, y se contentaban con ser meros agentes comisionistas o corredores de aduana del gran comercio peruano o peninsular. Ya en mis tiempos, la segunda fue revisada y sustituida por la tesis de la "burguesía comercial", en el sentido de que los vecinos eran nada más que comerciantes, es decir, un enfoque diametralmente opuesto al de la supuesta pasividad transitista.

Otra tesis muy vieja, que ya lleva circulando más de medio siglo, es la de la ruralización de la élite capitalina, que se trasladaría hacia el interior para poder sobrevivir, y donde, se asegura, formaría una "oligarquía agraria" que tendría su origen en la segunda mitad del siglo XVIII. Esta tesis ha sido remozada pero sin cambiarla, supuestamente enriqueciéndola con nuevos nombres y datos. Contemporánea a esta hipótesis renovada y que también lleva años circulando es la que sostiene que la primera oligarquía panameña surgió en el siglo XVIII.

Sin embargo, estos dos últimos supuestos se basan en fuentes limitadas al siglo XVIII, es decir el siglo donde sus autores detuvieron sus pesquisas, sin remontar la búsqueda más atrás, como si esa élite hubiese hecho eclosión de la nada, sin vínculos genealógicos con la sociedad que la precedió, y como si las actividades económicas no relacionadas a lo terciario y basadas en la explotación del agro o la ganadería, o la minería, hubiesen sido ajenas a la élite capitalina en fechas más lejanas. Pero no hay que olvidar que en historia siempre hay un *ante quem*, un precedente, una trama que hunde sus raíces más profundo de lo que se observa al primer examen.

Hay otros tópicos también muy arraigados, aunque no menos falsos, como el de la supuesta siesta colonial, el de la inexistencia de vida cultural, o de la pobreza de la cultura material, pero esta tarde me limitaré a los cinco primeros que he señalado.

Lo cierto es que, tan temprano como en la década de 1530, es decir casi en el mismo momento que llegaban al Perú los primeros europeos y empezaba a explotarse la ruta panameña como punto de encuentro mercantil, numerosos aventureros y empresarios se radicaron en Panamá y Nombre de Dios dedicándose casi a cualquier actividad económica que representara oportunidades de negocios, ya sea en el comercio de importación y exportación, en los transportes hacia y desde el Istmo o entre las ciudades terminales, en la ganadería, en el alquiler de casas, en la construcción de barcos y viviendas, en la pesquería de perlas, en la extracción maderera y aurífera, e incluso procuraron participar como socios o empresarios en las campañas de conquista de Veraguas, famosa por sus minas de oro y su abundante población indígena. Nada que prometiera ganancias escapó a su rapacidad, y esa mentalidad nunca abandonó a los grupos de poder que se radicaron en Panamá desde entonces.

De hecho, durante este período se formaron los primeros dos grupos de poder económico y político del período colonial panameño. Se observa al principio, entre las décadas de 1530 y 1540, la supervivencia de un segmento mínimo de viejos conquistadores, los muy pocos que sobrevivieron a las oleadas migratorias hacia Nicaragua, Perú y otras partes. En Nombre de Dios permanecían Juan de Valdés y Francisco de Pradanos; en Panamá, Pascual de Andagoya, Juan de Panes, Andrea de la Roca, Alvaro del Guijo, Gonzalo Martel de la Puente, Juan Díaz Guerrero, Gómez de Tapia y Arias de Acevedo.

Igualmente, durante estos primeros años empezaron a llegar numerosos comerciantes, agentes mercantiles o simples aventureros, que rápidamente encontraron su espacio social, desplazando a los primeros pobladores y ocupando posiciones de fuerza, no sólo en el campo económico sino también en la arena política. Con su ímpetu arrollador, fueron acaparando los puestos del Cabildo tanto de Nombre de Dios como de Panamá y otras posiciones claves en la administración del gobierno.

Muy temprano se decantaron dos grandes bandos rivales. Uno estaba encabezado por el próspero encomendero y viejo conquistador Arias de Acevedo. Este grupo reclama derechos de antigüedad, sus ingresos provienen sobre todo de la encomienda indígena, y se dedica a la agricultura y la ganadería. Pero, tal vez, su mayor fuerza deriva de sus vínculos con la representación del poder metropolitano, al aliarse con las altas jerarquías de gobierno que se envían desde España.

El cabecilla del otro grupo era Juan Fernández de Rebolledo, hijo de Martín Fernández de Enciso, el conocido rival de Vasco Núñez de Balboa y fundador de Santa María la Antigua. Este grupo estaba compuesto en su mayoría por comerciantes, pero sus intereses económicos son muy variados. De hecho, varios de sus miembros más importantes son encomenderos y también tienen intereses en la agricultura y la ganadería.

Eran bandos opuestos con intereses políticos enfrentados, pero también rivales en el plano económico ya que si, por un lado, compiten por el mismo mercado, por otro, cada grupo tiene una mayoría alineada en sectores económicos claramente diferenciados, a saber, el agrícola por un lado y el mercantil por otro y, aunque no siempre esta dicotomía es muy clara, es evidente el énfasis de los unos en el agro y de los otros en el comercio.

Así, desde sus distintas posiciones de fuerza, cada grupo procuró imponer sus intereses mediante un intenso juego de influencias y presiones en la arena política y administrativa. El grupo de Arias de Acevedo se aseguró el favor de los gobernadores Alonso de Almaraz, Francisco Pérez de Robles, Alvaro de Sosa y Sancho Clavijo. Pero, a su vez, el grupo de Fernández de Rebolledo, con el apoyo de los comerciantes, tuvo mucha influencia sobre los oidores Paz de la Serna y Ramírez de Quiñones, el gobernador Juan Barba de Vallecillo y el teniente general Juan Ruiz de Monjaraz. De esa manera, ambos grupos ejercieron su ascendiente sobre los representantes del poder metropolitano. Esta pugnicidad cubre un período de aproximadamente cinco lustros, es decir que envolvió a toda una generación.

El grupo de Fernández de Rebolledo no sólo contaba con la fuerza que le daba el apoyo del sector mercantil, el más poderoso económicamente, sino que también controló desde temprano los cabildos de Panamá y Nombre de Dios, es decir, los principales órganos de poder político local. De hecho, Tierra Firme fue la primera colonia del Nuevo Mundo donde los comerciantes controlaron el Cabildo, convirtiéndose en jueces y parte en la administración de la cosa urbana. También este grupo consiguió que la Corona le permitiera a sus alcaldes asumir el gobierno central cada vez que se presentaba una acefalia, que en aquella época eran muy frecuentes. De manera que este mismo grupo, más de una vez, tuvo el control, no sólo de la administración municipal, sino también de todo el gobierno.

Sin embargo, aunque el grupo liderado por Arias de Acevedo estaba en minoría, y disponía de menos recursos materiales, gozaba de una unidad relativamente compacta y, aprovechando sobre todo sus ventajosas posiciones en la Administración, varias veces logró poner en jaque al bando de Fernández de Rebolledo, derrotándole en varias de las pequeñas y cotidianas fricciones que se suscitaban en torno a cuestiones fiscales y políticas. A la postre, sin embargo, prevalecería el grupo de Fernández de Rebolledo, que era más amplio y contaba con más recursos.

Frente a estas tensiones internas, sobrevinieron otras de origen externo que pondrían a prueba la cohesión de ambos grupos. Durante las décadas de 1540 y 1550, Panamá fue invadida tres veces, primero por las fuerzas pizarristas de Hernando Bachicao y Pedro de Hinojosa entre 1545 y 1547 y luego en 1550, por los hermanos Contreras, nietos de Pedrarias. Durante esos años, hasta 1562, un obispo fue amarrado a un palo, y sometido a vejaciones y escarnio; varios cabecillas fueron encarcelados o asesinados; hubo choques armados entre los grupos rivales, y atentados contra la vida de cuatro gobernantes.

Pero la violencia de esa época no era gratuita. Aquella era una sociedad en transición, que buscaba apresuradamente definirse como tal, y donde dos fuerzas en pugna, radicalmente opuestas, luchaban por prevalecer. Lo que estaba en juego era una cuestión decisiva y de su resultado dependía el rumbo que seguiría la naciente sociedad americana.

La figura más representativa de esa época fue Fernández de Rebolledo. Tenía casa y negocios en Sevilla, de donde era oriundo. Era propietario de barcos que cruzaban el Atlántico, y tenía barcos construidos en Panamá que viajaban a Perú; era dueño de una encomienda indígena en Panamá y otra en Natá; tenía aserraderos, cultivos y hatos de ganado, que exportaba a Lima, donde tenía intereses comerciales. Además, era el alguacil mayor del reino, un cargo de primera importancia, ya que tenía jurisdicción policíaca en todo el país, y que ya habían ejercido su padre, Fernández de Enciso, y luego su hermano Rodrigo. Fue, además, teniente de gobernador en 1549, es decir, el segundo al mando en la colonia. Presionó con éxito para que el virrey del Perú nombrase a uno de sus allegados, Juan Ruiz de Monjaraz, como gobernador de Panamá. En 1548 la familia Colón le había dado título para la conquista de Veraguas, una empresa que fracasó, pero en 1558 fue el socio capitalista de su antiguo subalterno y compadre Francisco Vásquez, el vecino

de Natá que finalmente conquistó Veraguas. Era un hombre polifacético a la vez que problemático y astuto, que dominó la escena doméstica hasta que en 1562 regresó a Sevilla, de donde nunca más volvió.

No hubo área potencialmente lucrativa, incluyendo las extra-económicas, donde él y su grupo no metieran mano. La gran mayoría eran sevillanos o andaluces, como el propio Fernández de Rebolledo. Su influencia fue dominante hasta principios de la década de 1560, cuando la Corona les puso freno, primero con la creación de la segunda Audiencia de Tierra Firme en 1563 y luego con otros controles políticos e institucionales que se implantaron desde la metrópoli para establecer nuevas reglas de juego. Para esas fechas el grupo empezó a desintegrarse. Cuatro de sus miembros más importantes regresaron a España para no volver: Díaz de Avila, Gómez de Tapia, Fernández de Rebolledo y Hernando de Luque. Otra de las figuras clave —Ruiz de Marchena— emigró a Perú y fueron pocos —aunque los hubo, como los Luque— que permanecieron o dejaron descendencia en el país. Fue una oligarquía transitoria que no echó raíces, pero que no obstante implantó el modelo que otros elencos de poder, a lo largo del período colonial, una y otra vez reprodujeron casi al pie de la letra.

En ánimo de encontrar una explicación simplificada a las bases económicas y políticas que subyacían a la rivalidad entre los dos grupos que se enfrentaron durante este período, podría decirse que el grupo de Arias de Acevedo representaba la “modernidad”, ya que trataba de insertar el moderno modelo de Estado monárquico centralizado, frente al retraso medievalizante representado por los defensores del pizarrismo. De hecho, este grupo trae las primeras avanzadillas de la burocracia letrada modernizadora que trata de frenar las pretensiones feudales de los viejos conquistadores, y de implantar los instrumentos del nuevo orden político. Una prueba palmaria de este proceso lo constituye la primera Audiencia con la llegada de Pérez de Robles en la década de 1530, o la aún más importante de Pedro de la Gasca en 1547, nombrado por la Corona para meter en cintura a los rebeldes pizarristas.

Sin embargo, el grupo antagonista, que era partidario de un Estado débil y que aspiraba a salvaguardar los privilegios individuales de los conquistadores, también traía consigo un claro elemento de vigorosa modernidad, ya que su base económica era el comercio transoceánico basado en una economía de escala con mercados a distancia. De hecho, eran los heraldos que trataban de insertar a Panamá en el moderno sistema capitalista mundial. Pero a la vez este grupo, aunque compuesto en su mayoría por una incipiente burguesía comercial, también lo integraban los principales propietarios de encomiendas indígenas, factor éste que era una de las claves sobre las que descansaban las pretensiones feudalizantes de los conquistadores. No obstante, miembros del otro grupo también eran encomenderos y primeros conquistadores, y al menos dos, que se sepa, se beneficiaron como transportistas del comercio a distancia. A la vez, el grupo mercantil también accedió al control del gobierno central, el cual debía representar los modernizantes intereses políticos metropolitanos.

Aunque ambos grupos aportaban elementos de modernidad, también compartían intereses cuyas raíces se perdían en una época lejana que aún se resistía a desaparecer. Tampoco eran rígidamente homogéneos, ya que las barreras que separaban a cada grupo eran porosas y sus miembros podían deslizarse sin dificultad hacia el bando contrario. No todos los comerciantes eran necesariamente sevillanos, ni todos los funcionarios andaluces apoyaban a la facción de Fernández de Rebolledo y el grupo comercial. Al parecer, el oidor Pérez de Robles era andaluz, pero se identifica con el bando “realista”, y era un declarado enemigo de los hermanos Rebolledo, que eran sevillanos. El juez de Residencia, Ramírez de Quiñónez, favoreció a varios de los comerciantes sevillanos, pero no en cambio a Rodrigo de Rebolledo, siendo ambos paisanos. El alcalde mayor Pedro de Casaus era de Sevilla, pero los enemigos de Fernández de Rebolledo, Juan Gómez de Amaya, Alonso de Almaraz y Juan de Valdés, lo consideraban parte de su grupo. Y así otros ejemplos.

Podrían encontrarse otras contradicciones aparentes. Pero, como es obvio, la historia no es tan simple, y los elementos en juego eran demasiado complejos para reducirlos a una mera categorización. En aquella época, por supuesto, no se hablaba de modernizar el orden político, ni de pretensiones feudalizantes, ni de capitalismo mundial, o de economía de mercado, conceptos estos que fueron acuñados varios siglos después.

Lo que sí destaca en los textos son más bien conflictos de intereses que trascienden a las simpatías políticas o ideológicas, sea para controlar los instrumentos de poder, o para asegurarse

ventajas económicas. Es decir, nada que debiera sorprendernos en una sociedad humana, aún cuando la que aquí se discute estuviese sometida a las fuertes presiones de un excepcional momento de transición y de rápidos cambios en la historia de Occidente.

Después de que estos grupos se apartaron de la escena, y a lo largo del siguiente cuarto de siglo, se definieron las estructuras económicas, institucionales, políticas y sociales que habrían de regir en Panamá durante el resto del período colonial. En el plano administrativo, quedan establecidas las normas para las ferias de Portobelo; se instaura la Audiencia como el órgano de representación metropolitana, que se fortalece a fines del siglo con la figura del presidente, gobernador y capitán general, cuando el Istmo se convierte en plaza militar; y se redefinen las funciones del Cabildo como órgano de representación local. En el plano económico, se estructura el sistema de transportes transistmico, se inicia la explotación de las minas de oro de Veraguas, proliferan los bergantines para la pesquería de perlas en el Golfo, y la ganadería se expande por todo el Interior, desde Chepo hasta Alanje. El ganado se reproduce tan prodigiosamente que la carne de res se convirtió, desde mediados del siglo XVI, en el soporte básico de la dieta. Llegó a ser tan abundante y barata que a fines del siglo XVI fue preciso eliminar masivamente gran parte del rebaño para mejorar los precios.

En el plano social, se observa un extraordinario enriquecimiento entre los colonos, sobre todo gracias a las actividades vinculadas a las ferias, al extremo de que en la década de 1570 se levantó un censo para conocer cuántos ricos había. Este censo evidenció que había vecinos con más de 800.000 de pesos de capital, varios con alrededor de 100.000 pesos, y que 99 del total de 500 vecinos tenían más de 5.000 ducados de capital, lo que constituía una suma respetable entonces. Es decir, que uno de cada cinco calificaba como rico. Sin embargo, era un grupo que no tenía la intención de arraigarse. Se trataba de comerciantes que llegaban para hacer fortuna y cuando la hacían se regresaban a España, como habían hecho Fernández de Rebolledo y su grupo.

Pero las fortunas continuaron acumulándose hasta la década siguiente, cuando la tendencia alcista de las ferias empezó a amainar. El volumen de mercancías disminuyó, y las ferias empezaron a perder la regularidad anual que habían tenido.

Por otra parte, las demás actividades económicas conservan el mismo perfil que antes. Siguen dominando los comerciantes sevillanos, y los hombres de negocios continúan dedicándose a diversas actividades a la vez. La figura paradigmática tendría recua de mulas, alguna chata o bongo, almacén y bodegas de alquiler. Tendría intereses en la minería aurífera y sería dueño de bergantines para la pesquería de perlas. Además, un colono exitoso típico se interesaría en adquirir por compra un regimiento del Cabildo, lo que constituía una inversión como cualquier otra, a la vez que un paso firme para su consolidación social, ya que el acceso a un cargo público, por nombramiento o por compra, constituía un medio de legitimación social.

Pero fue la venta de cargos públicos, desde fines del siglo XVI, lo que tendría un impacto realmente decisivo en la formación de las oligarquías coloniales. Esta medida respondía a una política instaurada por la Corona española para estabilizar a la sociedad colonial, ya que de esa manera se aseguraba el arraigo de los vecinos más prósperos, pues un cargo adquirido por compra tenía carácter vitalicio y podía ser transmitido en herencia por varias vidas.

Al establecerse el sistema de "oficios vendibles y renunciables", empezando con los cargos del Cabildo, el Estado español procuraba, en efecto, estimular la permanencia de los vecinos, ofreciéndoles la posibilidad de fortalecer su posición en el seno de la sociedad, a fin de constituirse propiamente en élite, ya que la propiedad de un cargo por compra les permitía transmitirlo a sus herederos, preparándoles el camino para convertirse en miembros de una oligarquía hereditaria. La posibilidad de adquirir un cargo público se convierte a partir de entonces en uno de los objetivos ineludibles para cualquier vecino que quisiera convertirse en alguien y formar parte de la élite local.

Al Estado español le convenía, para su propia consolidación, favorecer y proteger a las lejanas élites coloniales, concediéndoles prerrogativas exclusivas a la vez que delegando su poder. Con esta política se establecía un vínculo de subordinación, a la vez que de lealtad al rey, como se demostró de manera consistente a lo largo de todo el período colonial. Mediante la venta de los oficios y los nombramientos para cargos públicos por parte del Estado en favor de miembros de las élites locales, el poder político se constituye en una extensión del poder real y el ejercicio político deviene en una actividad exclusiva de las minorías (los blancos ricos o los blancos acomodados). Es así como se instaura en las colonias una sociedad de privilegiados. El vínculo o alianza que de

esa manera se institucionaliza entre Estado y minoría privilegiada, no sólo fortalece a ambos sino que, además, contribuye a asegurar su mutua perpetuación. Incluso la propia Corona procura que esta minoría privilegiada mantenga su *estatus* con el esplendor y los atributos exteriores de lujo y ostentación que le corresponden.

Se comprende, entonces, la coincidencia que existe entre élite política y élite económica, ya que ningún blanco con recursos materiales podía permitirse quedar excluido del funcionariado. De hecho, es muy raro encontrar personajes conspicuos que no ostenten algún cargo público. O, como lo expresaba claramente el Cabildo en una carta al rey de 1610: "En todo este distrito no hay 500 vecinos y los 250 son ministros de real justicia de vuestra majestad y allegados a ellos".

Es decir, que la mitad de la élite (de los 500 que para esa fecha calificaban como vecinos, o blancos cabeza de familia), o bien eran funcionarios o eran sus allegados. Y es que no se puede estudiar la sociedad colonial sin considerar los vínculos entre la élite y el funcionariado, ya que ser miembro de la élite suponía, casi invariablemente, ejercer además un cargo público.

La transformación socio-política que estoy comentando cobra forma aceleradamente en las últimas dos décadas del siglo XVI, y es el germen de la primera aristocracia local.

Gracias a la institucionalidad de los cargos públicos que son adquiridos por compra, se fue estructurando la primera élite panameña en el tránsito del siglo XVI al XVII. Algunos miembros de esta primera oligarquía llegan entre 1580 y 1590, otros, en la primera década del siglo XVII. Hacia 1620 ya está plenamente consolidada, y entre 1630 y 1640, ya ha desaparecido virtualmente de la escena doméstica.

Durante ese período, es decir, hasta 1640, los vecinos o cabezas de familias blancas se mantenían en torno a los 500, una cifra que virtualmente no había variado en toda esa generación. Aunque entonces la riqueza que fluye es menor que en la década de 1570 y a que me referí antes, abundan los hombres ricos y los muy ricos. De hecho, durante el resto del período colonial no volverá a encontrarse una acumulación de riqueza tan grande. Es en este período cuando se observa la mayor concentración de actividades constructivas en Panamá la Vieja. Se edifican de piedra todos los conventos e iglesias, se reedifica la catedral, y se construyen varias viviendas particulares de cal y canto, como la casa de Pedro de Alarcón o la de Francisco González Carrasco, cada una a un costo de 25.000 pesos, una gran suma entonces. La gran mayoría de lo que queda actualmente en pie en la vieja ciudad data de esa época.

Una de las claves del entramado social de este período, es que en el seno de la propia élite, se van formando varios grupos de poder, estructurados en torno a linajes familiares. Las estrategias matrimoniales se tejen alrededor de estos lazos de familia y los vínculos de sangre se convierten en la base del poder social. Se trata de una estrategia que prevalecerá durante el resto del período colonial. Agustín Franco, tal vez la figura social más representativa de este período, detalla en un texto los lazos familiares de cuatro grupos de poder, aunque él mismo es cabeza de un quinto grupo. Algunos de estos grupos rivalizan entre sí, pero cuando estos grupos establecen entre sí vínculos familiares, sus rivalidades se atenúan o desaparecen. Las rivalidades entre los grupos mostraban muchas aristas. Cada grupo tenía sus propios ámbitos económicos. Y cada uno trataba de atraerse el favor de los oidores o del presidente, gobernador y capitán general. La documentación está ahíta de mutuas acusaciones en ese sentido.

Aunque en esta época se acumulan grandes fortunas, algunas de 300.000 y más pesos, las posibilidades de que aumentase el número de ricos parecía improbable debido a que el volumen de las ferias encontró su propio techo, y eran las ferias lo que hacía posible la formación de tan grandes fortunas. Durante el siglo XVII el tonelaje de las mercancías, el volumen de la plata que llegaba de Perú, así como el mercado de consumidores, apenas sufrían variaciones de un año a otro. Así era la naturaleza de la economía en aquella época. De esa manera, si la oligarquía seguía creciendo en número de miembros, acabaría empobreciéndose.

La élite panameña recurrió entonces, a una fórmula probablemente única en el continente, a saber, frenar su número, y hasta 1640 consiguió mantenerse en el límite de los 500 vecinos. Pero sucede que alrededor de 1640 se inició un encadenamiento de graves trastornos que afectaron profundamente la economía panameña, produciendo lo que en una conferencia que dicté aquí mismo el año pasado, bauticé como "La peor crisis del siglo XVII". La trata esclavista cesó por completo desde 1640 y las ferias perdieron para siempre su regularidad anual desde 1654. Todo el aparato económico entró en una fase de contracción y declive que se extendió hasta el siglo XVIII. Los negocios escasean, algunas familias emigran, la riqueza se reduce, y ya son muy raros los

ricos con más de 100.000 pesos de capital. Como había menos riqueza que repartir, la élite optó entonces, para ajustar nuevamente su número, por reducirlo a 300, y en ese nivel se mantenía hasta la mudanza a la nueva Panamá. Para sobrevivir como grupo de poder, controló su crecimiento, contrayéndolo, y lo hizo sobre todo emigrando hacia otros horizontes. Fue un caso único en América.

Pero esos 300 vecinos permanecieron, y aunque hubo trásfugas, algunas viejas familias de la élite continuaron viviendo en Panamá y sus descendientes siguieron conservando sus posiciones como miembros de la élite en el siglo XVIII y aún en el siglo XIX. Tal vez el caso más representativo sea la familia Arosemena, cuyo primer ascendiente por la línea femenina se remonta a fines del siglo XVI. Pero no fue la única.

Sin embargo, no fueron muchos los grupos familiares que lograron sobrevivir el paso de los siglos. En el camino se produjeron profundas rupturas. Muchos de los grandes apellidos desaparecieron para siempre, unos porque empobrecieron o se arruinaron, otros porque emigraron. Y cada vacante era cubierta por un nuevo elenco, porque uno de los comportamientos típicos de la élite consistía no solo en unir en matrimonio a miembros de una familia poderosa con otra, sino también en casar a sus mujeres con prometedores inmigrantes que incesantemente llegaban de España, como oficiales del Ejército, o miembros del funcionariado. Esta práctica continuó hasta el fin del período colonial.

Cada generación tuvo su caudillo. A Fernández de Rebolledo le sucede dos generaciones después Agustín Franco, quien es reemplazado por Pedro de Segura y Tuesta en la década de 1660 que, a su vez, es sucedido por Antonio de Echéverz y Subiza entre fines del XVII y la década de 1730, al que suceden sus hijos y sobrinos los Echéverz-Urriola a mediados del siglo XVIII, a quienes a su vez sustituye en el liderazgo el conde de Santa Ana Mateo de Izaguirre en la década de 1770, que a su vez es reemplazado por Pablo Arosemena a fines del siglo XVIII. Franco, Segura Tuesta, Echéverz e Izaguirre son todos españoles de la Península, los únicos nacidos en Panamá son los Echéverz-Urriola y Pablo Arosemena.

Lejos de una supervivencia del linaje a toda prueba, se trata de una sucesión de rupturas en las que la propia élite se reinventa y remozca, nutriéndose de nuevos inmigrantes. No existe tal cosa como una linealidad sin fisuras, o una continuidad ininterrumpida de una oligarquía que se arraiga desde los más oscuros comienzos y alcanza triunfante los años finales de la colonia y aún más acá. Tal vez eso quisieran algunas familias de nuestra oligarquía. Pero en historia, como en la vida, no hay un avance continuo en una sola dirección, sino una sucesión de rupturas, de bifurcaciones donde las sociedades y los hombres pueden escoger varios caminos posibles, y no siempre escogen el mejor.

Concluiré con una breve referencia a la quinta hipótesis, la de la “ruralización” del siglo XVIII planteada por Hernán Porras o del “país profundo” de Gasteazoro, y repetida por muchos otros autores, incluso por mí mismo, cuando era mucho más joven, estaba mal documentado y aún dependía de los maestros.

Leyendo a cualquier autor de fines de la colonia, como Juan de Urbina, Francisco Silvestre, Juan Franco, así como al propio Mariano Arosemena y consultando las no menos rotundas evidencias fiscales, se percibe claramente que no hubo tal ruralización o interiorización. La ganadería continuó explotándose como venía haciéndose desde el siglo XVI. Los proyectos por realizar cultivos novedosos como el cazabe o la caña de azúcar, también se remontan a ese siglo. Nada de eso era nuevo. En la segunda mitad del siglo XVII crece el interés por ciertos cultivos, sobre todo el plátano, a raíz de las endémicas carestías que padecía el país, aunque es el Darién (no el clásico interior) el gran proveedor de plátanos de la capital.

En la segunda mitad del siglo XVIII, los estancos o monopolios estatales del tabaco y el aguardiente, abrieron nuevas posibilidades para el cultivo de la caña de azúcar y el tabaco. Pero estos cultivos tropezaron con muchas dificultades para expandirse, como la falta de brazos y de capitales y, sobre todo, por los obstáculos que presentaba el propio sistema estatal, menos interesado en fomentar la producción que en la recaudación de ingresos fiscales. Lo cierto es que se perdió la oportunidad para expandir los cultivos para la producción de caña y de tabaco. De hecho, el llamado del interior, del “país profundo”, fue sobre todo ganadero, es decir, un llamado que formaba parte de arcaicas tradiciones y que de nuevo no tenía nada. Hubo, es cierto, otras tentativas, como el cultivo del cacao en Darién y del café en Portobelo e, incluso, se introdujo por primera vez el cultivo del mango (aunque esto último ya muy tarde, a principios del siglo XIX), pero

todo esto se redujo a meras experimentaciones que, en su época, apenas si modificaron el paisaje rural, el cual continuó, como desde hacía tres siglos, dominado por la ganadería.

La tesis de la ruralización se ha querido reforzar destacando la existencia de una “oligarquía agraria” que tendría su origen en la segunda mitad del siglo XVIII. Pero esta propuesta descansa en fuentes limitadas al mismo siglo XVIII, y desconoce lo que sucedía con anterioridad. Es cierto que en Penonomé y Santiago, sobre todo, surgieron algunas familias poderosas e influyentes, como los Guardia y Ayala penonomeños, o los Fábrega en Veraguas. Sin embargo, miembros de las familias urbanas de la élite, desde hacía varias generaciones se habían establecido en el interior, sea como funcionarios o como militares o, más a menudo, buscando oportunidades de negocios, sobre todo en la ganadería y en la minería.

Este fenómeno no era nuevo en el siglo XVIII, ni se trataba de una tendencia reciente o desconocida, surgida al impulso de un apremio por buscar nuevas alternativas de supervivencia social o económica, sino de algo que se venía haciendo históricamente, y cuyas raíces podemos remontar a tiempos lejanos del siglo XVII y aún antes. El interés de la élite capitalina en la agricultura, la minería y sobre todo la ganadería no era una novedad, ya que se remontaba a los mismos comienzos de la colonia, es decir que ya llevaba más de un siglo.

No hubo, pues, ni ruralización de la economía ni ruralización de la élite. La élite que siguió dominando continuó siendo, aún en los peores momentos de la contracción económica del siglo XVIII, la élite capitalina y fueron el comercio y los servicios, no la agricultura o la ganadería, los sectores productivos que sostuvieron la economía del país.

Cuando se supone que se estaba produciendo el proceso de ruralización de nuestra sociedad, en el último tercio del siglo XVIII las grandes fortunas se concentraban en la capital, no en el interior. Estas eran las de Mateo de Izaguirre, conde de Santa Ana, José Manuel de Arze Maoño, José Ventura Soparda y Pablo Arosemena. Izaguirre y Soparda enriquecieron en la trata de esclavos, el comercio y los transportes. Soparda era yerno de Arze, que era un próspero comerciante y propietario de bienes raíces, y ambos se dedicaron también a la minería. Pablo Arosemena era comerciante. Izaguirre, Soparda y Arosemena, cada uno en su tiempo, fueron coroneles de las milicias, la más alta jerarquía honorífica del ejército civil. Izaguirre se hizo conde con la fortuna acumulada en Panamá y Soparda aspiró al marquesado del Darién, que se le otorgó pero se ignora si lo llegó a ejercer. Arosemena adquirió la orden de Carlos III, un título honorífico que ningún otro panameño alcanzó en su generación. Izaguirre salvó de apuros a la Administración en una insurrección de soldados por la falta de situados, cubriendo el déficit con sus propios medios. El apoyo económico de Soparda resultó decisivo durante las campañas del Darién contra los cunas en 1785 y 1786, a las que abasteció con vituallas y pertrechos a crédito. Nadie en el interior, durante ese período, accedió ni a la fortuna, ni a la influencia o el prestigio de estos cuatro hombres, tal vez los más representativos de la élite en su época.

Cuando se produjo la independencia de 1821, la única que tenía capacidad para impulsar el movimiento con éxito, con planteamientos prácticos, ideológicos, racionales y coherentes, fue la élite de la capital. La oligarquía rural se mostró incongruente y, como lo evidencian sus respectivas actas separatistas, lo hicieron con propuestas inacabadas y más emotivas que racionales o, como en el caso de Veraguas, invocando principios religiosos más que políticos o económicos. Es más, fue desde la capital, no del interior, que la conspiración separatista se empezó a gestar y coordinar tal vez desde 1818 y fue la élite capitalina la que en todo momento mantuvo el liderazgo, mientras que sus contactos en el interior, desde Penonomé a David, adoptaron un rol subalterno, como en los casos de Eduardo de la Guardia y Lorenzo Gallegos, dos de los más conspicuos representantes de las élites rurales.

De hecho, las propuestas teóricas originales sobre la “ruralización” de la economía y el “país profundo” no son más que especulaciones sin el adecuado respaldo de la documentación. Eran ideas sugerentes y estimulantes, pero nada más.

Como hemos visto, también es falsa la hipótesis de la falta de arraigo de nuestra sociedad colonial. Somos descendientes de aquellos que permanecieron y echaron raíces, y sin cuyo arraigo no estuviésemos hoy aquí. Era gente con sentido común, a quienes las propias circunstancias indujeron a diversificar sus actividades, desde el comercio y los transportes, a la agricultura, la minería y la pesquería de perlas. Muchos eran casatenientes, dueños de aserraderos y ricos armadores con barcos que navegan por el Atlántico y el Pacífico. Sus redes comerciales se extendían desde Sevilla a Perú y a fines de la colonia, acumularon considerables fortunas en el

comercio entre México y Jamaica. Preferían el comercio, ya que este les producía beneficios mayores y más rápidos, pero es evidente que no descuidaron otras oportunidades de negocios. Y los grupos privilegiados existieron desde muy temprano y, como tales, defendieron su supremacía como lo hacen siempre los que constituyen las minorías que ocupan la cumbre social, con tenaz voracidad, y disputando con sus rivales encarnecidamente, recurriendo a todas las artes para acceder y controlar el poder. Esas oligarquías ya llevaban varias generaciones de existir en Panamá y en el siglo XVIII no eran ninguna novedad, como no era novedad la diversidad de sus intereses económicos.

Todo lo anterior contradice frontalmente lo que sostienen las cinco hipótesis contrarias que he analizado esta tarde y que, como no son ciertas, han contribuido, como otros mitos historiográficos, a distorsionar nuestra comprensión del pasado colonial.

Consciente de la trascendencia que pueden tener las falsas visiones de pasado en la formación de las memorias colectivas, como historiador debo comprometer mi esfuerzo en limpiar de mitos nuestra historiografía. Mucha maleza queda todavía por librar porque, como dice Eric Hobsbwan, son los historiadores los principales productores de la materia prima que se transforma en propaganda y mitología. Pero también es cierto que somos los historiadores los que tenemos la responsabilidad de combatir y destruir los mitos. La historia falsa, lejos de ser inocua, es nociva y no contribuye a fortalecer la conciencia nacional ni a estimular el patriotismo. Las frases tecleadas en un ordenador por un mal historiador pueden convertirse en opio y anestesiarse a las sociedades. Si la historia debe estar al servicio de la memoria colectiva, difícilmente podrá cumplir con su tarea si lo hace con falsedades. Y debemos enfrentar con madurez las historias que nos revelen verdades dolorosas. Las naciones se nutren de mitos, pero se harán más fuertes y su conciencia colectiva se hará más vigorosa, si se alimentan de verdades.

\*Conferencia magistral para la inauguración del 22º Congreso de Ciencia y Tecnología de la Universidad de Panamá. Paraninfo de la Universidad de Panamá, 6 de octubre de 2003.

\*\*Profesor investigador del Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Panamá.

# **PANAMA EN LA ENCRUCIJADA DEL MUNDO\***

## **(Siglos XVI-XXI)**

**Patricia Pizzurno\*\***

### **El tránsito durante la época hispana**

Mil años antes de que el navegante genovés al servicio de la corona de Castilla, Cristóbal Colón, descubriera casualmente el Nuevo Mundo y esta masa continental entrara de lleno en la geopolítica europea, los indígenas de Mesoamérica y Sudamérica ya utilizaban nuestro territorio como un corredor de sus circuitos comerciales. La condición de Istmo y su posición geográfica como puente sellaron muy pronto el destino inexorable de nuestra franja territorial e hicieron de esta sección del continente un cruce de caminos, un pasillo, una ruta de paso.

Doce años después de que Rodrigo de Bastidas recorriera parte del litoral atlántico del istmo de Panamá en 1501 y que al año siguiente el propio Colón completara este recorrido en su cuarto viaje, Vasco Núñez de Balboa descubrió el Mar del Sur, en septiembre de 1513. Entonces se corroboró que esta porción de tierra no era el Oriente, sino un nuevo mundo que se interponía entre Europa y Asia, y fue entonces también que el istmo de Panamá entró de lleno en la órbita europea de la mano del océano Pacífico.

Nuestro territorio se convirtió en el paso obligado para alcanzar el otro mar y llegar a las islas de la Especiería que, 20 años después del primer viaje colombino, aún continuaba siendo la máxima aspiración de la corona castellana.

Desde entonces y hasta la ruptura del pacto colonial en 1821, el istmo de Panamá fue con desigual intensidad centro de enlace, de comunicaciones marítimas, del comercio y el epicentro de las rutas de navegación del imperio. La geografía cumplió un papel fundamental en tan destacada misión pues los escasos 80 kilómetros que a través de nuestro territorio separan ambos mares, hicieron de Panamá el puente del imperio. Su importancia para la corona se puso tempranamente de manifiesto con la instalación del Tribunal de Real Audiencia en 1538. Nuestro Istmo desempeñó un variado abanico de servicios que fueron desde su utilización inicial como trampolín o plataforma para el descubrimiento y conquista de nuevos territorios, sobre todo por el lado del Pacífico, hasta centro y surtidero del comercio americano gracias al establecimiento de las Ferias de Tierra Firme cuyas sedes fueron Nombre de Dios entre 1544 y 1595 y Portobelo entre 1597 y 1739. Incluso, durante el siglo XVIII fue base de destacamentos militares encargados de impedir el acceso de los enemigos de España a los mares del sur, después que las reformas borbónicas reconvirtieron el papel de nuestro territorio dentro del ordenamiento imperial.

El 15 de agosto de 1519, Pedrarias Dávila fundó la ciudad de Panamá, que fue el primer asentamiento español sobre el Mar del Sur, con el propósito de extender la conquista y, fundamentalmente, de contar con un centro de operaciones para hallar el ansiado estrecho de mar que permitiera alcanzar la Especiería.

Aunque el estrecho de mar no se encontró, la fundación del nuevo asiento no fue en vano porque las expediciones organizadas desde la ciudad de Panamá dieron como resultado el descubrimiento y conquista de Nicaragua y el Perú. La ausencia de un estrecho por esta sección del continente obligó a España a utilizar el Istmo como la ruta de paso hacia el otro mar, máxime cuando el estrecho de Magallanes descubierto en 1520, distante de las rutas de navegación del imperio, y de difícil acceso, no llenó las expectativas de la Corona. Por ello, en 1529 se habló por primera vez de construir un canal utilizando las aguas del río Chagres, el Nilo o el Mississippi panameño. Fue Alvaro de Saavedra Cerón, un lugarteniente de Hernán Cortés, quien vislumbró esta posibilidad. Carlos V se entusiasmó con la idea y encomendó sucesivos estudios que realizaron Gaspar de Espinosa y Pascual de Andagoya arribando a conclusiones antagónicas.

Las fabulosas riquezas del imperio inca que comenzaron a fluir hacia España a través de Panamá después de 1533 pusieron fin a la Castilla de Oro de Balboa y Pedrarias, y le asignaron nuevas funciones a nuestro Istmo sellando su destino de ruta de tránsito, al tiempo que le otorgaron un renovado protagonismo dentro del ordenamiento imperial. Adscrito administrativamente al Virreinato del Perú y convertido en paso obligado entre España y El Callao, Panamá fue desde entonces el camino seguido por los miles de españoles que pasaron a Lima atraídos por esta primera fiebre del oro, así como de las tropas realistas de guarnición en las posesiones del Pacífico sudamericano, de las manufacturas europeas rumbo a sus mercados compradores y de los negros esclavos y, en dirección opuesta de los metales preciosos altoperuanos rumbo a la Casa de la Contratación de Sevilla y de los productos naturales como cueros, lanas, grana cochinilla, hierbas, zarzaparrilla, algodón, etc.

En 1543 se instauró el Sistema de Flotas y Ferias que organizó el recio monopolio comercial con las colonias con el doble propósito de, por una parte, surtir a la metrópoli del oro y la plata, así como de materias primas y, por la otra, abastecer los mercados americanos con productos manufacturados procedentes de Europa y negros esclavos del Africa. Gracias a las ferias nuestro territorio se convirtió en la sede espacial del complejo comercial más grande del Nuevo Mundo y, más que nunca, adquirió valor estratégico para la Corona. Primero Nombre de Dios, el puerto atlántico más importante de las Indias hasta 1595, y después Portobelo, fueron el epicentro de una actividad mercantil de tal envergadura cuyas ramificaciones alcanzaron a casi todo el sur del continente. En tanto que la ciudad de Panamá considerada el segundo puerto en importancia del Pacífico, después de Callao, era la base administrativa de este próspero complejo mercantil.

En buena medida este trasiego de mercaderías fue responsabilidad de los peruleros, los factores de los afortunados comerciantes peruanos, encargados de hacer llegar la manufactura europea a la Presidencia del Ecuador, a la Nueva Granada, a Charcas, a la Capitanía General de Chile y al Río de la Plata, donde en la ciudad-puerto de Buenos Aires sobre la vertiente atlántica, se originaba un nuevo circuito comercial que en la segunda mitad del siglo XVIII vino a sustituir al eje mercantil Panamá-Portobelo.

De manera que las bisagras bien aceitadas del comercio de las Ferias de Tierra Firme desbordaron los límites del Virreinato del Perú y atenazaron los mercados del subcontinente. Otro tanto ocurrió con las colonias de América Central que frecuentemente utilizaron los puertos panameños como la vía de entrada y de salida de artículos manufacturados y de productos naturales, respectivamente.

La importancia de nuestro territorio se pone de manifiesto una vez más al tener en cuenta que por aquí circuló más de la mitad de los metales preciosos que nutrió la economía europea del siglo XVI, así como las dos terceras partes de las importaciones españolas totales entre 1581 y 1660. El oro y la plata que llegaron a la Península a través de Panamá, sirvieron para perfeccionar las teorías mercantilistas, robustecer los resortes del incipiente capitalismo de la sociedad burguesa, financiar las guerras de los Habsburgo españoles contra sus archienemigos en Europa y finalmente también provocaron la revolución de los precios que experimentó España como afirma Earl J. Hamilton.

Pero eso no fue todo. A través de Panamá, la Corona logró organizar su mejor comunicación con el Pacífico centroamericano. Sin alcanzar ni remotamente el volumen y la importancia de las relaciones sureñas, el contacto con los territorios centroamericanos revela que el Chagres fue el puerto de embarque del oro hondureño-guatemalteco a mediados del siglo XVI, del bálsamo salvadoreño, el cacao de Sonsonate y el añil rumbo a España. A su vez, la ciudad de Panamá recibía esclavos indios y las mulas necesarias para el tránsito transistmico de Nicaragua y Choluteca en Honduras, a través del camino mulero, así como sebo, carne y otros enseres de Costa Rica. En la segunda mitad del siglo XVI y durante todo el XVII, el comercio con Centroamérica representaba aproximadamente el 21 por ciento del volumen total de las transacciones realizadas desde la ciudad de Panamá con destino al Pacífico, en tanto que el restante 79 por ciento era con Sudamérica sobre todo con el Perú.

En definitiva, el tráfico de pasajeros, de mercaderías, de metales preciosos, de esclavos indios de Centroamérica y negros de Africa y hasta de productos naturales en una y otra dirección, fueron el impulso vital de nuestro Istmo durante los casi tres siglos de dominio colonial.

Los intercambios comerciales provocaron que los extranjeros se sintieran especialmente atraídos por nuestro territorio, pese a las reales cédulas que prohibían su ingreso en las Indias, así como el riguroso monopolio comercial que implantó España en el Nuevo Mundo donde además aplicó la teoría del *Mare Clausum*. Los extranjeros privados de las enormes riquezas americanas adoptaron dos posturas: 1) dedicarse al corso, a la piratería y al contrabando, y 2) ingresar subrepticamente en América con el fin de establecerse.

En el primer caso, se recuerdan los tempranos ataques de los corsarios ingleses, entre ellos Francis Drake que en 1595 destruyó Nombre de Dios y provocó el traslado de la Feria a Portobelo, y en el siglo XVII, el asalto del pirata Henry Morgan que casi siete décadas más tarde logró lo que parecía imposible: atravesar la ruta de tránsito y alcanzar el océano Pacífico donde destruyó la

opulenta ciudad de Panamá lo que provocó su traslado al actual emplazamiento en 1673. En el segundo caso, se trataba de una inmigración generalmente saludable aunque prohibida. Para tener una idea aproximada de esta situación diremos que, según el Informe de la Real Audiencia, en 1607 existían en la ciudad de Panamá 548 vecinos, 53 de los cuales eran extranjeros, es decir poco menos del 10 por ciento de los habitantes blancos, hombres y propietarios, pues para adquirir la condición de vecino se necesitaba poseer estas características.

Los españoles recalaron en nuestro territorio atraídos por las facilidades de hacer fortuna rápidamente con el comercio, pese al peligro real de perder la vida antes de adquirirla. Nombre de Dios, Portobelo y la misma ciudad capital tenían fama de ser “sepultura de españoles” por la insalubridad del clima. Otro peligro no menos terrible eran, como ya mencionamos, los ataques de los corsarios y piratas célebres por su crueldad. Como si fuera poco, los llamados caminos coloniales: el Camino de Cruces y el Camino Real, por los cuales se realizaba la comunicación entre uno y otro mar eran difíciles, escarpados, costosos y arriesgados. Allí operaban las bandas de negros cimarrones aliadas con los extranjeros que asaltaban las recuas de mulas.

Pese a todos estos obstáculos, la Corona mantuvo a Panamá como el puente predilecto con el Pacífico, aunque el istmo hondureño-guatemalteco, que Pierre Chaunu denomina “la gran realidad secundaria”, le disputó tenazmente la supremacía. Este conjunto con los puertos de Amatique y Puerto Caballos sobre el Atlántico y Sonsonate sobre el Pacífico intentó, aunque sin éxito, reemplazar a Tierra Firme como enlace entre el Perú y Sevilla y como sede de las Ferias.

Otro aspecto interesante y poco conocido es la función que cumplió Panamá respecto al Oriente. En 1579, la Corona autorizó a los puertos de El Callao y Panamá a comerciar directamente con las Filipinas y la China. Pese a la larga travesía y a los peligros que la misma entrañaba, los comerciantes propiciaron estos viajes seducidos por las ganancias que superaban el 500 por ciento. Además de estas empresas comerciales, Panamá también sirvió para otro tipo de contactos como, en 1580, cuando Gonzalo de Ronquillo organizó desde nuestro territorio una expedición para repoblar las Filipinas. Sea como fuere, lo cierto es que las relaciones directas con el Oriente no prosperaron y muy pronto la Corona las prohibió al comprobar el gran volumen de contrabando que se filtraba. De manera que estas transacciones se hicieron en forma indirecta a través del galeón de Manila que llegaba a Acapulco y de allí continuaba el viaje hacia el Perú.

Durante el siglo XVIII, ideológicamente ilustrado y comercialmente decadente, prosperaron las célebres bandas de contrabandistas de Coclé capitaneadas por los ingleses de Jamaica en contubernio con los criollos y algunas autoridades españolas.

Utilizando el río Coclé del Norte, los ingleses se internaban en el Océano Pacífico con su célebre balandra *La Yegua del Mar del Sur* y, desde su base de operaciones en Natá, inundaban las posesiones españolas con productos de ilícito comercio. Pese a que estas bandas denominadas la Sacra Familia, el Apostolado de Penonomé y la Real Jurisdicción de Natá fueron desarticuladas por el

gobernador Dionisio de Alcedo y Herrera, lo cierto es que los criollos continuaron vinculados al comercio con Jamaica. Esto demuestra a las claras que Panamá no fue solo el puente del imperio español, sino también de los extranjeros para sus correrías de un mar a otro.

Hasta la tercera década del siglo XVIII, nuestro territorio fue el enlace primordial del comercio ultramarino español, pese al intenso contrabando que realizaban los franceses desde Saint Domingue, Martinica y Guadalupe, los ingleses desde Jamaica y los holandeses desde Curacao y que terminó por extinguir el sistema de Flotas y Ferias en 1739 después del ataque del almirante Edward Vernon a Portobelo. Agotado el modelo de las Ferias no solo por el comercio ilícito sino también por los aires renovadores de los Borbones españoles, el Istmo dejó de ser sede del evento mercantil y también fue sustituido por el Cabo de Hornos como puente entre España y el Pacífico sudamericano.

Perdidos sus impulsos vitales que eran el comercio y el tránsito, Panamá se vio obligado a reconvertir temporalmente su modelo económico transitista y terciario, para comenzar a mirar hacia el interior del Istmo. Durante la segunda mitad del siglo ilustrado, muchos extranjeros abandonaron nuestro suelo en virtud de la mengua del tráfico, mientras los criollos de la ruta de tránsito se trasladaron al interior aunque no renunciaron a la ancestral práctica del contrabando.

Por estas fechas comenzó a definirse el grupo criollo que adquirió conciencia de clase y que sería el responsable de llevar adelante la independencia de España el 28 de noviembre de 1821. Se trataba de comerciantes que en su afán por controlar las escasas rendijas de poder que les ofrecía la Corona, se nuclearon en torno al Cabildo de la ciudad de Panamá. Tardíamente permeado por las ideas de la Ilustración, hacia la octava década del siglo en un memorial dirigido al Consejo de Indias, el grupo abogó por el fomento de la agricultura gracias al estímulo de una política de poblamiento y a la importación de instrumental adecuado, así como la habilitación de caminos, la autonomía monetaria, el establecimiento de un Consulado de Comercio y la apertura de los puertos.

España hizo oídos sordos a estas demandas hasta 1808 cuando, a raíz de la invasión napoleónica a la península Ibérica y de las abdicaciones de Bayona, autorizó la apertura de nuestros puertos al comercio con las naciones neutrales y amigas. Esta medida se tradujo en un despegue económico sin precedentes para los criollos. Apenas habían comenzado a saborear las mieles de la prosperidad cuando dos años más tarde, los independentistas chilenos y bonaerenses cerraron la ruta del Cabo de Hornos, gracias a lo cual nuestro territorio recobró su función de puente y de enlace con España y su destino transitista suspendido seis décadas atrás.

El intenso tráfico comercial, no siempre lícito, que se dio a través de la ruta de tránsito tendría consecuencias de largo alcance. Por una parte, me atrevo a afirmar que retrasó en más de una década el proceso emancipador, pues los criollos enriquecidos gracias a las medidas adoptadas por la metrópoli no tenían ningún interés en vincularse con el movimiento independentista y, por la otra, dio lugar a conmovedoras manifestaciones de lealtad hacia la Madre Patria tales como el envío de jugosos donativos para desalojar a los franceses, así como la organización en nuestro territorio de batallones que lucharon junto a las tropas realistas en Sudamérica. El premio por tanta fidelidad fue la instalación provisional

del Virreinato de la Nueva Granada en Panamá en 1813. Pero la apertura de los puertos propició un intensísimo contrabando con Jamaica lo que, en definitiva, dio al traste con el libre comercio y llevó a la Corona a clausurar el puerto del Chagres en 1816. A partir de este año la lealtad de los criollos hacia Fernando VII comenzó a resquebrajarse, máxime cuando la Constitución liberal de 1812 era violada a ojos vistas.

Es indudable que esta decisión marcó el inicio de una nueva etapa en la que empezaron a germinar lentamente las ideas de libertad e independencia. El lustro que va desde 1816 a 1821, y que ha sido escasamente estudiado, fue decisivo para operar un cambio de mentalidades, definir las ideas emancipadoras, organizar un plan estratégico y delinear otros canales de satisfacción para el grupo criollo.

### **La ruta de tránsito durante el siglo XIX**

El 28 de noviembre de 1821, después de completar el soborno de las tropas realistas, los criollos de la capital rompieron el pacto colonial que los había mantenido atados a España durante tres siglos y se unieron voluntariamente a Colombia. Pero, contrariamente a lo que se piensa, no lo hicieron a ciegas ni a la espera de lo que esta República pudiera ofrecerles, sino que llegaron a la unión con un proyecto de país para la ruta de tránsito claramente estructurado que, *mutatis mutandis*, fue el mismo que planteó el grupo dominante 82 años más tarde, en 1903, con el canal como eje central y que se mantiene en la actualidad. Ese proyecto contemplaba la apertura de los puertos panameños para el tráfico con todas las naciones del mundo y de todos los efectos de comercio, libres de gravámenes; la transformación de Panamá en un país anseático bajo el amparo de las naciones marítimas de la época como Gran Bretaña, Francia y EEUU y la construcción de una vía interoceánica que podía ser una carretera, un ferrocarril, un canal o una vía mixta.

La independencia de España fue un golpe incruento, sin guerras ni enfrentamientos. A diferencia del resto de América donde se luchó durante muchos años, en Panamá las tropas realistas fueron sobornadas por los criollos. La razón de esta divergencia es sencilla: nuestra independencia la realizaron comerciantes y no militares. Aquí no hubo Bolívares, ni San Martines, ni Sucre, ni O'Higgins, ni Artigas porque nuestro grupo dominante era esencialmente comerciante y no militar y utilizó el arma que mejor conocía: el dinero. Como bien dijo Justo Arosemena: "intrigas y oro fueron nuestras armas".

La unión a Colombia no operó las transformaciones que esperaban los panameños de la ruta de tránsito ni varió las comunicaciones erráticas que existían entre Panamá y la capital de la República. Bogotá, la cabeza administrativa de la nación, vivió de espaldas a los requerimientos del Istmo y no satisfizo los anhelos del grupo dominante.

Por aquellos días de la recién estrenada unión, Colombia se encontraba embarcada en el proyecto emancipador del Ecuador, del Perú y del Alto Perú y no estaba en capacidad de atender las demandas de los comerciantes panameños; pero la situación no varió cuando la batalla de Ayacucho, en 1824,

puso punto final a las guerras independentistas. En las siguientes décadas, una política comercial desacertada o quizás la ausencia de ella, así como las contradicciones políticas en Colombia y el insistente anhelo de la neutralidad de la ruta de tránsito en Panamá, fomentaron el descontento y la frustración en el Istmo y condujeron a los movimientos separatistas de 1830, 1831 y sobre todo el de 1840 liderizado por Tomás Herrera durante el cual se creó el Estado Libre del Istmo. Este último obedeció al desencanto que sentían los comerciantes de la ruta de tránsito por las permanentes guerras civiles que frenaban el giro comercial generando más pobreza, así como por la postergación de su anhelado proyecto de país.

Es más, hacia 1861, durante la vigencia del Estado federal y en el contexto de una nueva guerra civil, los notables de Chiriquí y Veraguas intentaron separarse de la Confederación Granadina y convertir al Istmo en un protectorado de Estados Unidos, Francia e Inglaterra, seguramente siguiendo la propuesta realizada por Justo Arosemena cuatro años antes al Congreso de la Confederación y que también perseguía ponerle freno al desembarco de tropas estadounidenses a lo largo de la línea del ferrocarril por la interpretación unilateral del Tratado Mallarino-Bidlack.

Otro aspecto a tener en cuenta es el de las diferencias estructurales entre las ciudades de Bogotá y Panamá que se exacerbaban a partir de la segunda mitad del siglo XIX al calor de la coyuntura imperante en la ruta de tránsito. Bogotá era y es una ciudad andina prisionera de su geografía. Alojada en un valle enclavado en la cordillera, de espaldas a las influencias extranjeras, atada culturalmente al pasado y a los modelos coloniales, no tenía puntos de analogía con la capital del Istmo. Por su parte, Panamá vivía volcada al mar, abierta a las influencias foráneas, al mundo de fuera desde donde le llegaba su impulso vital. A diferencia de Bogotá donde las actividades comerciales no eran bien vistas por los grupos más conservadores de aquella sociedad ultramontana, en nuestro territorio el comercio era la actividad por excelencia de los grupos dominantes. Al igual que los ingleses éramos y somos un pueblo de tenderos.

Estas diferencias se ahondaron aún más a raíz de la fiebre del oro a partir de 1848 cuando la ruta Chagres-Panamá comenzó a recibir a más de 20.000 viajeros por año. La ciudad de Panamá, con una población de aproximadamente 5.000 almas, se vio conmocionada por las hordas de aventureros rumbo a California que alteraron todos los órdenes de la vida. En Bogotá se pensaba que en el Istmo se había arraigado un “cosmopolitismo de pésimo gusto” y, como si fuera poco, la fiebre del oro provocó la construcción del ferrocarril transístmico por parte de una empresa privada estadounidense entre 1850 y 1855, que importó mano de obra principalmente de China, de las Antillas y de Cartagena, lo que sirvió para que Panamá también fuera conocida en la capital de la República como “el Departamento negro”.

De la mano de los norteamericanos la ruta de tránsito recuperó su natural función y comenzó a mirar hacia el norte para convertirse en el Istmo de Nueva York como afirma Figueroa Navarro. La fiebre del oro es uno de los dos hitos del transitismo panameño en el siglo XIX y el ferrocarril su máxima expresión. Fue además, la primera gran inversión de capital extranjero que recibimos. Construido

con el propósito de agilizar las comunicaciones internas entre las costas de EEUU como un puente ístmico, fue el primer ferrocarril que unió dos océanos y que atravesó un continente. De alguna manera, también selló el destino de cruce de caminos de nuestro territorio como una premonición de la construcción del canal.

Dentro de este contexto, el temor de que Panamá se separara de Colombia dio lugar a dos propuestas ante el Congreso colombiano. Por una parte, el diputado Romualdo Liévano propuso en abril de 1849 venderle este territorio a EEUU antes de que se oficializara la anexión sin beneficio alguno para la Nueva Granada y, por la otra, Justo Arosemena retomó una cara aspiración de los notables cual era convertir a Panamá en un Estado Federal Soberano. Los treinta años de federalismo que van desde 1855 a 1885, representan el ensayo político más extraordinario del siglo XIX, pese a que no siempre fue una experiencia satisfactoria en virtud de factores tales como la inexperiencia política, las dificultades económicas, la resistencia de las compañías extranjeras para pagar impuestos, la insatisfacción social de amplios sectores de la capital y el interior, las guerras civiles importadas de Colombia con la velocidad de la luz y la prepotencia de los aventureros norte americanos que influenciados por la filosofía del Destino Manifiesto estimularon los enfrentamientos como el incidente de la Tajada de Sandía en 1856 y el consiguiente intervencionismo militar en la ruta de tránsito por parte de EEUU aupado por el artículo 35 del Tratado Mallarino-Bidlack de 1846.

La fiebre del oro tocó a su fin en nuestro territorio en 1869 cuando se inauguró el ferrocarril transcontinental que unía Nueva York con San Francisco. La prosperidad que se había iniciado tímidamente en 1848 para crecer en forma vertiginosa en los años subsiguientes, culminó abruptamente dos décadas más tarde cuando la infraestructura creada para atender, alimentar, alojar y servir a los viajeros quedó prácticamente inutilizada. A falta de viajeros, el ferrocarril transístmico incrementó el trasiego de mercaderías y de productos naturales de Centroamérica rumbo a sus mercados compradores. Uno de sus negocios más lucrativos fue el transporte de armas que alimentaron las guerras del Pacífico sudamericano, así como el acarreo de todo tipo de bienes y productos de contrabando. Mientras el ferrocarril adquirió esta nueva modalidad de subsistencia, los comerciantes de la ruta transístmica languidecían a raíz de la interrupción del tránsito. Hubo que esperar aún una década hasta 1879 para que el viejo sueño de principiar la construcción de un canal cobrara nuevo ímpetu gracias a la firma de la Convención Salgar-Wyse entre una compañía privada francesa y el gobierno de Colombia.

De esta manera, llegamos al segundo momento culminante del transitismo panameño en el siglo XIX. De la mano de Ferdinand de Lesseps, el Gran Francés, el héroe de la jornada de Suez que llevó a la cúspide de su prestigio a una Francia que en 1869 no atravesaba su mejor momento, llegó la segunda gran inversión de capital extranjero a nuestro territorio. Lesseps buscó revivir la epopeya de Egipto en el valle del Chagres, pero su intento terminó en un estrepitoso fracaso seguido de uno de los mayores escándalos financieros de la historia francesa.

Entre 1880 y 1888, nuestro territorio vivió del espejismo del futuro canal, al punto de que el fin del Estado Federal en 1885 pasó casi desapercibido. Pero tres años más tarde cuando se produjo el colapso de la Compañía Universal, el Istmo se estremeció. De esta manera tan frustrante en lo político y en lo económico se cerró la octava década del siglo XIX en Panamá. Aunque en 1894 nació la Compañía Nueva del Canal con el propósito de salvar la concesión ya no era un secreto para nadie que los franceses no estaban en capacidad de culminar la obra. Entonces las miradas confluyeron hacia el norte en busca de la tabla de salvación de la nación que más beneficios obtendría del canal. Sin embargo, para entonces, EEUU aún no estaba preparado para asumir la construcción de la vía. Básicamente dos razones entorpecían su política canalera, a saber: por una parte, el Tratado Clayton-Bulwer, firmado con Inglaterra en 1850 y que le impedía construir un canal en forma exclusiva y, por la otra, el desconocimiento de cuál era la mejor ruta para la excavación de la vía interoceánica.

Por su parte, Colombia atravesaba uno de los momentos más negros de su historia. Fracasado el proyecto de la Regeneración de Rafael Núñez, con un papel moneda desvalorizado, con una deuda externa que orillaba los 20 millones de dólares, con el crédito bloqueado en el extranjero y minada por las guerras civiles entre liberales y conservadores, el panorama no podía ser peor. En estas circunstancias, nuevamente se comenzó a hablar de la venta del Istmo a EEUU como el único camino que disponía la República para evitar la bancarrota. A comienzos de 1899, el periódico *El Sumapaz de Fusagasugá* propuso que Colombia le ofreciera nuestro territorio a EEUU a cambio de cien millones de dólares que se utilizarían de la siguiente manera: 20 millones para el pago de la deuda externa; 30 para recoger el papel moneda y los 50 restantes para la construcción de un ferrocarril desde Puerto Colombia a Bogotá. Pero los panameños no deseábamos ser vendidos y sólo aspirábamos a que el Istmo fuera el emplazamiento del canal. Nuestra única pretensión era garantizar la perenne actividad comercial de la ruta de tránsito. La propuesta de vendernos causó estupor entre la *intelligentsia* panameña de la época y figuras de la talla de Carlos A. Mendoza, Pablo Arosemena, Luis De Roux, León A. Soto y Francisco Ardila respondieron airadamente a través de *El Autonomista* y *El Lápiz*. Fue en esta oportunidad cuando Francisco Ardila señaló con justa indignación “no somos parias para que se nos venda y cuando queramos amos para que nos gobiernen nos los daremos nosotros mismos”.

La sola idea de que en Colombia se especulara abiertamente con la venta de nuestro territorio para la solución de los graves problemas que aquejaban al país, es la clave para comprender que Panamá no era considerado parte integrante del territorio nacional y su pérdida no se percibía como la desmembración de la República. Parece evidente que no existía un sincero sentimiento de pertenencia y que Panamá no formaba parte del ente nacional. Pensemos, por un instante solamente, si hubiese sido posible que en lugar del Istmo se planteara la venta de Antioquia o el Cauca. Desde ya les digo: imposible.

Pero Panamá era otra cosa, era un añadido, un apéndice en el mapa sudamericano como ya lo había hecho notar Justo Arosemena medio siglo antes cuando señaló que la geografía misma decía que allí comenzaba otra realidad.

Panamá era un territorio levantisco siempre dispuesto a la separación, según el gobierno de Bogotá.

Aunque Gabriel García Márquez sostuvo hace un tiempo que Colombia era un país de identidad caribe hasta que la pérdida de Panamá lo condenó a una mentalidad andina, lo cierto es que la separación de nuestro Istmo la decidió el Congreso de Bogotá actuando con una mentalidad netamente andina y no caribe.

### **La culminación del modelo terciario**

Cuando se inauguró el siglo XX en plena guerra de los Mil Días, los panameños no esperaban de Colombia más que la firma de un tratado con EEUU para la construcción de un canal. Y eso fue precisamente lo que les negó el Congreso andino de Bogotá. Haciendo gala de una miopía política extraordinaria, de una total insensatez, de un desconocimiento absoluto de la realidad istmeña así como de la posición del gobierno de Washington, creyendo que la cuestión canalera se decidía en el Capitolio de Bogotá y no en la Casa Blanca como señala Raimundo Rivas, los senadores rechazaron el Tratado Herrán-Hay el 12 de agosto de 1903, sin sospechar que ponían en funcionamiento una trilogía de intereses encontrados panameño-franco-estadounidenses que culminó con la separación definitiva. Para entonces el gobierno norteamericano en plena carrera imperialista, había allanado el camino para la construcción del Canal cuando en noviembre de 1901 firmó con Inglaterra el tratado Hay-Pauncefote que sustituyó al Clayton-Bulwer. Igualmente, había llegado a la conclusión de que Panamá era superior a la ruta de Nicaragua, principalmente porque el tránsito sería más corto y porque el canal costaría casi 60 millones de dólares menos. Como si fuera poco, el presidente Theodore Roosevelt soñaba con una marina estadounidense liderizando los dos mares y un canal en medio que era la clave del equilibrio naval, comercial y estratégico de la nación.

Quince días después del surgimiento de la República de Panamá, EEUU y la nueva entidad firmaron la Convención del Canal Istmico, mejor conocido como Tratado Hay-Bunau Varilla que prácticamente enajenó todo el territorio nacional a los intereses del canal y dio lugar a las más encarnizadas luchas nacionalistas del siglo pasado. En este punto deseo reiterar que, pese a todas las suspicacias que últimamente han despertado nuestros próceres, no existe discusión posible al afirmar que estos panameños de la ruta de tránsito demostraron que, equivocados o no, tenían un proyecto de país heredado de padres a hijos desde un siglo antes de entrar en la órbita de EEUU. Mucho antes de que esta nación fuese una potencia en busca de un canal, los notables panameños ya discutían las características de esa vía interoceánica que les garantizaría que el corredor panameño ocuparía un lugar en el comercio del mundo. El canal representaba la clave del tránsito y la diferencia entre hacer de Panamá una nación volcada al sector primario o un centro de economía terciaria. Como lo definió en 1902 Ricardo Arias, en carta dirigida a Juan Bautista Pérez y Soto, la construcción de un canal era cuestión de vida o muerte y la alternativa era: “o Canal o ... emigración” para los comerciantes de Panamá, pues si no se construía se condenaba al Istmo a “eterna ruina”.

Y finalmente el sueño se hizo realidad en 1914 de la mano de los estadounidenses cuando se inauguró el Canal y nuestro territorio se convirtió en una de las principales avenidas del comercio del mundo, en puente entre Oriente y Occidente y sobre todo en el corredor marítimo de las costas de la Unión. El Canal selló el destino transitista de la ruta al tiempo que fomentó las contradicciones entre el interior del país y el eje Panamá- Colón, sin olvidar, claro está, que se convirtió en fuente permanente de las luchas nacionalistas.

A lo largo del siglo XX, el tránsito se fue perfeccionando con la creación de la Zona Libre de Colón, el establecimiento del sistema bancario, el centro financiero internacional, las actividades de seguro y reaseguro y más recientemente con la modernización de los puertos y la actual tecnología aplicada a las comunicaciones que han dado como resultado el desarrollo macro de la ruta de tránsito y la integración de esta porción de nuestro territorio a la sociedad global. Esta situación ha profundizado la brecha con el Panamá rural donde existen comunidades que aún permanecen incrustadas en el siglo XIX sin acceso a los servicios básicos como el agua potable o la luz eléctrica. Por eso, ya dueños del Canal, mientras transitamos por el siglo XXI el reto sigue siendo el mismo de hace un siglo: armonizar los dos Panamá que conviven en los escasos 78.000 kms<sup>2</sup> de nuestra geografía y que presentan niveles de progreso con 200 años de diferencia.

La riqueza derivada del tránsito ha sido y es exorbitante para un país pequeño como el nuestro pero, desafortunadamente, circula entre pocas manos fomentando la corrupción y atentando contra el desarrollo integral del país. Esa es una de las razones por las cuales casi el 40 por ciento de los panameños nacen descalificados, atezados por la pobreza y la ignorancia en hogares cuyos ingresos no superan los B./ 50 mensuales. Según el informe del PNUD, mientras el 20 por ciento más rico de la población tiene la capacidad para consumir más de la mitad de todo el ingreso nacional, el 20 por ciento más pobre no llega a consumir el 3 por ciento. Estos contrastes y estas contradicciones han hecho de Panamá uno de los países del mundo con peor distribución de la riqueza donde el 20 por ciento más rico de la población percibe 42 veces más ingresos que el 20 por ciento más pobre.

Ojalá podamos revertir esta situación para que las palabras de Galileo Solís, “500 años de transitismo inútil”, plasmadas en la década de 1950, nunca se hagan realidad.

## **Bibliografía**

- Araúz, Celestino Andrés: “El istmo de Panamá en los siglos XVI y XVII”. *Historia de España y América*, Ediciones Mapfre, Madrid, 1990.
- Araúz, Celestino Andrés y Patricia Pizzurno: *El Panamá hispano (1501- 1821)*. Ediciones La Prensa, Panamá, 1991.
- Araúz, Celestino Andrés y Patricia Pizzurno, *El Panamá colombiano (1821-1903)*. Ediciones Pribanco-La Prensa, 1993.

- Bennett, Ira: *History of the Panama Canal*. Washington D.C., 1915.
- Cardoso, Ciro F.S. y Héctor Pérez Brignoli, *Centro América. La economía occidental (1530-1930)*, Ed. Universidad de Costa Rica, 1983.
- Castellero Calvo, Alfredo: *La ruta transístmica y las comunicaciones marítimas hispanas. Siglos XVI al XIX*, Panamá, 1984.
- Céspedes del Castillo, Guillermo, *Lima y Buenos Aires*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Sevilla, 1947.
- Chaunu, Pierre, *Sevilla y América. Siglos XVI y XVII*, Universidad de Sevilla, 1983.
- Figueroa Navarro, Alfredo, *Dominio y sociedad en el Panamá colombiano 1821-1903*, Panamá, 1978.
- Fisher, John R., *Relación económica entre España y América*,. Ed. Mapfre, Madrid 1991.
- Hamilton Earl J., *El tesoro americano y la revolución de los precios en España 1501-1650*, Barcelona, 1975.
- Jaén Suárez, Omar, *La población del istmo de Panamá del siglo XVI al siglo XX*. Impresora de la Nación, Panamá, 1978.
- Kemble, John Haskell, *The Panama Route (1848-1869)*. Berkeley, 1945.
- Lorenzo Sanz, Eufemio, *Comercio de España con América en la época de Felipe II*. Valladolid, 1980.
- Mack, Gerstle, *La tierra dividida. Historia del Canal de Panamá, otros proyectos de canal ístmico*, EUPAN, 1978.
- Mac Leod Murdo, *Historia socio-económica de la América Central española (1520-1720)*, Guatemala, 1980.
- Mc Cullough, David, *El cruce entre dos mares. La creación del Canal de Panamá*, México D.F., 1984.
- Mena García, María del Carmen, *La sociedad de Panamá en el siglo XVI*, Sevilla, 1984.
- Morales Padrón, Francisco, *Atlas Histórico Cultural de América*, Las Palmas de Gran Canaria, 1988.
- Pérez Herrero, Pedro, *Comercio y mercados en América Latina colonial*, Ed. Mapfre, Madrid, 1992.
- PNUD, UNFPA, UNICEF, UNESCO, OIT, OPS, CINUP, *Análisis conjunto del país: Panamá*, Sistema de las Naciones Unidas, 2000.
- Pizzurno, Patricia y Celestino Andrés Araúz, *Estudios sobre el Panamá republicano (1903-1989)*, Panamá, 1997.
- Pizzurno, Patricia y Celestino Andrés Araúz, *Historia de las relaciones entre Panamá y Estados Unidos. Una historia del Canal (1501-1903)*, Biblioteca de la Nacionalidad Panameña, Panamá, 1999.

- Pizzurno, Patricia, *Panamá en la encrucijada del Mar del Sur (siglos XVI-XVII)*, Panamá, 1998.

# NUESTRA AMERICA

## EL LABERINTO DE AMERICA LATINA: ¿HAY OTRAS SALIDAS?

Aníbal Quijano\*

América Latina, tres décadas después del comienzo de la neoliberalización capitalista,<sup>1</sup> se mira hoy con su economía estancada, con la más alta tasa de desempleo y con el más alto porcentaje de pobres de su historia,<sup>2</sup> atravesada de revueltas sociales, sumergida en la inestabilidad política y por primera vez en más de un siglo – es decir, después de la conquista del norte de México a mediados del siglo XIX, y de Cuba, Puerto Rico, Guam y Filipinas al fin de ese mismo siglo - con su integridad territorial y su independencia política explícitamente en cuestión.

Al final de la década de 1980, en la región había consenso en denominarla como la *década perdida*, pues ya en 1982 América Latina sufría la más grave crisis económica en cincuenta años.<sup>3</sup> Veinte años después, no hay dificultad en señalar que el proceso ha sido no sólo una pérdida sino una auténtica catástrofe. Ciertamente, en primer, lugar para los explotados, los dominados, los discriminados. Pero esta vez el proceso ha ampliado largamente el universo de sus víctimas abarcando también a las capas medias urbanas de profesionales y tecnoburócratas y aún a los propios grupos de burguesía dependiente vinculados al mercado interno.

Empero, la creciente marejada de resistencia mundial contra los efectos de la neoliberalización del capitalismo y de la reconcentración del control imperialista de la autoridad estatal, también tiene en América Latina uno de sus espacios más activos. Y la ahora continuada movilización popular contra la situación actual y contra los regímenes políticos responsables de haberla producido, ha llevado a una deslegitimación universal del neoliberalismo, no sólo en su condición de eje de control de las políticas del estado y del movimiento de la economía, sino también como lo que virtualmente había llegado a ser, una suerte de sentido común hegemónico para el conjunto de la existencia social.

Esa deslegitimación ideológica y política del neoliberalismo plantea ahora un debate sobre las opciones de orientación de las políticas económicas, sobre las perspectivas inmediatas y futuras de acción y, para comenzar, por supuesto, respecto de las más graves consecuencias sociales del prolongado dominio del capitalismo neoliberalizado: el creciente desempleo y la expansión del número de pobres y de la extrema pobreza. Para explorar sus perspectivas, es indispensable mirar de nuevo y más de cerca ese panorama.

## **El panorama actual de América Latina**

Los procesos mayores que conducen y ordenan la actual perspectiva sobre América Latina, son:

1. *La continuada y creciente polarización social de la población.* Las estadísticas sobre el desempleo, sobre la distribución de ingresos, sobre la proporción de pobres y sobre los niveles de pobreza apuntan a que dicha tendencia es el más abultado rasgo de la presente situación latinoamericana, producida, como en todo el mundo, por los programas de “ajuste estructural” que han sido impuestos en estos países para sostener el pago continuo de los servicios de una deuda internacional que, sin embargo, crece sin cesar y que, en consecuencia, es impagable y en ese sentido equivale a un tributo colonial, ya que el país más endeudado del planeta, EEUU, no está sujeto a las mismas obligaciones.<sup>4</sup>
2. *La reprivatización social del Estado.* El Estado reduce continuamente los gastos fiscales en servicios públicos, en educación, salud, seguridad social, en infraestructura urbana y de transportes. Privatiza, en más de los casos remata, los recursos de producción bajo control estatal, las empresas estatales destinadas a la producción de mercaderías de exportación y a la producción de servicios públicos. Y procura, también continuamente, aumentar la deuda externa y la deuda interna, recurriendo sea préstamos y créditos internacionales, sea a la venta de bonos del estado, de modo de mantener crecientes las sumas pagaderas por servicios a la deuda internacional, en particular. Y para obtener recursos para dichos pagos, en un momento de contracción económica generalizada a toda la región y al mundo, impone siempre nuevos impuestos sobre la población. Esas medidas del Estado denuncian, a las claras, que los socios, agentes y sirvientes de los capitalistas globales han logrado un control virtualmente privado del Estado, como lo tenía, antes de la segunda guerra mundial, la coalición oligárquica.
3. *La recolonización del control de los recursos de producción y del capital en su conjunto.* El control de los recursos de producción y en general de acumulación de capital, se ha concentrado y aún tiende a concentrarse en manos de las corporaciones transnacionales o globales, las cuales reducen el número de sus trabajadores, depredan y contaminan la naturaleza y exportan todas sus ganancias, ya que en la mayoría de los países no pagan impuestos a los respectivos estados, o sólo algunas y muy poco. Así, sus operaciones implican la desintegración de los circuitos internos de acumulación y la articulación sectorial de la estructura productiva a la cadena mundial de transferencia de valor y de plusvalor. En rigor, eso implica la conversión de los centros productivos en una suerte de factorías coloniales. La vieja categoría de “enclave colonial” recobra todo su perverso sentido. El control del capital financiero está en manos de la burguesía global, salvo, quizá, en un país. Y la especulación financiera, inclusive ilegal, es protegida por el Estado, como ha

ocurrido, sucesivamente, en México, en Venezuela, en Ecuador, en Perú, en Argentina.

4. *La expansión de la resistencia popular y la deslegitimación del neoliberalismo.* Aquellas políticas fueron impuestas en estos países con poca o a veces ninguna resistencia y ha logrado operar, también con poca resistencia, por más de dos décadas consecutivas. Pero, desde el fin de la década pasada, sobre todo, aunque el “caracaso” de 1989 debe ser considerado el punto de partida de esta tendencia, las víctimas de esas políticas han comenzado a movilizarse y a organizarse de muchos modos para protestar contra tales procesos y para resistir su continuación y profundización. En algunos casos, esas protestas y movilizaciones han producido auténticos estallidos sociales y han producido la crisis y la remoción de varios gobiernos, han llegado a gravitar en la elección de gobiernos con discursos anti-neoliberales, como en Venezuela, en Argentina, en Brasil. O, como en Cochabamba, Bolivia, han logrado impedir la imposición del control de una corporación estadounidense con el peso de la californiana Bechtel, cuyos directivos tienen gravitación en el Estado de EEUU, sobre el agua. O como en el Perú, han bloqueado el remate de los servicios públicos de una ciudad y un año después han obligado al aumento de salarios del magisterio público, congelados por más de una década.
5. *La acentuación de la inestabilidad política, pero aún con el voto como mecanismo de alternancia de gobiernos.* El estancamiento económico, la revuelta social y la inestabilidad política de América Latina, se enmarcan en un período de recesión mundial, de reducción del comercio internacional y de retracción de inversiones, inclusive parcialmente de la propia especulación financiera. Parecería, en consecuencia, que se insinuara un horizonte de crisis político-social más turbulento y quizás explosivo. No obstante, es también por primera vez que todos los gobiernos, sin excepción, han sido elegidos mediante el voto universal. Inclusive los sucesivos recambios de gobiernos han sido hechos, de algún modo, por cauces legales e institucionales. Así, por primera vez a escala regional, la continuada inestabilidad política y la agitación social creciente, no son enfrentadas inmediatamente por sangrientos golpes militares y regímenes autoritarios y represivos. Y las reivindicaciones y los discursos de la revuelta social que sigue al agotamiento del neoliberalismo, aunque podrían implicar un período de abiertas disputas por el control del poder, no parecen anunciar, no todavía en todo caso, una inminente puesta en cuestión del patrón mismo de poder, como ocurría entre el fin de la segunda guerra mundial y mediados de la década de 1970.
6. *Un proceso de nueva subjetivación social o constitución de nuevos sujetos sociales.* En efecto, se han ido formando nuevos sujetos sociales, con reivindicaciones, discurso y formas de organización y de movilización nuevos y han hecho ya su ingreso en la escena política como actores decisivos en algunos países. Se trata, en primer término, del llamado movimiento de los indígenas que, aunque de dimensión continental, actuando desde Alaska

hasta Tierra del Fuego, en América Latina tiene sus más importantes sedes nacionales en Ecuador, México y Bolivia, además de sedes locales y regionales importantes en toda la cuenca amazónica. Tal movimiento podría converger más adelante con un incipiente proceso de movilización y de organización de los que se llaman afro-latinoamericanos en varios países, en particular en Brasil, Colombia, Ecuador. En el caso de los indígenas, aunque todavía motejados de movimientos “étnicos”, se dirigen a la redefinición de la cuestión nacional de los actuales estados y a la autonomía territorial de las nacionalidades dominadas. Ya han comenzado a cambiar la geografía política de América Latina y en Ecuador y Bolivia ya son, de hecho, los actores políticos más importantes. En el primero de estos países los líderes, de la Confederación Nacional de Indígenas del Ecuador (CONAIE), llegaron incluso a ocupar el sillón presidencial, efímeramente es cierto, junto con el entonces coronel Lucio Gutiérrez, después elegido Presidente del Ecuador, precisamente con el apoyo del movimiento de los indígenas. Y notablemente, el proceso de reidentificación social y nacional de esas poblaciones conlleva la reorganización comunal de sus pueblos, de sus instituciones, de sus formas de organización del trabajo y de la producción.<sup>6</sup>

Una parte importante del movimiento de los indígenas latinoamericanos corresponde al campesinado. Eso quiere decir que una parte del campesinado latinoamericano asocia hoy sus problemas de control de la tierra para sembrar y para habitar con su situación nacional dentro del Estado. Pero la mayoría del campesinado de esta región no ha vuelto a producir los grandes movimientos que produjeron cambios profundos en la estructura de tenencia de la tierra y en la estructura de poder rural, entre 1950 y 1970. Sin embargo, en el caso brasileño, donde la derrota de esos movimientos fue total con el golpe militar de 1964 y donde, por lo tanto, los cambios fueron tan profunda y largamente regresivos, por el aumento del latifundio y la violencia de los terratenientes capitalistas, se ha desarrollado lo que posiblemente es el más grande movimiento organizado de los trabajadores del campo en todo el mundo: el Movimiento de los sin Tierra (MST), que organiza y comanda cientos de miles de personas, organizadas en comunidades, cooperativas, poblaciones, invade y ocupa tierras, enfrenta la creciente violencia armada de los terratenientes. Consiguió que el gobierno de Fernando Henrique Cardoso adjudicara tierras a más de 300 mil familias y hoy presiona sobre el gobierno de Lula para una pronta reforma agraria. El MST no es un movimiento interesado solamente en la redistribución de la tierra agraria, sino que se orienta a la formación de nuevas formas de organización de producción y de gobierno. Es, en ese sentido, uno de los más importantes modos del proceso de nueva subjetivación social que atraviesa América Latina.<sup>7</sup>

7. *Creciente ocupación militar del territorio latinoamericano por las Fuerzas Armadas de EEUU.* Sin duda por todo aquello, se ha desatado una nueva preocupación para los que tienen posición hegemónica en el control del poder en América Latina. Con la complicidad activa o pasiva de los gobiernos latinoamericanos, EEUU está instalando desde fines de la década de 1980, y

más rápidamente ahora, bases militares y sedes y redes de servicios, de transporte y de aprovisionamientos bélicos (que son conocidas como Locaciones de Operaciones de Avanzada (FOL) y Sitios de Operaciones de Avanzada (FOS)) en virtualmente toda la región, aunque más concentradamente en el área andino-amazónica. Bajo el Comando Sur, con sede en Florida y subsedes en Puerto Rico, México y Centro América, no solamente se ha reintensificado el entrenamiento militar de las fuerzas armadas latinoamericanas, sino que se está desplegando una amplia red de bases y de FOL y FOS en Centro y Sur América. A sus anteriores bases en Puerto Rico y en Guantánamo, en Panamá, en Honduras y en El Salvador, y a sus FOL en Costa Rica, Belice, Islas Caimán, Aruba-Curaçao, se añaden ahora la base de Manta, en Ecuador, las de Caquetá, Leticia y Putumayo, en Colombia, los FOL y FOS en Iquitos, Perú, en Chapare y la “unidad antiterrorista” en Santa Cruz, Bolivia; las de Salta, Chubuy, Río Negro, en Argentina. En este último país, antes del fin del gobierno de De la Rúa, se habría acordado una sede de investigaciones nucleares para fines científicos en la Patagonia;<sup>8</sup> están aún en curso las negociaciones sobre la base de Alcántara en Brasil.<sup>9</sup> Con Perú, en marzo de 2002, se negoció un acuerdo por el cual el Estado peruano otorgaba a las fuerzas armadas de EEUU el derecho de libre tránsito por el territorio peruano, de transporte de toda clase de equipos militares, incluyendo aviones, barcos, tanques, sin injerencia alguna del Estado peruano, y protegidos de toda actividad de la población local.<sup>10</sup> El famoso Plan Colombia es, obviamente, uno de los nombres de todo aquel despliegue militar en América del Sur, uno de sus más públicos operativos en el proceso de organizar el control militar de la región. ¿Por qué y para qué?

La lucha contra el tráfico de drogas, especialmente de la cocaína, cultivada y negociada en todos los países llamados andinos, fue el más socorrido argumento inicial. Posteriormente fue presentada como una reacción contra la extensión de la subversión, de Sendero Luminoso en el Perú de la década de 1980, y de las FARC y los otros grupos en Colombia.<sup>11</sup> Y después del infausto 11 de septiembre de 2001, proclamada la *guerra infinita* contra el terrorismo, el Estado hegemónico del *bloque imperial* cubre con el mismo membrete de “terroristas” no sólo a dichas organizaciones subversivas (Sendero Luminoso o las guerrillas colombianas de las FARC o el ELN), sino a todos los movimientos de protesta social, muy en especial a los movimientos de indígenas, como el Movimiento al Socialismo (MAS), de Bolivia, y a la Confederación Nacional de Indígenas Ecuatorianos (CONAIE), de Ecuador.

Esa expansión del aparato militar de control de América Latina, implica, de todos modos, el reconocimiento de que América Latina - la región más rica del mundo en materias primas minerales y vegetales, agua y biodiversidad, y donde por lo tanto el capital global y su Estado hegemónico tienen definidos intereses de control y que en el futuro próximo podrían llegar a ser aún más decisivos que el control del petróleo en el Medio Oriente - es también ahora política y socialmente una de las regiones más convulsas. Por eso, sólo un

exceso de ingenuidad haría admitir que el despliegue de instalaciones militares, el entrenamiento y equipamiento de las fuerzas armadas locales en Centro y Sur América, están destinadas solamente a ayudar a estos países a luchar contra el tráfico de drogas y contra el terrorismo. En verdad, es la integridad territorial, la independencia jurisdiccional o soberanía y la independencia política de los países latinoamericanos las que están en cuestión.<sup>12</sup>

8. *Un horizonte de conflictos de poder.* Si no se pierde de vista todo lo anterior, es pertinente admitir un nuevo sentido a la versión latinoamericana de un proceso mundial. Ha ido creciendo en la región la parte de la población mundial colocada en las trampas creadas por el capitalismo actual. En primer término, sin el mercado, nadie puede hoy vivir. Pero con solo el mercado, una creciente mayoría de la población no puede vivir. En segundo término, sin el Estado nadie puede vivir. Pero con el Estado una creciente mayoría de esa misma población ya no puede vivir. La población atrapada en esas trampas específicas de la fase actual del capitalismo, de un lado, se ve forzada sea a aceptar cualquier forma de explotación para sobrevivir, sea a organizar otras formas de trabajo, de distribución de trabajo y de productos, que no pasan por el mercado aunque no pueden, aún, disociarse totalmente de él. En un lado, por eso, se re-expanden la esclavitud,<sup>13</sup> la servidumbre personal, la pequeña producción mercantil independiente, la cual es el corazón de la llamada “economía informal”. En el otro lado, al mismo tiempo, se extienden formas de reciprocidad, es decir, de intercambio de fuerza de trabajo y de productos sin pasar por el mercado, aunque con una relación inevitable, pero ambigua y tangencial, con él. Y también nuevas formas de autoridad política, de carácter comunal, que operan con y sin el Estado, y cada vez más, si no siempre, contra él.<sup>14</sup>

Así, la creciente masa de desempleados, en especial de los sectores industriales, urbanos y modernizados de la región, han comenzado a orientarse más allá del reclamo de empleo, salarios y servicios públicos, organizándose en redes de producción autogestionaria y de autogobierno de tipo comunal. Por ejemplo, la reciente crisis argentina puso en relieve mundial el movimiento de los “piqueteros”, que ya estaba en acción desde unos pocos años antes, asediado y reprimido por el Estado. Este es un movimiento de trabajadores desempleados, sobre todo urbanos, que no solamente protesta por su situación y reclama empleo y salarios, sino que va hacia la organización de núcleos de producción orientados por la reciprocidad, hacia la ocupación y la gestión colectiva de tierras y de fábricas abandonadas. Pasó al primer plano al estallar la crisis de la segunda mitad del 2001 en adelante, porque convergió con la entrada de las capas medias profesionales y tecnocráticas a la revuelta contra el gobierno y contra el neoliberalismo, con la formación de las asambleas de barrio, con la ampliación del trueque a escala nacional.<sup>15</sup> En países como Argentina es un fenómeno relativamente nuevo, pero tiene raigambre e historia prolongadas en países como Perú, Ecuador o México.<sup>16</sup>

Esos procesos de nueva subjetivación social son producidos en América Latina, como en el resto del mundo, por la aceleración y la profundización de las tendencias centrales del capitalismo, en particular la continuada y creciente polarización social. Y no obstante su heterogeneidad, como acaba de ocurrir en Argentina con la inesperada convergencia de las capas medias urbanas, no mucho tiempo antes conformistas e incluso reaccionarias, con los trabajadores desempleados urbanos y rurales organizados como “piqueteros”, o como está ocurriendo en Venezuela con la convergencia entre trabajadores urbanos y rurales desempleados y pobladores de aldeas y comunidades, podrían estar abriéndose condiciones para que la masa de desempleados urbanos y rurales, los que luchan por la tierra como en el MST, los trabajadores “informales” de muy bajos ingresos, y los “indígenas” de todos estos países fueran empujados a una lucha común contra el común enemigo, el capitalismo.

Así, tres décadas de neoliberalismo en América Latina han creado las condiciones, las necesidades y los sujetos sociales de un horizonte de conflictos sociales y políticos que podrían no agotarse solamente en la protesta y la oposición a la continuación del neoliberalismo, o sólo en la disputa por la distribución de ingresos y de recursos de sobrevivencia. En términos de sobrevivencia, la propia de América Latina ya está en riesgo. Y los nuevos sujetos sociales que emergen no solamente están ya en la escena del conflicto, sino que tienen todas las condiciones de crecer precisamente por las propias determinaciones de la crisis. Todo eso implica ya, o podría implicar, que el propio patrón de poder actual podría ser llegar a ser, finalmente, el foco mismo del conflicto.

### **Las principales vertientes del debate**

Frente a ese panorama, América Latina está siendo empujada de nuevo, después de varias décadas, a un debate en el cual están planteados no ya solamente los problemas inmediatos, graves como son, de pobreza, desempleo, inestabilidad social y política, sino sus opciones históricas. Tres son, a mi juicio, las principales vertientes de opinión y de propuestas en este debate.

La que aparentemente más se extiende es, nada menos, la que había sido antes derrotada sin atenuantes -y eso es, sin duda, muy expresivo de las características de la crisis- la propuesta de un capitalismo nacional. Según los casos, volver a él (Argentina, sobre todo), organizarlo (por ejemplo, Venezuela) o defender lo que ha sido mantenido (la excepcionalidad de Brasil). Los gobiernos de Chávez, en Venezuela; de Lula, en Brasil y de Kirschner en Argentina, con todas sus diferencias, son por ahora sus más claros representantes.<sup>17</sup> En la misma tendencia general podría ubicarse al Frente Amplio en Uruguay, al MAS en Bolivia, así como al PRD y quizás ahora inclusive al PRI en México, todos ellos con gravitación importante en la escena política de sus respectivos países.

La segunda vertiente, que se bate a la defensiva en el debate y en algunos países quizá incluso a la retirada, aunque no ha cedido nada en la práctica, defiende la plena legitimidad y la necesidad de la continuación del neoliberalismo y acusa, precisamente, al descontento y a la revuelta de los trabajadores y de las capas medias, por las dificultades económicas actuales, porque, según ese razonamiento, de una parte ahuyentan la inversión y, en consecuencia, el empleo

y el desarrollo y, de la otra, generan problemas de *governabilidad democrática*. Esas fuerzas políticas están representadas en los gobiernos de Bolivia, de Ecuador, de México, de Perú, de Uruguay, en los de Centro América y, más ambigüamente, en el de Chile. En el caso peruano, sería una exageración decir que hay debate sobre tales cuestiones, ante todo porque los *mass media* están todos, sin excepción, bajo el control del neoliberalismo, pero no mucho menos porque todas las organizaciones políticas con influencia y con audiencia masivas defienden, con matices de importancia tangencial, la misma orientación. Es verdad que hay, desde hace dos años, una intermitente revuelta de los sectores populares contra el neoliberalismo, pero éstos, hasta ahora, se movilizan contra efectos puntuales de esa política y, en todo caso, no tienen, o no aún, organización, ni dirección políticas propias.

En tercer nivel, reaparece, por el momento muy minoritariamente es verdad, una vertiente que estaba ausente del debate público desde las grandes derrotas de la década de 1970. Comenzó a cobrar relieve desde el Foro Social Mundial de Porto Alegre en el 2001, y ganó visibilidad y audiencia públicas sobre todo en el curso de la explosión social desde fines de ese mismo año en Argentina. Pequeñas agrupaciones y discursos procedentes del período anterior, que prolongan el debate entre las tendencias del llamado *socialismo científico*, han vuelto a ganar alguna audiencia en el debate público. Pero también está en curso de constitución una nueva corriente, producida en la crisis actual y que, probablemente, tiende a crecer más que la anterior. Aunque su discurso no es aún sistemático, ni sus propuestas explícitas, se dirige no sólo contra la variante neoliberal del capitalismo, sino contra el poder capitalista como tal. Los *colectivos* que se forman en diversos países, con diversos nombres y opciones, agrupando especialmente a los jóvenes, principalmente estudiantes e intelectuales, pero también trabajadores, son la expresión de las primeras formas y etapas del debate, de la organización y de la actuación de esta vertiente. Probablemente el sello común a su heterogéneo universo, es la desconfianza en la experiencia y en las propuestas del *socialismo realmente existente*, su virtual ruptura con la experiencia estaliniana y el estatismo de tales *socialistas*. Por eso comienzan a ser percibidos, por muchos de sus críticos y aún por sus propios actores, como una prolongación de un indeterminado y aún no discutido *anarquismo*.

En las tres ediciones del Foro Social Mundial de Porto Alegre, la primera vertiente emergió como la más presente, aunque la última tuvo también una significativa presencia en la juventud asistente a dicho Foro.<sup>18</sup> Por todo lo cual, bien se puede señalar que el desencanto de las capas medias con el neoliberalismo, de algunos débiles sectores burgueses con el estancamiento de la economía y la revuelta de los trabajadores, en especial de los jóvenes, ya no solamente contra el desempleo y la pobreza, sino contra el orden social y político, han colocado el debate en América Latina en el umbral de un nuevo período.

De todos modos, en el debate inmediato las vertientes ampliamente dominantes son las que defienden el patrón de poder imperante. Ambas requieren contar, en definitiva, con un giro muy pronunciado de las actuales condiciones y tendencias del capitalismo mundial. Porque, en efecto, para que el panorama actual de América Latina pudiera ser realmente cambiado y mejorado sin alterar el patrón mismo de poder que lo ha producido, dicho giro sería en verdad

indispensable. Ante todo, una masa de inversión realmente muy considerable por lo menos en los países más grandes y social y políticamente más peligrosos para el poder actual, la generación de empleo masivo, la distribución también masiva de ingresos suficientes para comprar productos y servicios en el mercado, o la reorganización de la producción y administración estatal de los servicios básicos.

Esas son, precisamente, las promesas de los controladores del capitalismo, no alteradas a pesar de la magnitud y de la profundidad de la crisis de la economía latinoamericana. Así mismo, los que propugnan un nuevo capitalismo nacional, seguramente esperan equivalentes condiciones. Pero, además, piensan que cuentan con la existencia de fuerzas sociales y políticas locales con la capacidad y la posibilidad de imponer, de nuevo, como en cortos períodos del pasado, la dirección del Estado local sobre el capitalismo y sobre la sociedad. De hecho, en los más importantes casos, Argentina, Brasil, México y Venezuela, los agentes políticos, no obstante todas sus diferencias, apuestan sin duda por el retorno de un capitalismo dotado de todos los recursos de desarrollo y en consecuencia capaz de permitir la amortiguación y la negociación institucionalizada del conflicto social, bajo el control del Estado, de modo que se pueda combinar, eficazmente, la primacía de intereses y agentes nacionales sin desmedro de su lugar en la estructura globalizada del capitalismo. Esas expectativas de combinar exitosamente el desarrollo capitalista nacional con la “globalización” son, sin duda, las que dan sentido a la reunión de Lula, Kirchner y Lagos con, nada menos que Blair y Cía., reinventores de una “tercera vía” *ad usum dei fine* del neoliberalismo tatcherista.

Las condiciones y las tendencias mayores del patrón capitalista de poder mundial, de un lado y, del otro lado, sus expresiones específicas y particulares hoy en nuestra región, difícilmente permitirían predecir semejante giro. Con todo, es necesario indagar en las bases sociales y políticas realmente existentes de tal imaginario, sea de la *tercera vía* del desarrollo capitalista nacional, sea de la *governabilidad* sin muchos sobresaltos del mismo capitalismo actual, en la América Latina que emerge de un más bien prolongado período de neoliberalización.

### ***La sociedad neoliberalizada en América Latina***

Aquí no podemos ir muy lejos, ni muy hondo, en esta indagación. Para lo que interesa o importa aquí, es mejor restringirla a unas pocas cuestiones centrales referidas al control del capitalismo, a las relaciones entre capital y trabajo y a las relaciones de esos sectores de interés social en el Estado.

#### ***Burguesía y control del capital***

Para partir, hay consenso en el debate acerca de una reprimarización y terciarización de la estructura productiva de América Latina, con la parcial excepcionalidad de Brasil, como resultados del proceso iniciado desde fines de la década de 1970. Eso implica, en primer término, que en estos países son extremadamente débiles o inexistentes, en todo caso en serio, de un lado, la burguesía industrial y, del otro lado, la antes llamada “clase obrera industrial”. Y que las capas medias, tecnocráticas y profesionales, que se constituyeron en

asociación con la urbanización y la industrialización de la sociedad, han perdido espacio social y tienden a reducirse, desintegrarse o migrar hacia otros espacios sociales y, en consecuencia, mutar su carácter y sus papeles sociales.

Como es sabido, la producción industrial latinoamericana, ya al entrar en la década de 1980 del siglo XX, estaba concentrada sobre todo en tres países: Brasil, México y Argentina, en ese orden de importancia, hacían el 77.9 por ciento del total latinoamericano. Mientras los dos primeros habían doblado su producción industrial en la década previa, en Argentina; esa producción se reducía rápidamente, hasta ser virtualmente desmantelada en la década siguiente. Entre tanto, Chile, Colombia, Perú y Venezuela aportaban juntos el 16 por ciento del total regional.<sup>19</sup> La fuerte caída de esa producción desde comienzos de la década de 1980, aceleró en los últimos la des-industrialización y reforzó la re-primarización y la terciarización de todos los países, de nuevo con la excepción de Brasil.

¿Por qué esa reconversión de la estructura productiva regional? El proceso de reorganización del capitalismo mundial, bajo control de los países del *centro*, durante la crisis mundial originada a mediados de la década de 1970, implicó un proceso masivo y mundial de desempleo, de flexibilización y precarización del empleo asalariado, como cuya consecuencia los mercados internos de los países en curso de industrialización no consolidada, como los de América Latina, colapsaron. Eso arrastró a las burguesías latinoamericanas a emprender exactamente el rumbo opuesto al que iniciaron durante la crisis de los 30 y que caminaron más desde el fin de la segunda guerra mundial hasta la crisis de los años 70: la producción para el mercado interno fue abandonada a favor de una política de producción para la exportación. Y en esa nueva dirección, por razones obvias, no era la industria la que podría crecer, sino la producción llamada primaria y los servicios. Y, paralelamente, la importación de productos industriales para uso y consumo de la burguesía, de sus capas medias asociadas, la “informalización” de la industria destinada a los pobres y, también para ese mismo mercado, la posterior inundación de mercadería industrial de bajo precio y de baja calidad, desde Corea del Sur, Taiwán y otros países del Asia.

Entre 1970 y 1980, el llamado sector externo como componente del PBI regional pasó del 20 por ciento al 50 por ciento. En trece de los países saltó hasta el 70 por ciento y solamente en seis países más pobres se mantuvo por debajo del 50 por ciento. Pero no solamente los países donde cayó el mercado interno optaron por privilegiar el sector externo de su economía contra el mercado interno. Si se toma el caso venezolano, con un mercado interno aún muy fuerte gracias al petróleo, se constata que el sector externo había llegado al 108 por ciento. Ergo, la exportación de petróleo permitía también la reducción acelerada de la producción industrial local para el mercado interno.

Ese proceso de reconversión de la estructura productiva de América Latina, conllevó, como es obvio, el cambio de su lugar en la cadena mundial de producción y de transferencia de valor y de plusvalor, pero igualmente el cambio del lugar y del papel de las burguesías de la región respecto de las del “centro”. La precaria y relativa autonomía que estaba en proceso de constitución, sobre la base de la producción industrial, del proceso de articulación de circuitos regionales o locales de acumulación y de transferencia de valor, y del beneficio fundado ante

todo en el mercado interno, terminó abruptamente y cedió ante la más completa subordinación bajo las burguesías “centrales”.

Dentro de los grupos burgueses latinoamericanos, aparte de Brasil, sólo pudieron sostenerse y enriquecerse aquellos que pudieron asociarse a la producción primaria para la exportación, a la importación de mercaderías industriales, al capital financiero y a los servicios. Como en la producción primaria, el control de los recursos decisivos ya estaba bajo el control de la burguesía internacional, así como el capital financiero y los servicios asociados, en rigor la burguesía local sobreviviente emergió, no solamente, más subordinada que nunca antes, sino sobre todo socialmente mutada en una nueva versión de burguesía compradora, empujada a la especulación comercial y financiera, y de ese modo directamente subordinada a la burguesía financiera globalizada desde comienzos de la década de 1970.

Paralelamente, el control del capital, en cada uno de los sectores productivos, primarios, secundarios y terciarios, se desplazó largamente a la burguesía internacional o global. Esta es ahora dueña, sobre todo, del control del capital financiero, del que opera en los servicios básicos y del que opera en la producción primaria, salvo en el petróleo de Venezuela, de donde acaba de ser desalojado, y en el cobre de Chile. El control del capital en América Latina es, predominantemente, internacional o global. Las burguesías locales no son solamente subordinadas en las transacciones financieras y comerciales, sino, ante todo, tienen un lugar secundario en el control del capital en la región.

De ese modo, agotada la crisis del estado oligárquico, el iniciado proceso de hegemonía de los sectores industrial-urbanos dentro de la burguesía y en el estado, no sólo no pudo ser consolidado, sino que al final de la década de 1980 cedió el lugar a la hegemonía de los sectores “compradores”, especuladores y de servicios, y el control del capital fue cedido a la burguesía internacional o global. Dada esa situación estructural de los grupos dominantes, la vieja distancia entre identidad nacional e interés social, rasgo central de las relaciones de colonialidad y de dependencia, ha terminado en un auténtico divorcio.

### *El mundo de los trabajadores*

Los efectos de esos procesos sobre los trabajadores han sido espeluznantes. Lanzados en su vasta mayoría al desempleo, a la precarización y a la flexibilización de las condiciones de empleo, la reducción o el desmantelamiento de la producción industrial produjo la dispersión y la fragmentación social de los trabajadores, el debilitamiento de sus instituciones gremiales, la crisis de su identidad social. Sobre esas bases se impuso el desmantelamiento de las leyes, instituciones y mecanismos administrativos que permitían a los trabajadores negociar las condiciones, las modalidades y los límites de la explotación. Las conquistas sociales mínimas, como la jornada de 8 horas de trabajo, han quedado virtualmente anuladas en muchos países, o han sido seriamente erosionadas en todos los demás. En todos, fueron empujados y arrinconados en una situación de empobrecimiento creciente. La tasa de desempleo (cerca del 10 por ciento de los trabajadores urbanos) y la proporción de pobres son los más altos de la historia de América Latina (más de la mitad vive con menos de un dólar diario y más del 20

por ciento con menos de medio dólar). Los salarios no han dejado de bajar en términos relativos y las distancias salariales entre los niveles más altos y los más bajos son en promedio de 70 a 1, y mayor en algunos países.<sup>20</sup> En fin, los trabajadores latinoamericanos, en su vasta mayoría, están sometidos a un sistema de sobre-explotación.

No puede ser sorprendente, dadas esas condiciones, que se expanda el trabajo forzado y el tráfico de esclavos, sobre todo de adolescentes y jóvenes, que son llevados a trabajar en la selva amazónica. Que crezca la servidumbre personal, sobre todo entre las mujeres migrantes entre los países de la región (por ejemplo entre Perú y Chile, antes Argentina) o entre América Latina e Italia o España. Que haya cientos de miles de niños trabajando en trabajos pesados, con salarios extremadamente bajos o en condiciones de esclavitud.

La violencia de esos procesos ha producido problemas excepcionalmente graves en la vida social de los trabajadores y de sus familias. Las tensiones psicosociales, la depresión, la neurosis de angustia, la violencia intrafamiliar, la desintegración de las familias, el trabajo y la mendicidad infantil, son documentadas en varios países y el impacto de esos problemas es muchas veces más profundo en las poblaciones discriminadas por criterios de “raza” o de “etnia”, como en Brasil y los países llamados andinos.<sup>21</sup>

En fin, lo que importa para nuestros propósitos de indagación sobre la estructura de la sociedad latinoamericana hoy, es señalar que las relaciones entre capitalismo y trabajo son ahora, no sólo en América Latina, mucho más complejas que poco antes, que el mundo del trabajo es mucho más heterogéneo y además disperso y fragmentado. La crisis de identidad social que todo eso conlleva ha empujado a muchos a un proceso de reidentificación en términos no vinculados a la relación entre capital y trabajo, sino en otros muy distintos, entre los cuales los criterios de “pobreza”, de “etnicidad”, de oficios y de actividades “informales” y de comunidades primarias son, probablemente, los más frecuentes.<sup>22</sup>

Se puede identificar a la burguesía “compradora” y especuladora, adversaria del mercado interno, como hegemónica social y políticamente entre los dominantes locales, asociada y subordinada a los intereses de la burguesía central o global. Pero es difícil, en cambio, identificar un sector de trabajadores como el hegemónico en el heterogéneo, disperso, fragmentado y cambiante universo de trabajadores. La creciente mayoría de ellos está caracterizada por la actividad “informal” y por la multi-inserción en el mundo del empleo, esto es insertado de manera precaria y muy diversa y en diversas actividades. Y sólo una minoría muy reducida está agrupada en instituciones sociales de tipo gremial o político, a diferencia de tres o aún de dos décadas atrás.

### *La secuencia neoliberalizadora*

Sobre esos procesos y con esas condiciones se llevó a cabo, como es posible percibir ahora, la secuencia del proceso de neo-liberalización del capitalismo impuesta por las burguesías “centrales” y sus respectivos estados e instituciones, en toda la región, desde la década de 1970 hasta la actualidad:

1. La imposición del negocio de la deuda externa que comienza con el reciclamiento de los petrodólares y la globalización del capital financiero.

2. La reprimarización y la terciarización de la estructura productiva, incluyendo el dominio del capital financiero.
3. El estancamiento productivo, el desempleo y la fragmentación de las agrupaciones sociales de trabajadores.
4. La inflación llevada a la hiperinflación en los países principales de América del Sur, ante todo para deslegitimar a los sectores sociales y políticos renuentes a entregar al capital global y al imperialismo global el control del capital y del estado. Recuérdese los paralelos casos de Argentina, de Brasil, de Perú, principalmente.
5. El reajuste estructural para cortar la hiperinflación y pagar los servicios de la deuda externa y reprivatizar y globalizar el control del capital financiero y productivo y de la producción y distribución de servicios públicos.
6. La “reforma del Estado”, en realidad el desalojo de toda representación política y tecnocrática de las capas medias reformistas y de los trabajadores, para dar paso a la reprivatización del estado.
7. Debido a esos mecanismos, la absorción transnacional de valor y del plusvalor ha llegado a ser virtualmente total en la mayor parte de la región.

### **La excepcionalidad brasileña**

Aunque también dentro de la misma tendencia, Brasil constituye en este plano una notable excepción. Es el único país que ha mantenido una importante estructura de producción industrial, mientras todos los demás eran arrastrados a una des-industrialización. Es el único país que tiene, además, industria pesada, y de ese modo puede producir e incorporar tecnología avanzada, mientras ese tipo de industria ha sido desmantelada en todos los demás. Y aunque la presencia de empresas internacionales es muy importante, y en algunos rubros como la producción automotor es decisiva, la mayoría de las empresas industriales son de propiedad de brasileños. Es el único país donde el capital financiero de propiedad de brasileños ocupa una posición interna dominante, cuando en todos los demás países el capital financiero es principalmente, y aún exclusivamente en muchos casos, como en el Perú, internacional. Es eso que da cuenta de la existencia de una fuerte burguesía brasilera, con intereses locales suficientemente importantes como para que su asociación con sus socios internacionales no corra a la subordinación con la misma rapidez y facilidad que en los otros países y, ostensiblemente, para que su peso en el Estado lleve a éste a negociar con fuerza las condiciones de esa asociación, como en el caso del ALCA, y que inclusive pueda apoyar a un Lula hasta el límite en que sus intereses sociales mayores no estén en riesgo. Eso mismo, sin embargo, es lo que da cuenta, de otro lado, de la extensión y la fuerza social, institucional y política del movimiento obrero brasileño. Lula es su demostración. Y, finalmente, del hecho de que no obstante sus crecientes dificultades, las capas medias profesionales y tecnocráticas de ese país no se hayan reducido, ni estén en riesgo inminente de desintegración, como en casi todos los demás.

Brasil es, sin embargo, también excepcional de otro muy distinto modo entre los países latinoamericanos. En primer lugar, es el último y hoy el único país latinoamericano donde *l'ancien regime* ha logrado no sólo mantenerse, cierto modernizándose en términos de la tecnología y de sus hábitos de consumo. La

fauna latifundiaria brasileña no sólo es la que más tierra concentra bajo su control en toda la región, sino que sigue empleando con los trabajadores los mismos exactos procedimientos del antiguo señorío terrateniente latinoamericano que fue terminando en todo el resto de la región a fines de la década de 1960: abusa, maltrata, tortura, mata a sus trabajadores. Esas prácticas sirven ahora para la explotación capitalista del trabajador, en sus múltiples formas asociadas de la actualidad, las del capital, las de la esclavitud, las de la servidumbre. Por eso, ha podido sostenerse y afianzarse como la barrera social y política principal a la democratización social y política del país, en especial respecto de la clasificación social "racial" de la población y de la brutal concentración de ingresos y de riqueza. Y ha logrado no perder lugar en toda coalición social y política de control del Estado. No hay sino que recordar que fue nada menos que el presidente Cardoso el que aceptó y mantuvo en su coalición política a los más poderosos y más reaccionarios grupos de dicha fauna. Y, políticamente, pagó por ello. En segundo término, Brasil es hoy el país más socialmente polarizado no sólo de América Latina, sino de todo el mundo.

Lo que esa excepcionalidad implica, por todo eso, es que la expansión y el fortalecimiento del capitalismo en Brasil, especialmente durante la prolongada dictadura militar, fueron llevados a cabo a costa de la más brutal concentración del control de riquezas y de ingresos en manos de una reducida minoría, contra la abrumadora mayoría de la población. La derrota de los movimientos de democratización del poder con el golpe militar de 1964, permitió imponer una continuada escalada de polarización social. Primero por medio de la reconcentración de la propiedad agraria en manos del más feroz señorío rural capitalista de toda la región. Y paralelamente, una creciente reconcentración de ingresos. Así, si en 1960 el 1 por ciento más rico de la población concentraba el 11.9 por ciento de la renta nacional, en 1970 ya controlaba el 14.7 por ciento y en 1980 el 16.9 por ciento. Pero si se toma el 5 por ciento más rico, en 1960 concentraba el 23.8 por ciento de la renta nacional, mientras que en 1970 ya había llegado al control del 34.1 por ciento y en 1980 al 37.9 por ciento de dicha renta. En cambio, el 50 por ciento más pobre en 1960 recibía aún el 17.4 por ciento, pero en 1970 bajó al 14.9 por ciento y en 1980 solamente ya el 12.6 por ciento.<sup>23</sup> Esta escalada no se ha detenido desde entonces y, actualmente, el 10 por ciento más rico de la población brasileña puede controlar 70 veces más de la renta nacional que el 10 por ciento más pobre.<sup>24</sup> En ese sentido, el proceso de re-privatización social del Estado comenzó, en América Latina, con el golpe militar de 1964 en Brasil.

Estas comprobaciones son extremadamente importantes, si se quiere, decisivas, respecto de un asunto crucial. De todas las burguesías latinoamericanas, la brasileña es la única que tiene aparentemente los atributos de una burguesía nacional, porque sus intereses están asentados y ramificados en la economía de ese país. Podría decirse también, en ese mismo sentido, que el Estado brasileño, que ha protegido ese desarrollo, incluso lo ha conducido en determinados momentos, desde Kubitschek hasta el final de la dictadura militar, también tiene en apariencia los atributos de un Estado Nacional.

*No obstante, la continua escalada de concentración creciente del control de los recursos, de la tierra en primer lugar, y de la distribución de ingresos hasta*

producir la más brutal polarización social del continente, a pesar de ser la más rica de las burguesías de la región, a pesar del crecimiento rápido de la renta nacional, a pesar de ser la brasileña la novena economía del mundo, presentan una evidencia definitiva: que esa burguesía y ese Estado son “nacionales” sólo en tanto y en cuanto lo menos democráticos posibles, específicamente sólo en tanto y en cuanto lo más coloniales posibles, puesto que se fundan en el dominio colonial de una abrumadora mayoría de la población, “negra”. La colonialidad del poder es la cara real de la “nacionalidad” de *la burguesía y del Estado del Brasil*.<sup>25</sup>

### **La cuestión del Estado**

Como puede ser advertido en todo lo anterior, los procesos que han llevado a la América Latina a la situación actual han sido, en verdad, muy profundos. Han producido una genuina reconfiguración de la existencia social, de las relaciones sociales básicas, de los intereses sociales, de sus agentes, de sus instituciones, tanto en la dimensión material como en la intersubjetiva. En esa perspectiva, tienen el carácter de toda una contrarrevolución.

Son la expresión, en nuestra región, de los procesos de aceleración y de profundización global de las tendencias centrales del patrón de poder dominante, como consecuencia de la derrota mundial de los regímenes, organizaciones y movimientos sociales y políticos que rivalizaban o antagonizaban la hegemonía de los grupos capitalistas imperialistas “centrales” y de sus Estados. Tales procesos son: a) la radical re-concentración mundial del control sobre el trabajo, sus recursos y sus productos, en beneficio de los grupos capitalistas “centrales”, una parte cada vez más minoritaria de la especie; b) la polarización acelerada de la población mundial entre esa minoría y una creciente mayoría despojada de acceso a lo que el trabajo mundial produce, inclusive, para una proporción cada vez mayor, el acceso a recursos de sobrevivencia; c) para imponer el desarrollo de tales tendencias, la re-concentración mundial del control de la autoridad, en este caso del Estado, lo que en países como los de América Latina implica una forma de re-privatización del Estado.<sup>26</sup>

El agente central de ese proceso de neo-liberalización de la economía latinoamericana y de la re-configuración de la estructura de poder, de los intereses sociales, de sus agentes, de sus agrupaciones e instituciones, ha sido el Estado. Y eso indica que los grupos de interés social asociados a esos procesos y beneficiarios de ellos, obtuvieron la fuerza política necesaria para llegar al control del Estado y las condiciones adecuadas para imponer sus políticas.

Es inevitable preguntarse ahora, en medio de la crisis latinoamericana y del debate y confrontación social y política que observamos, y a la vista de los intereses sociales y agentes de la estructura de poder producidos por el neoliberalismo, cuáles serán o podrán ser las opciones dotadas de las condiciones y de la fuerza capaces de conquistar el control efectivo del Estado y de llevar adelante cuáles tendencias o cuáles propuestas.

Es cierto que ya en varios países y de los más importantes, el descrédito del neoliberalismo ha llevado al gobierno a los partidarios del capitalismo nacional. ¿Significa eso que por lo menos en esos países se han establecido las

condiciones del desarrollo capitalista bajo el control de una burguesía y de un estado nacionales? Difícilmente. No existe, salvo parcialmente en Brasil, una burguesía local con alguna fuerza propia. Pero ya acabamos de ver el fundamento de esa fuerza y de su conflicto insanable con todo desarrollo capitalista nacional continuado. Y aunque determinados gobiernos pudieran ser admitidos como nacionalistas, eso no califica necesariamente a los respectivos Estados como nacionales, como es el caso de Venezuela y de Argentina.

Es cierto también, de otro lado, que aparte de los discursos, son aún inexistentes las acciones concretas que puedan enrumbar el curso histórico próximo hacia las metas prometidas. Y es cierto ya, en cambio, que donde el discurso comenzó a afilarse y parecieron comenzar las acciones, como en la Venezuela de Chávez, los grupos de interés social asociados al neoliberalismo y al imperialismo no han tardado en organizarse y pasar a la ofensiva contra el régimen chavista, con el ostensible apoyo de EEUU y de los gobiernos latinoamericanos que son sus aliados, enrumbándose claramente en dirección de una contrarrevolución.<sup>27</sup> Esa es, en todo caso, una indicación de que si en Brasil o en Argentina se comenzaran acciones concretas e importantes en dirección del capitalismo nacional, los grupos sociales con intereses contrarios no tardarían en organizar la resistencia, si es que no están ya preparándola.

Las condiciones y los rasgos de un capitalismo nacional no imperialista y, sin embargo, capaz de desarrollo no son desconocidas. Aunque por períodos más bien cortados y por lo tanto sin las condiciones de desarrollo continuado, inclusive América Latina no es ajena a esa experiencia. Aunque no sea eso el objeto de esta discusión, están en juego, entre otras, las siguientes condiciones básicas. Primero, el control nacional de los recursos y de los productos, esto es la propiedad nacional de los recursos de producción decisivos (o estratégicos, como se suele decir), y en la actualidad eso implica, ante todo, el capital financiero. Segundo, una estructura productiva capaz de proveer a las demandas del mercado interno, en primer lugar, y complementariamente también del externo, y de defender su independencia sin perjuicio de su inserción y de su asociación mundial. Tercero, la expansión y el control del mercado interno. Cuarto, el control de las transacciones internacionales del país.

Todas esas condiciones se ordenan en torno a un factor central: la distribución relativamente democrática del acceso a recursos de producción, del acceso a ingresos para usar y consumir lo que la sociedad produce, la provisión democrática de servicios públicos, la relativamente democrática distribución del acceso a las instancias de generación y de gestión de la autoridad pública, esto es, del Estado. Todo eso implica la ciudadanía universal de los habitantes del país. En otros términos, se trata de una sociedad razonablemente democrática, que se expresa democráticamente en el Estado. El moderno Estado-Nación capitalista es la expresión de una sociedad capitalista donde la democracia posible de este patrón de poder ha podido ser conquistada <sup>1</sup> En otros términos, la condición histórica del desarrollo capitalista nacional, en los períodos en que eso llegó a ser posible, fue y es la democracia básica de la sociedad y su expresión política en el Estado. Y esa es, precisamente, la condición ausente hoy en América Latina.

La experiencia de capitalismo nacional no es del todo ajena a la historia latinoamericana. Pero, de un lado, ha sido siempre de corto alcance y de corta duración. Y, de otro lado, precisamente sólo cuando algunas fracciones de la burguesía tuvieron que aliarse, o admitieron hacerlo, con las capas medias modernizantes y ganar el respaldo de los trabajadores explotados, sea para destruir el estado oligárquico, como en el caso mexicano, o para imponer la modernización básica de sus agrupaciones, como en los casos de Argentina, Uruguay, Chile o Colombia.<sup>29</sup> Pero en ninguno de esos casos, la democratización de la sociedad y la nacionalización del Estado pudieron ser consolidadas para garantizar la continuidad del desarrollo capitalista nacional. Por esas razones, el desarrollo capitalista posible ha sido solamente como neoliberalización y por lo tanto contra la creciente mayoría de su población.

El Estado en todos los países ha operado en estos últimos 30 años, en mayor o menor medida, en contra de la mayoría de la población. Esto es, no sólo como articulación política del dominio de una minoría sobre la mayoría, como en todas partes, sino como garante y administrador de la continuada y creciente exclusión social de la mayoría. A menos que alguien tuviera el desparpajo de sostener que, en los últimos 10 años en especial, en Argentina, en Brasil, en Perú, en Ecuador, en Bolivia o en México, el Estado haya trabajado en beneficio de esa población. Tal Estado no llegó a ser del todo, un Estado del capital, es decir, que articula la dominación del capital sobre el trabajo, pero sin dejar de mantener un margen de negociación de las condiciones de esa dominación. Ahora se trata del Estado de los capitalistas contra los trabajadores. Y tales capitalistas son, principalmente, internacionales y controlan el capitalismo mundial y hoy en especial el capital financiero. Dicho de otro modo, hemos sido víctimas de un proceso de reprivatización del Estado.

La determinación histórica central en esas relaciones entre capitalismo y Estado en América Latina, consiste en la colonialidad básica del patrón de poder mundial imperante, originada precisamente con la propia América.<sup>30</sup>

Con todos los obligados recaudos, no parecen ser muy notables las condiciones que permitirían establecer o restablecer un capitalismo nacional, mucho menos democrático. El cambio histórico necesario para lograrlo sería tan profundo que implica en realidad una revolución. Y tampoco parecen estar a la vista, en el corto plazo, las condiciones y las fuerzas sociales y políticas que pudieran llevar a cabo un proceso de ese carácter y de esa orientación. De una parte, una revolución social para imponer un capitalismo nacional, democrático, choca en primer término con la propia burguesía, local e internacional. De la otra, las únicas fuerzas sociales y políticas que están en curso de constitución, si se desarrollan y se hacen efectivamente fuertes como para disputar el control del poder en esta sociedad, probablemente se orientarían más a la producción democrática de una sociedad democrática. En tal caso, el patrón de poder capitalista estaría en cuestión, incluido, por cierto su Estado.

Si se observa con cuidado lo que ocurre con una mayoría creciente de la población latinoamericana y, probablemente, mundial, así como no puede vivir sin el mercado ni puede vivir con el mercado, no puede tampoco vivir sin el Estado ni puede vivir con el Estado. La acelerada profundización de las dos tendencias centrales del patrón de poder ha originado para sus víctimas esa doble trampa, que no dejará de desarrollarse en adelante. Para las víctimas que son empujadas

al polo de miseria del capitalismo, por eso mismo, en adelante toda conquista o reconquista del acceso a los bienes y servicios que el trabajo produce, no puede realizarse sino como democratización radical de la existencia social. Tenderá, por eso, no mucho más tarde, también a hacerse sin el Estado o contra él.

Nuevas formas de autoridad están en pleno curso de constitución en todas partes, de manera molecular si se quiere. Ellas tienden a ser de carácter o de orientación comunal. Sus muchas formas de conflicto y de combinación con el Estado, ya están presentes. Así ocurrió con las experiencias de Villa El Salvador<sup>31</sup> o de Huaycán, en el Perú, de las comunidades que reorganiza el movimiento de los indígenas en Ecuador y Bolivia, o que va ampliando el MST en el Brasil. Y así ha estallado a la mirada mundial en la reciente crisis argentina. Fuera de esas tendencias, la heterogeneidad histórico-estructural de la sociedad contemporánea, dentro y fuera de América Latina, no podría expresarse democráticamente, en una sociedad democrática. Y sin una sociedad democrática de ese carácter, la polarización social que produce el capitalismo actual, sin pausa y sin retroceso posibles, arrastrando a la especie a una catástrofe demográfica y social sin precedentes y que ya está en curso en África, Asia y América Latina, no podría *ser controlada*.

### **Notas**

1. El 11 de septiembre se cumplirán 30 años del golpe de Pinochet en Chile, que dio comienzo al proceso de neoliberalización del capitalismo en América Latina.
2. Sobre el desempleo, el *Informe de la CEPAL 2002*. Sobre la pobreza, el *Informe sobre desarrollo humano del PNUD 2002*, que el 8 de julio último acaba de ser difundido en Dublín, Irlanda.
3. La CEPAL, por boca de su entonces secretario ejecutivo, Enrique Iglesias: "La evolución económica de América Latina en 1982". En *Comercio Exterior*, vol. 33, N°2, feb. 1983, México. Un análisis del proceso y de sus perspectivas, en Aníbal Quijano: "Los vicios del círculo. La crisis económica en América Latina". *Cuadernos del Centro de Estudios de la Realidad Portorriqueña*, N°3, sept. 1984, San Juan.
4. Según el informe de la CEPAL para el año 2002, el desempleo llegó al más alto nivel de toda la historia económica de la región, 9.1 por ciento. Y los pagos de intereses de la deuda externa, US\$ 39 mil millones, el 2.4 por ciento del PIB regional, superaron por quinto año consecutivo las cifras de crédito obtenidos por la región.
5. Sobre el Perú véase de Aníbal Quijano "El fujimorismo del gobierno Toledo", en *Observatorio Social de América Latina*, CLACSO, junio 2002, pp. 71-83, Buenos Aires, reproducido en *PUC-VIVA*, PUC 2002, Sao Paulo.
6. Un breve, pero útil, recuento de la trayectoria del movimiento indígena ecuatoriano en: Luis Macas, "A diez años del levantamiento del Inti Raymi en Ecuador", en *América Latina en Movimiento*, N°315, junio 2000, pp. 12-16. Quito, Ecuador. Luis Macas fue el más importante líder en la fundación de la CONAIE, fundó después la Universidad Indígena Intercultural, y fue nombrado ministro de Asuntos Campesinos en el gobierno de Gutiérrez. Sobre los sucesos que llevaron al efímero acceso de los indígenas y del entonces coronel Gutiérrez al

- sillón presidencial del Ecuador, originando la caída del Presidente Mahuad y su reemplazo por el vicepresidente Gustavo Noboa, ver Felipe Burbano de Lara: "Ecuador. Cuando los equilibrios crujen", En *Anuario social y político de América Latina y El Caribe*, No. 3, 2000, pp. 65-79, FLACSO-Nueva Sociedad, San José y Caracas.
7. Un interesante debate y una información organizada sobre la experiencia del MST, en Boaventura de Sousa Santos, ed. *Produzir para viver. Os caminhos da produção nao capitalista*, pp. 81-114 y 189-283. Civilização Brasileira, Rio de Janeiro, 2002.
  8. De hecho Patagonia parece haberse convertido en un serio problema de soberanía en Argentina. En marzo de 2002, una encuesta dirigida por Jorge Giacobe, preguntó a los pobladores de la Patagonia argentina, si estarían de acuerdo en entregar la Patagonia para cancelar la deuda externa del país. Esa encuesta fue usada por el economista Rudiger Dornbusch, entonces profesor del MIT, recientemente fallecido, en relación con su propuesta de entregar Argentina a la administración de un comité internacional. *Liberation*, de París, publicó el 5 de marzo del 2003, la lista principal de nuevos dueños y de compradores extranjeros de extensas áreas de la región. Ver Fabiana Arancibia: "Patagonia, la codiciada", en *América Latina en Movimiento*, N°366, marzo 18, 2003, pp. 3-5, ALAI, Quito.
  9. El Comando Sur de las FFAA de EEUU cubre 32 países, 19 en Centro y Sur América, 12 en el Caribe. Véase mapa en <http://www.southcom.mil/pa/boxfacts.htm>. Información en Gian Carlo Degado Ramos: "Geopolítica imperial y recursos naturales", en *Memoria*, mayo 2003, N°171, pp. 35-39, México. También en Maria Luisa Mendonça: "La densidad de EEUU". En *América Latina en Movimiento*, N°371, Julio 1, 2003, pp. 17-19, ALAI, Quito.
  10. Véase mis textos "¿A América Latina Sobrevivera?", en *Sao Paulo em Perspectiva*, vol.7, N°2, 1993, pp. 60-67, SEADE, Sao Paulo, Brasil y "El fujimorismo del gobierno Toledo", en *Observatorio Social de America Latina*, Junio 2002, pp. 71-83, CLACSO, Buenos Aires.
  11. Curiosamente, sin embargo, en el caso del Perú, bajo el gobierno de Fujimori desde 1990, un probado agente de la CIA, el ex capitán Vladimiro Montesinos, cumplió, probadamente ahora, sabidamente siempre, un papel central en el curso autoritario y corrupto del régimen, pero así mismo en la organización y control del tráfico de droga y de armas en la cuenca amazónica.
  12. Debe recordarse, a este propósito, que la primera gran reacción ant imperialista de América Latina en la segunda mitad del siglo XIX emergió precisamente frente a la conquista de la mitad norte de México. La expansión territorial de EEUU aparecía entonces como una amenaza a la soberanía de la región. Y se acentuó con la conquista de Cuba, Puerto Rico, Filipinas y Guam, tras la derrota del moribundo imperio colonial español en 1898. Ahora estamos en una circunstancia dramatizada por la ocupación colonial de Irak y las amenazas contra los demás países del Medio Oriente, realizada con el pretexto de la lucha contra el terrorismo y con deliberada y probada falsificación de los hechos respecto de Irak. Es inevitable, en consecuencia, la inquietud latinoamericana por su independencia territorial y política cuando EEUU declara "terroristas" a todos los movimientos de protesta social y política de la región, incluyendo a los movimientos indígenas y al mismo tiempo acelera y

- expande la instalación de sus bases militares en toda el territorio latinoamericano.
13. Lula ha decretado hace muy poco la prohibición y la persecución del trabajo esclavo en el Brasil, especialmente en la amazonía. Alabado sea. El problema es saber cómo hará para que sus propósitos tengan efectivo cumplimiento.
  14. Ver de Aníbal Quijano *La economía popular en América Latina*, CEIS-Mosca Azul, 1998. Lima.
  15. Sobre las luchas populares de la última década del siglo XX en Argentina, Javier Auyero: "Global Riots", *International Sociology*, vol.16, N°1, March 2001, pp. 33-55. Sobre el conjunto latinoamericano, Margarita López-Maya, ed., "Lucha popular, democracia, neoliberalismo. Protesta popular en América Latina en los años del ajuste". *Nueva Sociedad*, 1998, Caracas. En el *Observatorio Social de América Latina*, de CLACSO, se publica información sistemática sobre las protestas sociales de cada país latinoamericano, desde 2000.
  16. Ver de Aníbal Quijano, op. cit.
  17. El discurso del presidente Kirchner ante la Asamblea Legislativa (25 de mayo del 2003) de su país, podría ser considerado como la más explícita y coherente presentación de la propuesta de restablecer el capitalismo nacional: "En nuestro proyecto ubicamos en un lugar central la idea de reconstruir un capitalismo nacional que genere las alternativas que permitan reinstalar la movilidad social ascendente". Más adelante agregó: "Como se comprenderá el Estado cobra en eso un papel principal, es que la presencia o ausencia del estado constituye toda una actitud política". Y "sabemos que el mercado organiza económicamente pero no articula socialmente, debemos hacer que el Estado ponga igualdad allí donde el mercado excluye y abandona". Texto completo del discurso en <http://www.argenpress.info> 27/05/2003. Durante los primeros 50 días de su gobierno, Kirchner ha dado importantes pasos hacia la re-institucionalización del Estado, en el trato con los capitales especulativos de corto plazo, en la lucha contra la impunidad en el área de los derechos humanos y de la corrupción de los funcionarios públicos. Todos esos pasos se dirigen, ante todo, a la reorganización de la hegemonía burguesa en la sociedad, puesta en crisis desde los estallidos del fin de 2001. Pero aún no indican cómo sería reconstituido un capitalismo nacional desmantelado por más de treinta años, en el marco de un capitalismo mundial cuyo control económico y político han alcanzado su mayor concentración mundial en 500 años. Es ilustrativo contrastar los discursos de Chávez y su Constitución Bolivariana, los de Lula (por ejemplo, el artículo que acaba de publicar en Londres, traducido en *El Mundo*, en Madrid y en Perú 21, 20/07/03) y los de Kirchner.
  18. Ver de Aníbal Quijano: "El nuevo imaginario anticapitalista". Originalmente publicado en *América Latina en Movimiento*, N°351, abril 2002, pp. 14-22, Quito. Reproducido en otras publicaciones de América Latina.
  19. Ver de Edgardo Lipschitz, "América Latina en la economía mundial", en *Economía de América Latina* N°5, 1980, pp. 15-33, México. De Héctor Islas: "México y Brasil, la convergencia de problemas", en *Comercio Exterior*, vol. 33, N°5, mayo 1983, pp. 405-408, México.

20. Por ejemplo entre el salario de un profesor del sistema de educación pública, que ganaba US\$173.00 mensuales hasta hace un mes, en que una larga huelga nacional les permitió imponer un aumento de US\$28.98, y el del Presidente de la República que gana US\$19,000 mensuales (que frente a la protesta masiva ha ofrecido reducir a US\$12,000) y, además, tiene todos los gastos personales y domésticos pagados por el Estado.
21. Sobre el caso peruano puede consultarse las investigaciones de Carmen Pimentel: *Violencia y familia en la barriada*, CECOSAM, 2001, Lima, y los trabajos publicados por Centro Comunitario de Salud Mental. Principalmente, *Familia y cambio social*, CECOSAM 1999, Lima.
22. He adelantado el debate de algunas de estas cuestiones en “El trabajo al final del siglo XX”, en Bernard Founou-Tchuigoua, Sams Dine Sy and Amady A. Dieng, comps. *Pensée sociale critique pour le XXI siècle. Melanges en l'honneur de Samir Amin*, pp. 131-149, Forum du Tiers Monde, L'Harmattan 2003, Paris.
23. Celso Furtado: “Trasnacionalização e Monetarismo”. En *Pensamiento Iberoamericano*, N°1, enero-junio 1982, pp. 13-45. Madrid.
24. PNUD. *Informe sobre desarrollo humano*, julio 2003.
25. Ver sobre esa cuestión, de Aníbal Quijano: “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina”, en Edgardo Lander, comp. *Colonialidad del saber, eurocentrismo y ciencias sociales*, UNESCO-CLACSO 2000, Buenos Aires.
26. Una discusión de esas cuestiones en Aníbal Quijano: “Globalización, colonialidad del poder y democracia”. Originalmente publicado en *Tendencias básicas de nuestra época. Globalización y democracia*. Instituto de Altos Estudios Internacionales Pedro Gual, 2000. Caracas. Reproducido en otras publicaciones.
27. En ese sentido, de este autor, “Venezuela, ¿un nuevo comienzo?”. Originalmente en *América Latina en Movimiento*, abril 2002, Quito, Ecuador.
28. Esto es, se trata de una negociación institucionalizada de las condiciones, de las modalidades y de los límites de la dominación y de la explotación.
29. Esa discusión en Aníbal Quijano: “América Latina en la economía mundial”, en *Problemas del Desarrollo*, vol. XXIV, N°95, octubre-diciembre 1999, México, Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM.
30. “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina”, op.cit. También, del mismo autor, “Colonialidad, globalización y democracia”, en *Tendencias básicas de nuestra época*, Instituto de Altos Estudios Diplomáticos “Pedro Gual”, 2001, pp. 25-61, Caracas. Tr. al portugués: “Colonialidade, Poder, Globalização e Democracia”, en *Novos Rumos*, año 17, N°37, 2002, pp.04-29, Instituto Astrogildo Pereyra, Sao Paulo.
31. Ver de Jaime Coronado y Ramón Pajuelo: *Villa El Salvador. Poder y comunidad*, CEIS-CECOSAM 1996. Lima. Y de Aníbal Quijano: *La economía popular en América Latina*, Mosca Azul, 1998. Lima. También del mismo autor: “The Growing Significance of Reciprocity from Below. Marginality and Informality in Debate”, en Faruk Tabak and Michaeline A. Crichlow, eds. *Informalization*, 133-166. Johns Hopkins University Press, 2000, Baltimore-London.

# ALTERNATIVAS EN LA GUERRA CONTRA EL NEOLIBERALISMO Y EL NEOIMPERIALISMO\*

La batalla de las ideas en la construcción de alternativas

Perry Anderson \*\*

Mi tema de esta noche es la batalla de ideas en la construcción de alternativas. ¿Cómo podemos comprender este campo de batalla? Es un terreno todavía dominado, obviamente, por las fuerzas que representan lo que desde nuestra perspectiva llamamos una nueva hegemonía mundial. Pues bien, para abordar la cuestión de alternativas, es preciso primero contemplar los componentes de esta nueva hegemonía. En nuestra visión esta representa algo nuevo. ¿En qué consiste esta novedad? Si Marx tenía razón, diciendo que las ideas dominantes en el mundo son siempre las ideas de las clases dominantes, es muy claro que estas clases -en sí- no han cambiado nada en los últimos cien años. Los dueños del mundo siguen siendo los propietarios de los medios materiales de producción, a escala nacional e internacional. Sin embargo, es igualmente claro que las formas de su dominación ideológica,

si han cambiado significativamente. Quiero comenzar mi intervención con algunas observaciones a propósito, tratando de focalizar más precisamente los tiempos y los contornos de esta mutación.

Si miramos la situación mundial después de la derrota del fascismo en 1945, con el inmediato comienzo de la guerra fría, dividiendo a los antiguos aliados de la segunda guerra mundial, el conflicto entre los dos bloques –el occidental liderado por EEUU y el oriental liderado por la Unión Soviética– este conflicto se configuraba, objetivamente, como una lucha entre el capitalismo y el comunismo, y fue proclamada como tal del lado oriental, es decir por los soviéticos. En cuanto al sector occidental, los términos oficiales de la lucha eran completamente distintos. En occidente, la guerra fría era presentada como una batalla entre la democracia y el totalitarismo. Para describir al bloque occidental, no se utilizaba el término de “capitalismo”, considerado básicamente un término del enemigo, un arma contra el sistema en vez de una descripción del mismo. Se hablaba de la “libre empresa” y – sobre todo – del “mundo libre”, no del “mundo capitalista”.

Ahora bien, en este sentido, el fin de la guerra fría produjo una configuración ideológica enteramente nueva. Por primera vez en la historia, el capitalismo comenzó a proclamarse como tal, con una ideología que anunciaba la llegada de un punto final del desarrollo social, con la construcción de un orden basado en

mercados libres, más allá del cual no se pueden imaginar mejoras substanciales. Francis Fukuyama dio la expresión teórica más amplia y ambiciosa de esta visión del mundo en su libro *El fin de la historia*. Pero, en otras expresiones más vagas y populares, también se difundió el mismo mensaje: el capitalismo es el destino universal y permanente de la humanidad. No hay nada fuera de este destino pleno. Aquí se encuentra el núcleo del neoliberalismo como doctrina económica, todavía masivamente dominante al nivel de los gobiernos en todo el mundo.

Esta jactancia fanfarrona de un capitalismo desregulado, como el mejor posible de todos los mundos, es una novedad del sistema hegemónico actual. Ni siquiera en el siglo diecinueve, en los tiempos victorianos, se proclamaba tan clamorosamente las virtudes y necesidades del reino del capital. Las raíces de este cambio histórico son claras: es un producto de la victoria cabal de occidente en la guerra fría, no simplemente de la derrota sino más bien de la desaparición total de su adversario soviético, y de la euforia consiguiente de las clases poseedoras, que ahora no necesitaban mas eufemismos o circunlocuciones para disfrazar la naturaleza de su dominio.

Pero si la contradicción principal del período de la guerra fría había sido el conflicto entre capitalismo y comunismo, este había estado siempre sobredeterminado por otra contradicción global: por la lucha entre los movimientos de liberación nacional del Tercer Mundo y las potencias coloniales e imperialistas del Primer Mundo. A veces las dos luchas se fusionaron o entrecruzaron, como aquí en Cuba, o en China y Vietnam. El resultado de una larga historia de combates antimperialistas fue la emergencia en todo el mundo de Estados nacionales formalmente emancipados de la subyugación colonial y dotados de una independencia jurídica, gozando incluso de sede en las Naciones Unidas. El principio de la soberanía nacional –muchas veces violado en la práctica por las grandes potencias, pero jamás puesto en duda, esto es, siempre afirmado por el derecho internacional e inscrito solemnemente en la Carta de las Naciones Unidas - ha sido la gran conquista de esta ola de luchas en el Tercer Mundo.

Sin embargo, en sus luchas contra el imperialismo, los movimientos de liberación nacional se vieron beneficiados –objetivamente– por la existencia y la fuerza del campo soviético. Digo objetivamente porque no siempre –aunque lo haya hecho en muchos casos– la Unión Soviética ayudó, subjetivamente, a los movimientos en cuestión. Sin embargo, aun cuando le faltara un apoyo material o directo por parte la Unión Soviética, la simple existencia del campo comunista impedía a occidente, sobre todo a EEUU, aplastar con todos los medios a su disposición y sin temor de resistencias o represalias, estas luchas. La correlación de fuerzas globales no permitía, después de la segunda guerra mundial, el tipo de campañas de exterminio libremente practicados (por Francia en Marruecos o Inglaterra en Irak) después de la primera guerra mundial. Incluso EEUU siempre trató de presentarse ante los países del Tercer Mundo como un país anti-colonialista, como el producto de la primera revolución anti-colonialista del continente americano. La competencia diplomática y política entre oriente en el Tercer Mundo favorecía a los movimientos de liberación nacional.

Ahora, con la desaparición del campo comunista, las inhibiciones tradicionales que condicionaban al norte en sus relaciones con el sur, lógicamente se desvanecieron también. Este es el segundo gran cambio de la última década. Su

expresión en el campo de batalla de las ideas ha sido un creciente asalto contra el principio de la soberanía nacional. Aquí el momento decisivo ha sido la guerra de los Balcanes en 1999. La agresión militar contra Yugoslavia lanzada por la OTAN fue abiertamente justificada como una superación histórica del fetiche de la soberanía nacional, en nombre de valores más altos –o sea, en nombre del valor de los derechos humanos. Desde entonces, un ejercito de juristas, filósofos, e ideólogos han construido una nueva doctrina de ‘humanismo militar’, buscando demostrar que la soberanía nacional es un anacronismo peligroso en esta época de globalización, y que puede y debe pisotearse para universalizar los derechos humanos, tal como estos son entendidos por los países mas avanzados y, por supuesto, ilustrados. Desde el punto de vista del primer ministro británico -el socialdemócrata Blair- hasta el punto de vista de filósofos liberales célebres como John Rawls, Jurgen Habermas y/o Norberto Bobbio, se sostiene que existe una nueva ‘ley de los pueblos’ –ese es el título exquisito del ultimo libro de Rawls– que esta siendo preconizada para legitimar e incentivar intervenciones militares por parte de los ‘pueblos democráticos’ –otra expresión espléndida de Rawls– y con el fin de llevar la libertad a los pueblos ‘no-democráticos’. Hoy, en Irak, vemos el fruto de esta “apoteosis” de los derechos humanos.

Se puede decir que, en el campo de ideas, la nueva hegemonía mundial esta basada en dos mutaciones fundamentales del discurso dominante de la época de la guerra fría: primero, la promulgación del capitalismo, declarado como tal, no simplemente como un sistema socioeconómico preferible al socialismo, sino como el único modo de organizar la vida moderna concebible para la humanidad, para siempre. Segundo, la anulación abierta de la soberanía nacional como clave de las relaciones internacionales entre los Estados, en nombre de los derechos humanos. Podemos dar cuenta de una conexión estructural entre estos dos cambios. Pues un reino ilimitado del capital– es decir de los mercados financieros contemporáneos - presupone una cancelación de hecho de muchos de las prerrogativas clásicas de un Estado nacional que pierde su capacidad de controlar la tasa de cambio, la tasa de interés, su política fiscal y finalmente la estructura misma de su presupuesto nacional. En este sentido, la anulación jurídica de la soberanía nacional -en provecho del humanismo militar– completa y formaliza un proceso de erosión ya bastante avanzado.

Pero hay un tercer cambio, el más inesperado, que se delinea hoy en día. Mientras el neoliberalismo ofrece un marco socioeconómico universal, el humanismo militar propone un marco político universal. Ahora bien, ¿son suficientes, estos dos transformaciones ideológicas, para constituir una nueva hegemonía mundial? No, porque una hegemonía exige algo más, exige la existencia de una potencia particular que organice y haga cumplir las reglas generales del sistema. En una palabra, no hay hegemonía internacional sin Estado hegemónico. Esto ha sido uno de los puntos fundamentales tanto de la teoría marxista de la hegemonía forjada por Antonio Gramsci, como de las teorías anteriores del *Realpolitik* alemán –cuyo matiz político en cambio era conservador. Una potencia hegemónica tiene que ser un Estado particular -con una serie de atributos que, por definición, no pueden ser compartidos por otros Estados, dado que son estas peculiaridades las que precisamente lo hacen una superpotencia por encima de los otros. Un Estado particular capaz, pues, de desempeñar un

papel universal como garantía del “buen funcionamiento” del sistema. Desde 1945 esta potencia ha sido EEUU pero, con el colapso del bloque soviético, el ámbito de su hegemonía se ha extendido enormemente, volviéndose por primera vez verdaderamente global.

¿Cómo se articula, entonces, esta nueva prepotencia norteamericana con las innovaciones ideológicas del neoliberalismo y del humanismo militar? En la forma – que hubiera sido impensable solamente algunos años atrás – de una rehabilitación plena y cándida del imperialismo, como un régimen político de alto valor, modernizante y civilizador. Fue el consejero de Blair en materias de seguridad nacional, Robert Cooper, una especie de mini-Kissinger de Downing Street, que inició esta transvaluación contemporánea del imperialismo, dando como ejemplo conmovedor el asalto de la OTAN contra Yugoslavia. Después el nieto de Lyndon Johnson, el jurista constitucional y estrategia nuclear Philip Bobbit (coordinador de los servicios de espionaje en el Consejo Nacional de Seguridad de Clinton) con su libro enorme *El escudo de Aquiles*, predijo la teorización más radical y ambiciosa de la nueva hegemonía norteamericana. Hoy, artículos, ensayos y libros, celebrando el Imperio americano –típicamente embellecidos por largas comparaciones con el Imperio romano y su papel civilizador– caen en cascadas de las imprentas en EEUU.

Se debe subrayar que esta euforia neo-imperialista no es un exceso efímero de la derecha norteamericana; hay tanto demócratas como republicanos en el rango de sus próceres. Para cada Robert Kagan o Max Boot por un lado, hay un Philip Bobbitt o Michael Ignatieff por el otro. Sería un error grave ilusionarse que es solamente con Reagan o con los Bush que estas ideas han crecido; no, también Carter y Clinton, con sus Zbigniew Brzezinski y Samuel Bergers al lado, han jugado un papel igualmente fundamental en su desarrollo.

Si, dicho en paréntesis, tanto el neoliberalismo como el neo-imperialismo han sido políticamente bipartidarios en EEUU, y también en su aliado más estrecho el Reino Unido, no es que el papel de la centro-derecha y de la centro-izquierda han sido idénticos en su emergencia y consolidación. En ambos casos, hubo una breve pero significativa iniciación del fenómeno por la centro-izquierda, seguida por su ampliación dinámica bajo la centro-derecha, y finalmente de su estabilización como sistema normal por la centro-izquierda. Así, el monetarismo neoliberal se inició en el norte bajo los gobiernos de Carter y Callaghan en los tardíos años setenta; fue dinamizado y ampliado enormemente bajo Reagan y Thatcher; y finalmente afianzado como rutina con Clinton y Blair. De modo análogo, las primeras iniciativas audazmente neo-imperiales fueron conformadas en Afganistán por Brzezinski; extendidas a Nicaragua, Grenada, Libia y otros sitios bajo Casey y Weinberger; y fueron normalizadas como sistema, en el Medio Oriente y en los Balcanes por Albright y Berger.

Ahora, en un segundo turno, hay una ampliación y radicalización -más allá de los mandos de Clinton- bajo Bush. Podemos esperar, si fuese elegido un presidente demócrata en el año próximo, que las nuevas fronteras de las operaciones neo-imperialistas establecidas por Rumsfeld serían consolidadas como los parámetros normales de la hegemonía norteamericana en el futuro, aunque con una retórica más mansa y llorosa que la republicana. Todo pasa como si cada vez que el sistema “se atasca” con la centro-izquierda, acelera a

toda velocidad con la centro-derecha, y luego regresa a una velocidad estable, de crucero, una vez más con la centro-izquierda.

Ahora, si tales son hoy en día los rasgos principales de la nueva hegemonía mundial en el campo de batalla de las ideas, ¿dónde se localizan los principales focos de resistencia a esta hegemonía, y qué formas específicas toman? Si miramos el escenario político global, podemos distinguir tres zonas geográficas distintas donde aparecen reacciones adversas a la hegemonía norteamericana. En los inicios de este año, Europa ha visto las manifestaciones callejeras más grandes de toda su historia en contra de la guerra que se preparaba en el Medio Oriente. En España, Italia, Francia, Alemania, Inglaterra, millones de personas han expresado su oposición a la invasión de Irak, como también muchos ciudadanos norteamericanos mismos. Pero el centro de gravedad del movimiento pacifista internacional ha sido innegablemente europeo. ¿Cuánta esperanza se puede tener en esta importante reacción de la opinión pública europea?

No fue este un impulso inmediato o efímero, pues la hostilidad continua a la política de la Casa Blanca sigue apareciendo reflejada en todos los sondeos posteriores a la guerra, como también en un torrente de artículos, manifiestos e intervenciones en los medios masivos de comunicación de los principales países del continente. Un tema concreto de esta ola reciente de anti-americanismo es la afirmación de una identidad histórica, propia de las sociedades europeas y absolutamente distinta de la de EEUU. El filósofo Habermas y muchos otros intelectuales y políticos europeos teorizan esta diferencia como un contraste de valores. Europa sigue siendo socialmente más responsable con su Estado de bienestar, más humana con su negativa a sostener una legislación punitiva como la pena capital, más tolerante y menos religiosa en sus costumbres, más pacífica en sus relaciones exteriores, que América del Norte.

¿Cómo evaluar estas pretensiones? Es claro que el modelo capitalista europeo ha sido, desde la segunda guerra mundial, más regulador e intervencionista que el norteamericano, y que ningún Estado europeo, y aun menos la Unión Europea, goza de un poder militar lejanamente comparable con el que está a disposición de Washington. Pero hoy en día, el neoliberalismo reina en todas las sociedades europeas con los mismos lemas que en el resto del mundo –en términos de reducción de los gastos del Estado, disminución de los beneficios sociales, desregulación de los mercados, privatización de las industrias y los servicios públicos. En este sentido, las diferencias estructurales entre la Unión Europea y EEUU son cada vez menores. Lo que aparece es una vaga noción que da cuenta de la existencia de una distancia cultural entre dichas unidades políticas, aunque obviamente, las sociedades europeas se encuentran cada año que pasa más subordinadas a los productos de Hollywood y de Silicon Valley. Sin embargo, esta distancia o reacción cultural a la que hacíamos referencia anteriormente constituye una base muy débil en términos de una resistencia política duradera frente a EEUU. Eso se ve muy claramente en el hecho de que la mayoría abrumadora de los manifestantes contra la guerra de Irak han apoyado fervorosamente la guerra contra Yugoslavia, cuya justificación y modus operandi eran más o menos idénticas –la diferencia principal que se presenta es que entonces el presidente era Clinton, un demócrata suntuoso y efusivo con el que tantos europeos se

identificaban, y no el republicano Bush, que les parece un vaquero inaceptablemente hosco y rústico.

En otras palabras, no hay oposición de principio contra el neo-imperialismo en estos medios europeos; solamente hay una aversión “de etiqueta” contra su mandatario actual. Por ello, no es casual que después de la conquista de Irak, el movimiento pacifista europeo se encuentre en una situación de reflujo, aceptando el hecho consumado, y sin expresar algún tipo de manifestación significativa de solidaridad con la resistencia nacional a la ocupación. A esto se suma el hecho de que los gobiernos europeos que se han opuesto inicialmente a la invasión de Irak (tales como Alemania, Francia y Bélgica) se han rápidamente acomodado a la conquista, buscando reparar tímidamente sus relaciones con Washington.

Pasemos ahora al Medio Oriente mismo. Aquí, el escenario es totalmente distinto, pues se combate armas en mano contra la nueva hegemonía mundial. Tanto en Afganistán como en Irak, a la conquista relámpago norteamericana le siguió una resistencia guerrillera tenaz en el espacio territorial, la cual sigue causando dificultades serias a EEUU. Además, no hay la más mínima duda del apoyo masivo de la opinión pública árabe de toda la región respecto a estas luchas de liberación nacional contra los ocupantes y sus títeres. Sería sorprendente si el mundo árabe no reaccionara de tal modo frente a las agresiones norteamericanas, dado que estas se desarrollan en una zona que experimenta cada día, con la bendición de Washington, la expansión del colonialismo israelí en los territorios palestinos. Este trasfondo histórico separa desde el principio el modo en que se lleva a cabo la oposición árabe y la oposición europea con relación a la nueva hegemonía mundial, y para esto hay que tener en cuenta que diversas potencias europeas fueron ellas mismas los colonizadores originales de la región. Pero hay dos factores más que diferencian la resistencia árabe de la europea.

Aquí también entra en juego un contraste cultural con la superpotencia, el cual es mucho más profundo porque se sostiene en una religión milenaria, el islam. El islamismo contemporáneo, con toda la variedad de sus matices, es infinitamente más impermeable a la penetración de la cultura e ideología norteamericana que la vaga identidad *bienestarista* de la que se jactan los europeos. Como lo hemos visto repetidamente, aquél es capaz de inspirar actos de contraataque de una ferocidad sin par. Además, esta antigua fe religiosa se conjuga con un sentimiento absolutamente moderno de nacionalismo moderno, rebelándose contra las miserias y humillaciones de una zona regida durante décadas por regímenes feudales o títeres corruptos y brutales. La combinación de lo cultural-religioso y de lo nacional hace de la resistencia islamo-árabe contemporánea una fuerza que no se agotará fácilmente. Pero, al mismo tiempo, ésta tiene sus límites. Le falta lo social - es decir una visión creíble de una sociedad moderna alternativa a lo que busca imponer en el Medio Oriente, la potencia hegemónica. La *Sharia* no es un ideal capaz de enfrentar los retos del neoliberalismo. Mientras tanto, siguen oprimiendo a sus pueblos los diversos regímenes tiránicos y atrasados de la región. Todos – sin excepción alguna – prontos a colaborar con EEUU como ha demostrado *ad libitum* la Liga Árabe, y la experiencia de la primera guerra del Golfo.

El tercer foco de resistencia se halla aquí, en América Latina. Tres rasgos decisivos distinguen esta zona de las anteriores. En primer lugar, en América

Latina se encuentra una combinación de factores mucho más fuerte y prometedora que en Europa o en Medio Oriente, pues aquí y solamente aquí, la resistencia al neoliberalismo y al neo-imperialismo conjuga no sólo lo cultural sino lo social con lo nacional, es decir, comporta una visión emergente de otro tipo de organización de la sociedad y otro modelo de relaciones entre los Estados. En segundo lugar, América Latina – y esto es un hecho que a menudo se olvida – es la única área del mundo con una historia continua de trastornos revolucionarios y luchas políticas radicales desde un siglo. Ni en Asia, ni en Africa, ni en Europa encontramos equivalentes a la cadena de revueltas y revoluciones que han marcado la específica experiencia latinoamericana, la que desde hace un siglo viene dando cuenta de nuevas explosiones que se suceden a derrotas. El siglo XX ha empezado con la Revolución mexicana que tuvo lugar antes de la primera guerra mundial. Se trata de una revolución victoriosa pero que también fue esterilizada en lo que hace a muchas de sus aspiraciones populares. Entre las dos guerras hay una serie de levantamientos heroicos y experimentos políticos derrotados: el sandinismo en Nicaragua, la revuelta aprista en Perú, la insurrección en El Salvador, la revolución de 1933 en Cuba, la intentona en Brasil, la breve República socialista y el Frente Popular en Chile.

Con la segunda guerra mundial comienza un nuevo ciclo, el primer peronismo – en su fase jacobina – en Argentina, el bogotazo en Colombia y la Revolución boliviana de 1952. Al final de la década estalla la Revolución cubana. Sigue una ola de luchas guerrilleras a través del continente, y la elección del gobierno de Allende en Chile. Todas estas experiencias fueron aplastadas con el ciclo de dictaduras militares que comenzaron en Brasil en 1964 y luego allanaron el camino a Bolivia, Uruguay, Chile y Argentina en la década de 1970. A mediados de la década, la reacción parecía victoriosa casi en todas partes. De nuevo, sin embargo, se encendió el fuego de la resistencia con el triunfo de la Revolución sandinista, la lucha de los guerrilleros salvadoreños y la campaña masiva para elecciones directas en Brasil. También esta ola de insurgencia popular fue desmontada o destruida despiadadamente. A mediados de la década de 1990, reinaban en casi todos los países latinoamericanos versiones criollas del neoliberalismo norteamericano, instalados o apoyados por Washington – los regímenes de Menem en Argentina, Fujimori en Perú, Cardoso en Brasil, Salinas en México, Sánchez Losada en Bolivia, etc. Finalmente, con una democracia estable restaurada y políticas económicas excelentes, el Departamento de Estado creía que América Latina se había convertido en una retaguardia segura y tranquila del imperio global. Hoy en día, el paisaje político ha cambiado de nuevo radicalmente. El ciclo popular más reciente, que comenzó con la revuelta zapatista en Chiapas, ya ha visto la llegada al poder de Chávez en Venezuela, las victorias de Lula y Kirchner en Brasil y Argentina, respectivamente, el derrumbe de Sánchez Losada en Bolivia y los estallidos sociales repetidos en Perú y Ecuador.

Tercer rasgo distintivo del escenario latinoamericano: aquí, y solamente aquí, encontramos coaliciones de gobiernos y de movimientos en un frente amplio de resistencia a la nueva hegemonía mundial. En Europa, el movimiento pacifista y *alterglobalista* ha sido mucho más extenso que la oposición diplomática de algunos gobiernos a la guerra de Irak. Esta asimetría entre la calle y el palacio ha sido una de las características más significativas de la situación europea, donde la mayoría de los gobiernos – incluyendo no solamente a Gran Bretaña, sino a España, Italia, Holanda, Portugal, Dinamarca y todos los nuevos satélites de Washington en Europa del Este - no solamente apoyaron la agresión contra Irak, sino que participan en la ocupación, mientras que la mayoría de sus poblaciones se opusieron a la guerra. En Medio

Oriente, esta asimetría entre la hostilidad casi unánime de la calle, a la conquista de Irak y la complicidad casi unánime de los regímenes con el agresor es aún más dramática o, en efecto, total.

En América Latina, en contraste, se ve una serie de gobiernos que, en grados y campos diversos, tratan de resistir a la voluntad de la potencia hegemónica y un conjunto de movimientos sociales típicamente más radicales que luchan por un mundo diferente, sin inhibiciones diplomáticas o ideológicas. Allí se encuentran desde los zapatistas de México y los Sem Terra de Brasil, hasta los cocaleros y mineros de Bolivia, los piqueteros de Argentina, los huelguistas de Perú, el bloque indígena en Ecuador y tantos otros. Esta constelación dota al frente de resistencia de un repertorio de tácticas y acciones y de un potencial estratégico superior a cualquier otra parte del mundo. En Asia, por ejemplo, puede haber gobiernos más firmes en su oposición a los mandos económicos e ideológicos norteamericanos – la Malasia de Mahathir es un caso obvio – pero faltan poderosos movimientos sociales y, donde existen tales movimientos, los gobiernos se muestran más o menos serviles, como en Corea del Sur cuyo presidente ahora promete tropas para ayudar a la ocupación de Irak.

Entonces, es lógico que si miramos las dos iniciativas más impresionantes de resistencia internacional a la nueva hegemonía mundial, ambas se originaron aquí en América Latina. La primera, por supuesto, ha sido la emergencia del Foro Social Mundial, con su raíz simbólica en Porto Alegre, y la segunda, la creación del G-22, en Cancún. En ambos casos, lo notable es un verdadero frente intercontinental de resistencia, que englobó, de manera muy diversa, movimientos en un caso y gobiernos en el otro. Ahora bien, tanto el Foro Social como el G-22 han concentrado sus esfuerzos de resistencia en el sector neoliberal del frente enemigo, es decir, esencialmente en la agenda económica de la potencia hegemónica y sus aliados en los países ricos. Aquí, correctamente, los blancos centrales han sido el Fondo Monetario Internacional (FMI) y la Organización Mundial del Comercio (OMC). En esta batalla de ideas, la noción de mercados libres – es decir, sistemas de intercambio de las mercancías, del trabajo y del capital puros y autónomos, sin interferencias políticas u otras – ha sido cada vez más claramente expuesta con una mitificación. Todos los mercados, en todos los tiempos, son construidos y regulados políticamente: la única cuestión pertinente es qué tipo de política los moldea y determina. El neoliberalismo busca imponer su ‘gran transformación’ (para usar la fórmula acunada por Karl Polanyi) para el advenimiento del liberalismo clásico del *laissez-faire* en la época victoriana. Como su predecesor, este proyecto – a escala mundial – conlleva la imposición de reglas de comercio que favorecen los intereses de los Estados y corporaciones metropolitanos en detrimento de los intereses de los países periféricos. El proteccionismo se vuelve un privilegio reservado al Norte, mientras que en el Sur es visto como una infracción a las leyes fundamentales de toda economía sana. Comparada con estas hipocresías, la noción medieval de un “precio justo” podría parecer un modelo de ilustración. El ataque que se llevó a cabo en Cancún contra las arrogancias ideológicas y abusos prácticos de la potencia hegemónica y sus aliados fue un acierto.

Sin embargo – y aquí las discrepancias entre gobiernos y movimientos se destacan – resistir a las pretensiones hegemónicas en el área del comercio,

defender por ejemplo – el MERCOSUR contra el ALCA – no puede conducir a resultados muy animadores, si al mismo tiempo se obedece dócilmente al FMI y los "mercados financieros" en materias tan cruciales como la tasas de interés, el patrón fiscal, el sistema de pensiones, el así llamado superávit primario, para no hablar de respuestas a la exigencia popular de una redistribución igualitaria de tierras. Aquí el papel de los movimientos sociales se vuelve decisivo. Sólo su capacidad de movilizar a las masas – campesinos, obreros, informales, empleados – y combatir, si es necesario, sin treguas a gobiernos oscilantes u oportunistas, puede asegurar políticas sociales más igualitarias y justas. La democracia de la que se jactaban los gobiernos neoliberales de la última década siempre ha sido un asunto restringido y elitista, con baja participación electoral y alta interferencia del poder del dinero. La democracia necesita una resistencia efectiva a la nueva hegemonía mundial: requiere de un ejercicio del poder desde abajo, cuyas formas embrionarias se van delineando en los presupuestos populares de Porto Alegre, los comités de la insurgencia boliviana, la auto-organización de los ranchitos venezolanos, las ocupaciones de los Sem Terra.

Si bien es cierto que hay muchos brotes prometedores de resistencia regional e internacional contra el neoliberalismo, también cabe preguntarse: ¿Cuál es la situación respecto al frente de combate contra el neo-imperialismo? Aquí el escenario sigue siendo más sombrío. Los primeros foros sociales han evitado cuidadosamente el tópico –aparentemente demasiado candente- del nuevo belicismo norteamericano. En Europa, hubo no poca gente que engullendo la idea de un humanismo militar en defensa de los derechos humanos apoyó el bombardeo de Belgrado. Entre los gobiernos, naturalmente, se ve aun menos apetito para enfrentar la potencia hegemónica en su terreno más fuerte, el campo militar. La reacción de varios gobiernos latinoamericanos a la invasión de Irak se podría resumir en el repudio inmediato del cual fue objeto el desgraciado embajador chileno ante las Naciones Unidas, por parte del presidente socialdemócrata Lagos cuando, en un momento distraído de una charla informal, condenó la agresión anglo-americana y por ello recibió una telegrama furioso de La Moneda en el que se le ordenaba rectificar su *lapsus*. Chile no condenó la agresión, la "lamentó". Los otros gobiernos latinoamericanos no han demostrado mayor coraje: las únicas dos excepciones fueron Cuba y Venezuela.

Ahora bien, este frente de resistencia a la nueva hegemonía mundial exige una crítica consistente de sus conceptos claves. Aquí la batalla de ideas para la construcción de una alternativa tiene que concentrar sus miras en dos puntos decisivos: los derechos humanos y las Naciones Unidas, que se han vuelto hoy en día instrumentos de la estrategia global de la potencia hegemónica. Tomemos primero los derechos humanos. Históricamente, la declaración que los introdujo al mundo, de 1789, ha sido uno de las grandes proezas políticas de la revolución francesa. Pero, como era de esperar, a esta noción –fruto de la ideología de una gran revolución burguesa– le faltaba una base filosófica que la sostenga. El derecho no es un fenómeno antropológico: es un concepto jurídico, que no tiene significado fuera de un marco legal que instituye tal o cual derecho en un código de leyes. No puede haber derechos humanos en abstracto – es decir, trascendente respecto a cualquier Estado concreto- sin la existencia de un código de leyes. Hablar de derechos humanos como si estos pudiesen preexistir más allá de las leyes que les

darían vida – como es común – es una mitificación. Fue por eso que el pensador utilitarista clásico Jeremy Bentham, las denominó “tonterías en zancos” y Marx, cuya opinión de Bentham no era muy alta, en este punto le dio toda la razón, sin dudar en citarlo a tal propósito.

El hecho obvio es que no puede haber derechos humanos como si fuesen datos de una antropología universal, no solamente por que su idea es un fenómeno relativamente reciente, sino también porque no hay ningún consenso universal en la lista de tales derechos. De acuerdo con la ideología dominante, la propiedad privada – inclusive, naturalmente la que concierne los medios de producción – es considerada un derecho humano fundamental – proclamado como tal, por ejemplo, en la guerra contra Yugoslavia, cuando el ultimátum norteamericano a Rambouillet que deflagró el ataque de la OTAN exigió no solamente libertad y seguridad para la población de Kosovo, el libre movimiento de las tropas de la OTAN a través del territorio yugoslavo, sino también tranquilamente estipuló - cito – que “Kosovo tiene que ser una economía de mercado”. Incluso, dentro de los parámetros de la ideología dominante en EEUU se contraponen diariamente el derecho a decidir con el derecho a vivir respecto al tema del aborto. No hay ningún criterio racional para discriminar entre tales construcciones, pues los derechos son constitutivamente maleables y arbitrarios como toda noción política: cualquiera puede inventar uno a su propio antojo. Lo que normalmente representan son intereses y es el poder relativo de estos intereses lo que determina cuál de las diversas construcciones rivales predomina. El derecho al empleo, por ejemplo, no tiene ningún estatuto en las doctrinas constitucionales de los países del norte; el derecho a la herencia, sí.

Entender esto no implica ninguna postura nihilista. Si bien los derechos humanos (pero no los derechos legales) son una confusión filosófica, existen necesidades humanas que en efecto prescinden de cualquier marco jurídico y corresponden, en parte, a fenómenos antropológicos universales - tales como la necesidad de alimentación, de abrigo, de protección contra la tortura o el maltrato - y en parte corresponden a exigencias que son, hegelianamente, productos del desarrollo histórico – tales como las libertades de expresión, diversión, organización y otras. En este sentido, en vez de derechos, es siempre preferible hablar de necesidades: una noción más materialista, y menos equívoca.

Pasemos ahora a nuestro humanismo militar, escudo ilustrado de los derechos humanos en la nueva hegemonía mundial. He observado que el Foro Social, y más generalmente los movimientos alterglobalistas, han prestado poca atención al neo-imperialismo, prefiriendo concentrar su fuego en el neoliberalismo. Sin embargo, hay un lema internacional movilizador muy sencillo que podrían adoptar. Este consiste en exigir el cierre de todas –repito todas – las bases militares extranjeras en todo el mundo. Actualmente, EEUU mantiene tales bases en más de cien - repito, cien – países a través del planeta. Debemos exigir que cada una de estas bases sea cerrada y evacuada, desde la más antigua e infame de todas, aquí en Guantánamo, hasta las más nuevas, en Kabul, Bishkek y Bagdad. Lo mismo para las bases británicas, francesas, rusas y otras. ¿Qué justificación tiene estos tumores innumerables en el flanco de la soberanía nacional, si no es simplemente la *raison d'être* del imperio y sus aliados?

Las bases militares norteamericanas constituyen la infraestructura estratégica fundamental de la potencia hegemónica y las Naciones Unidas proveen una superestructura imprescindible de sus nuevas formas de dominación. Desde la primera guerra del Golfo en adelante, la ONU ha funcionado como un instrumento dócil de sus sucesivas agresiones, manteniendo durante una década el bloqueo criminal de Irak, que ha causado entre 300 y 500 mil muertos, la mayoría niños, consagrando el ataque de la OTAN contra Yugoslavia, donde propició y sigue propiciando servicios pos-venta a los agresores en Kosovo. Ahora colabora con los ocupantes de Irak para edificar un gobierno de marionetas norteamericanas en Bagdad, y utiliza fondos de otros países para financiar los costos de la conquista del país. Desde la desaparición de la Unión Soviética, el mando de Washington sobre la ONU se volvió casi ilimitado. La Casa Blanca escogió directamente, sin ningún pudor, al actual secretario general como su mayordomo administrativo en Manhattan, descartando a su predecesor como insuficientemente servil a EEUU. El FBI abiertamente escucha a todas las delegaciones extranjeras en la Asamblea General. La CIA penetró de pie a cabeza, sin siquiera desmentir sus actividades, el cuerpo de los llamados inspectores, en Irak. No hay medida de soborno o chantaje que no utilice diariamente el Departamento de Estado para doblegar a los representantes de las naciones a su voluntad. Cuando la ONU no aprueba explícitamente los proyectos y decisiones de EEUU en los que Washington toma la iniciativa unilateralmente, los autoriza post-facto, como un hecho consumado. Estas situaciones son cada vez más raras. Lo que jamás acontece ahora es que la ONU rechace o condene una acción estadounidense.

La raíz de esta situación es muy simple. La ONU fue construida en los tiempos de Roosevelt y Truman como una máquina de dominación de las grandes potencias sobre los demás países del mundo, con una fachada de igualdad y democracia en la Asamblea General, y una concentración férrea del poder en manos de los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad, arbitrariamente escogido entre los vítores de una guerra que no tiene ninguna relevancia hoy. Esta estructura profundamente oligárquica se presta a cualquier tipo de mando y manipulación diplomáticos. Es esto lo que ha conducido a la organización -que en principio debería ser un baluarte de la soberanía nacional de los países pobres del mundo- a su prostitución actual, convertida en una mera máscara para la demolición de esta soberanía en nombre de los derechos humanos, transformados a su vez -naturalmente- en el derecho de la potencia hegemónica de bloquear, bombardear, invadir y ocupar países menores, según le venga en gana.

¿Qué remedio es concebible para esta situación? Todos los proyectos de reforma del Consejo de Seguridad se han hundido a partir del rechazo de los monopolistas del veto a renunciar a sus privilegios, que ellos tienen además el poder de proteger. Todos los reclamos de la Asamblea General para una democratización de la organización han sido y serán, en vano. La única solución plausible a este *impasse* parecería ser el retiro de la organización de uno o varios países grandes del Tercer Mundo, que podrían deslegitimarla hasta que el Consejo de Seguridad sea forzado a aceptar su ampliación y una redistribución de poderes reales dentro de la Asamblea General. De la misma manera, además, la única esperanza de desarme nuclear serio es el retiro de uno o varios países del Tercer Mundo del infame Tratado de No-Proliferación Nuclear - que debiera ser

llamado el tratado para la preservación del oligopolio nuclear– para forzar a los verdaderos detectores arrogantes de los armamentos de destrucción masiva a renunciar a sus privilegios. Samir Amin ha hablado de la necesidad de restaurar cualquier resistencia seria a la nueva hegemonía mundial. Estoy de acuerdo. Añadiré que los principios de tal igualdad tienen que ser no solamente económicos y sociales dentro las naciones, sino también políticos y militares entre las naciones.

Estamos lejos de esto hoy. Tan lejos como puede verse en la última resolución del Consejo de Seguridad, votada en este mismo mes de octubre. En ésta, el órgano supremo de las Naciones Unidas ha solemnemente dado su bienvenida al consejo títere de las fuerzas de ocupación de Irak designándolo como la encarnación de la soberanía iraquí, condenando los actos de resistencia a la ocupación, llamando a todos los países a ayudar en la reconstrucción de Irak bajo los designios de esas mismas fuerzas títeres, y nombrado a EEUU como el mandatario reconocido de una fuerza multinacional de ocupación del país. Esta resolución, que no es otra cosa que el acto de bendición de la ONU a la conquista de Irak, fue aprobada unánimemente. La firmaron: Francia, Rusia, China, Alemania, España, Bulgaria, México, Chile, Guinea, Camerún, Angola, Siria, Paquistán, Reino Unido y EEUU. La Francia supuestamente gaullista, la China supuestamente popular, Alemania y Chile supuestamente socialdemócratas, Siria supuestamente baasista, Angola rescatada una vez por Cuba de su propia invasión, para no hablar de los demás clientes más familiares de EEUU –todos cómplices de la recolonización de Irak. Esta es la nueva hegemonía mundial. Combatámosla.

\* Ponencia presentada en la III Conferencia Científica del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) La Habana, 30 de octubre de 2003. Tomada de *La Jiribilla* yN°129.

\*\* Profesor de sociología de la Universidad de California en Los Angeles (UCLA) y director de *New Left Review* (Londres).

# **PODER, “CONTRA-PODER” Y “ANTIPODER”\***

## **Notas sobre un extravío teórico político en el pensamiento crítico contemporáneo**

**Atilio A. Borón\*\***

Uno de los rasgos más categóricos de la victoria ideológica del neoliberalismo ha sido su capacidad para influenciar decisivamente la agenda teórica y práctica de las fuerzas sociales, las organizaciones de masas y los intelectuales opuestos a su hegemonía. Si bien este atributo parecería haber comenzado ahora a recorrer el camino de su declinación, reflejando de este modo la creciente intensidad de las resistencias que a lo largo y a lo ancho del planeta se erigen en contra a su predominio, las secuelas de su triunfo en la batalla de las ideas están llamadas a sentirse todavía por bastante tiempo. Es bien sabido que no existe una relación lineal, mucho menos mecánica, entre el mundo de las ideas y los demás aspectos que constituyen la realidad histórico-social de una época. Esto explica, por ejemplo, que las concepciones medievales sobre la unidad del “organismo social” – justificatorias del carácter cerrado del estamentalismo feudal y de la primacía del papado sobre los poderes temporales sobrevivieran por siglos al advenimiento de la sociedad burguesa y a una de sus instituciones básicas, el contrato. No debiera sorprendernos, por lo tanto, si teorizaciones surgidas durante el apogeo del neoliberalismo y coincidentes con el mayor reflujó histórico experimentado por los ideales socialistas y comunistas desde la Revolución francesa hasta hoy perduren tal vez por décadas, aún cuando las condiciones que les dieron origen hayan desaparecido por completo.

Un ejemplo de esa pertinaz colonización ideológica lo ofrece en la actualidad la obra de algunos de los más conocidos intelectuales críticos de la izquierda. Si se examina con detenimiento el pensamiento de autores tales como Michael Hardt y Antonio Negri o la más reciente contribución de John Holloway, puede comprobarse sin mayor esfuerzo cuán vigorosa ha sido la penetración de la agenda, las premisas y los argumentos del neoliberalismo aún en los discursos de sofisticados intelectuales seriamente comprometidos con una crítica radical a la mundialización neoliberal. Porque ninguno de los tres autores arriba mencionados “se ha pasado de bando”, peregrinando a las filas de la burguesía y el imperialismo en busca de reconocimiento u otro tipo de recompensas. Ninguno de los tres abjuró de la necesidad de avanzar hacia la construcción de una sociedad comunista, o por lo menos decididamente “post-capitalista.” Todo lo contrario: el sentido de su obra es justamente el de fundamentar, en las nuevas condiciones del capitalismo de inicios del siglo veintiuno, las formas de lucha y las estrategias que podrían ser más conducentes al logro de tales fines. En ese sentido es preciso establecer, antes de plantear nuestra divergencia con sus teorizaciones, una clara línea de demarcación entre Hardt, Negri y Holloway y autores tales como Manuel Castells, Régis Debray, Ernesto Laclau, María Antonietta Macchiochi, Chantal Mouffe, Ludolfo Paramio y toda una pléyade de ex-marxistas europeos y latinoamericanos que, al iniciar una necesaria renovación teórica del marxismo para rescatarlo de la ciénaga del estalinismo, culminaron su arrepentimiento con una capitulación teórica tan grosera como imperdonable. En este descenso, y so pretexto de la supuesta superioridad civilizacional del capitalismo, muchos abandonaron el marxismo dogmático que habían cultivado con especial celo durante largo tiempo para convertirse en furiosos profetas que ahora pretenden persuadirnos de la imposible superioridad ética de un modo de producción basado en la explotación del hombre por el hombre y la destrucción de la naturaleza. Pocos casos, no obstante, igualan la denigrante trayectoria de María Antonietta Macchiochi, quien transitó desde el más irresponsable ultraizquierdismo hasta el neofascismo, culminando con ignominia su trayectoria política e intelectual en el Parlamento italiano representando nada menos que a Forza Italia y su capo, Silvio Berlusconi.

Queremos dejar claramente sentado que Hardt, Negri y Holloway de ninguna manera entran en esta lamentable categoría de los que bajaron los brazos, se resignaron y se pasaron a las filas del enemigo de clase. Son, en buenas cuentas, camaradas que proponen un análisis equivocado de la situación actual. Su integridad moral, totalmente fuera de cuestión, no les ahorra sin embargo caer en la trampa ideológica de la burguesía al hacer suyas, de manera inconsciente, algunas tesis consistentes con su hegemonía y con sus prácticas cotidianas de dominio y que de ninguna manera pueden ser aceptadas desde posiciones de izquierda. Expliquémonos. Para la burguesía y sus aliados, para el imperialismo en su conjunto, es imprescindible potenciar el carácter fetichista de la sociedad capitalista y ocultar lo más que se pueda su naturaleza explotadora, injusta e inhumana. Parafraseando a Bertolt Brecht, podemos decir que el capitalismo es un caballero que no desea se lo llame por su nombre. La mistificación que produce una sociedad productora de mercancías y que todo lo mercantiliza requiere, de todos modos, un reforzamiento generado desde el ámbito de aquello que Gramsci denominara “las superestructuras complejas” del capitalismo, y fundamentalmente de la esfera ideológica.

Así, no basta con que la sociedad capitalista sea “opaca” y la esclavitud del trabajo asalariado aparezca en realidad como un universo de trabajadores “libres” que concurren a vender su fuerza de trabajo en el mercado. Es preciso además silenciar el tratamiento de ciertos temas, deformar la visión de otros, impedir que se visualicen unos terceros y que alguno de ellos se instale en la agenda del debate público. De ahí la importancia que asume para la derecha cualquier teorización (sobre todo si es producida por críticos del sistema) que empañe la visión sobre el imperialismo, el poder y el Estado, o que desaliente o impida una discusión realista sobre estos temas. Esa es, precisamente, la misión ideológica del saber económico convencional, donde la politicidad y eticidad de toda la vida económica se diluyen en los meandros del formalismo, la modelística y la pseudo-rigurosidad de la matematización.

Si lo anterior no fuera posible, la “segunda mejor” alternativa es hacer que las teorizaciones predominantes sobre estos asuntos sean lo más inocuas posibles. La extraordinaria acogida que tuvo la obra de Hardt y Negri en la prensa capitalista y la “opinión seria” de los países desarrollados es de una contundencia aleccionadora al respecto.<sup>1</sup> Por su parte, el libro de Manuel Castells, *La edad de la información*, que produce una visión conformista y complaciente del “capitalismo informacional”, cosechó extraordinarios elogios en esos mismos ambientes, sobresaliendo en dicha empresa Anthony Giddens, el principal teórico de la malograda “tercera vía,” y el ex-presidente del Brasil, Fernando H. Cardoso, cuya gestión en el área económica se caracterizó por su estricta adhesión a las políticas neoliberales. (Castells, 1996; 1997; 1998)<sup>2</sup>

En síntesis: la tesis fundamental que quisiéramos probar en las páginas que siguen sostiene que la concepción general y las orientaciones heurísticas que se desprenden de los planteamientos que encontramos en la obra de Hardt y Negri y Holloway lejos de instalarse en el terreno político del pensamiento contestatario son plenamente compatibles con el discurso neoliberal dominante. Reflejan la derrota ideológica sufrida por aquél, y la lamentable vigencia del diagnóstico al que arribara, a finales del siglo diecinueve, José Martí cuando decía que “de pensamiento es la guerra mayor que se nos hace” y convocara a los patriotas latinoamericanos a ganar la batalla de las ideas. Tarea que, por cierto, constituye una de las más importantes asignaturas pendientes de la izquierda.

### **Hardt y Negri**

En un libro publicado poco después de la aparición en lengua española de *Imperio*, la aclamada obra de Michael Hardt y Antonio Negri, sometimos a crítica las tesis centrales de dichos autores, razón por la cual no reiteraremos, siquiera mínimamente, lo dicho en esa oportunidad.<sup>3</sup> En este trabajo nos limitaremos en cambio a exponer, sucintamente, nuestra disidencia en relación con la noción de “contra-poder” que proponen esos autores.

El concepto de “contra-poder” surge como consecuencia de la crisis terminal que enfrenta, según Hardt y Negri, el Estado nación y, a raíz de esto, las clásicas instituciones de la democracia representativa que le acompañaron desde el advenimiento de la Revolución francesa. El “contra-poder” alude así a tres componentes específicos: resistencia, insurrección y poder constituyente. Hardt y Negri analizan en su obra sus cambios experimentados a consecuencia del tránsito desde la modernidad a la posmodernidad, y concluyen que en las más variadas experiencias insurgentes habidas en la época moderna –ese vasto e indefinido arco histórico que comienza con el amanecer

del capitalismo y culmina con el advenimiento de la sociedad “posmoderna”- la noción de “contrapoder” se reducía a uno solo de sus componentes: la insurrección. Pero, afirman nuestros autores, la “insurrección nacional era en realidad ilusoria” habida cuenta de la presencia de un denso sistema internacional de Estados nacionales que hacía que, en esa época histórica, toda insurrección, incluyendo la comunista, estuviese condenada a desembocar en una guerra internacional crónica, la que acabaría por tender “una trampa a la insurrección victoriosa y la transforma en régimen militar permanente”.

Pero si el papel sumamente relevante del sistema internacional es indiscutible –como lo atestigua la obsesiva preocupación que manifestaran por este asunto los grandes revolucionarios del siglo XX– no es menos cierto que, tal como ocurre reiteradamente en *Imperio*, H&N incurren en graves errores de apreciación histórica cuando hablan del carácter “ilusorio” de las tentativas revolucionarias que jalonaron el siglo XX. En efecto: ¿qué significa exactamente la palabra “ilusorio”? El hecho de que una insurrección popular precipite una impresionante contraofensiva internacional llamada a asegurar el sometimiento y control de los rebeldes, con un abanico de políticas que van desde el aislamiento diplomático hasta el genocidio de los insurrectos, demuestra precisamente que en tal situación no hay nada de “ilusorio” y sí mucho de real, y que las fuerzas imperialistas reaccionan con su reconocida ferocidad ante lo que consideran como una inadmisibles amenaza a sus intereses. Si atendemos a las enseñanzas de la historia latinoamericana, por ejemplo, comprobaríamos que ni siquiera hizo falta una insurrección popular para que la parafernalia represiva del imperialismo se pusiera en juego. Recordemos lo acontecido con João Goulart en Brasil en 1962, Juan Bosch en República Dominicana en 1965, Salvador Allende y la Unidad Popular en Chile a comienzos de la década de 1970, para no citar sino los casos más conocidos, que demuestran como un simple resultado electoral que proyecte al gobierno nacional a un partido o coalición progresista es suficiente para que comience un juego de presiones desestabilizadoras tendientes a corregir los “errores” del electorado.

Algo semejante ya está ocurriendo en Brasil con el nuevo gobierno del Partido de los Trabajadores (PT). En todo caso, cualquiera sea la experiencia insurreccional que se analice a lo largo de los siglos XIX y XX, resulta evidente que la guerra internacional es mucho menos atribuible a la intransigencia o al apetito expansionista de los revolucionarios que a la furia represora que desata la insubordinación de las masas y sus anhelos emancipatorios.

Por otra parte, afirmar como hacen nuestros autores que las revoluciones triunfantes asediadas por los ejércitos y las instituciones imperialistas (entre las que sobresalen el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, la Organización Mundial del Comercio y otras afines) y que deben enfrentarse para sobrevivir a un repertorio de agresiones de todo tipo -que incluye sabotajes, atentados, bloqueos comerciales, boicots, guerras “de baja intensidad”, invasiones militares, bombardeos “humanitarios”, genocidios, etc., se convierten en “regímenes militares permanentes” implica un monumental error de interpretación del significado histórico de dichas experiencias. Equívoco que, dicho sea al pasar, es típico de la ciencia política norteamericana que procede de igual manera cuando, por ejemplo, coloca en una misma categoría –los famosos “sistemas de partido único”– a regímenes políticos tan diversos como la Italia de Mussolini, la Alemania nazi, la Rusia de Stalin y la China de Mao. Nuestros autores subestiman los factores históricos que a lo largo del último siglo obligaron a las jóvenes revoluciones a armarse hasta los dientes para defenderse de las brutales agresiones del imperialismo, a años luz de las sutilezas del imperio imaginado por H&N, esa misteriosa red sin centro ni periferia, adentro ni afuera, y que supuestamente nadie controla para su beneficio. Si la revolución cubana sobrevive en estos días de un supuesto “imperio sin imperialismo”, ello se explica tanto por la inmensa legitimidad popular del gobierno revolucionario como por la probada eficacia de sus fuerzas armadas, que después de Playa Girón disuadieron a Washington de intentar nuevamente una aventura militar en la isla.

Por otra parte, la interpretación de H&N revela asimismo el grave yerro en que incurren a la hora de caracterizar a las emergentes formaciones estatales de las revoluciones. Una cosa es lamentarse por la degeneración burocrática de la revolución rusa y otra bien distinta afirmar que lo que allí se constituyó fue un “régimen militar”. El hecho de que Cuba haya tenido que invertir cuantiosos recursos, materiales y humanos, para defenderse de la agresión imperialista no la convierte en un “régimen militar”. Sólo una visión de una imperdonable ingenuidad e irreparablemente insensible ante el significado histórico de los procesos sociales y políticos puede caracterizar de ese modo a las formaciones sociales resultantes de las grandes revoluciones del siglo veinte. Por último, y haciéndonos cargo de todas sus limitaciones y deformaciones, ¿puede

efectivamente decirse que las revoluciones en Rusia, China, Vietnam y Cuba fueron apenas una ilusión?

Una cosa es la crítica a los errores de esos procesos y otra bien distinta decir que se trató de meros espejismos o de torpes ilusiones. ¿Habrá sido un simulacro baudrillardiano la paliza sufrida por el colonialismo francés en Dien Bien Phu? Y la bochornosa derrota de EEUU a manos del Vietcong, ¿habrá sido tan sólo una visión alucinada de sesentistas trasnochados, o se produjo de verdad? Esa huída desesperada desde los techos de la embajada norteamericana en Saigón, donde espías, agentes secretos, asesores militares y torturadores policiales destacados en Vietnam del Sur se mataban entre sí para subir al último helicóptero que los conduciría sin escalas del infierno vietnamita al “*American dream*”, ¿habrá sido verdadera o fue una mera ilusión? Los cuarenta y tres años de hostigamiento norteamericano a Cuba, ¿son producto del fastidio que provoca en Washington el carácter ilusorio de la revolución cubana? Y, para acercarnos a nuestra realidad actual: el abierto involucramiento del gobierno norteamericano –con la ayuda de su correveidile español, José M. Aznar– en el frustrado golpe de Estado de Venezuela, en abril de 2002, ¿habrá sido propiciado por el carácter ilusorio de las políticas del presidente Hugo Chávez?

Curiosamente, nuestros autores nos advierten que se trata de preguntas que, en realidad, ya son anacrónicas porque según ellos en la posmodernidad las condiciones que tornaban posible la insurrección moderna, con todo su ilusionismo, han desaparecido, “de tal forma que inclusive hasta parece imposible pensar en términos de insurrección” (H&N, 2002: 164). Afortunadamente, los insurrectos que pusieron fin a la tiranía de Suharto en Indonesia en 1999 no tuvieron ocasión de leer los borradores de *Imperio* porque de lo contrario seguramente habrían desistido de su empeño. Los argentinos que ganando las calles a fines del 2001 pusieron punto final a un gobierno reaccionario e incapaz tampoco parecerían haber tomado nota de las elucubraciones de Hardt y Negri, y lo mismo parece haber ocurrido hace unas pocas semanas con los trabajadores bolivianos que pusieron en jaque al gobierno de Sánchez de Lozada. Pero el pesimismo que se desprende de esta afirmación se atenúa ante la constatación del crepúsculo de la soberanía nacional y la laxitud del imperio en su fantasmagórica fase actual, todo lo cual alteró las condiciones que sometían la insurrección a las restricciones impuestas por las guerras nacionales e internacionales.

Posterguemos por un momento la crítica a este segundo supuesto, el que anuncia la “emancipación” de los procesos insurreccionales de las guerras nacionales e internacionales, y veamos lo que significa la insurrección en el capitalismo posmoderno. Si en la sociedad moderna aquella era “una guerra de los dominados contra los dominadores”, en la supuesta posmodernidad la sociedad “tiende a ser la sociedad global ilimitada, la sociedad imperial como totalidad,” en donde explotadores y explotados se desvanecen en la nebulosa de una sociedad sin estructuras, asimetrías y exclusiones. (H&N, 2002: 165) Bajo estos supuestos, falsos en la medida en que llevan hasta el límite ciertas tendencias reales pero parciales de la globalización (como por ejemplo, el debilitamiento aunque no la desaparición de los espacios “nacionales”), H&N concluyen, sin ninguna clase de apoyatura empírica o argumentativa, que la resistencia, la insurrección y el poder constituyente se funden ahora en la noción de “contra-poder” que, presumiblemente, sería la prefiguración y el núcleo de una formación social alternativa. Todo esto es sumamente discutible a la luz de la experiencia histórica concreta, pero aún así el argumento es comprensible. Forzando un poco el mismo podría llegar a decirse que no es novedoso ni tan distinto, en su abstracción conceptual, al que desarrollaran los bolcheviques en el período comprendido entre abril y octubre de 1917. La resistencia y la insurrección, dos de los tres elementos claves de nuestros autores, se expresaban en el famoso apotegma leninista referido a la situación que se producía cuando “los de abajo” no aceptaban seguir viviendo como antes y “los de arriba” no podían hacerlo tal como acostumbraban; o en los análisis de Gramsci sobre la crisis orgánica y la situación revolucionaria. El tercer elemento, el poder constituyente, estaba formado por los soviets y los consejos, en la visión de Lenin y Gramsci.

Pero si existiría la posibilidad de retraducir, insistimos, en el plano de la conceptualización más abstracta, los tres componentes del “contra-poder” al lenguaje de la tradición revolucionaria comunista, no ocurre lo mismo cuando llega la hora de identificar los agentes sociales concretos llamados a encarnar el proyecto emancipador y las formas políticas específicas mediante las cuales éste será llevado a cabo. Si en la tradición de comienzos del siglo veinte el proletariado en conjunto con las clases aliadas (campesinos, pequeña burguesía, intelectuales radicalizados, etc.) era el soporte estructural del proceso revolucionario y los soviets y los consejos, más que el

partido, el vehículo de su jornada emancipadora, el “contra-poder” de H&N no reposa en ningún sujeto, en ninguna nueva construcción social o política o en ningún otro producto de la acción colectiva de las masas sino en la carne, “la sustancia viva común en la cual coinciden lo corporal y lo espiritual” (H&N, 2002: 165). Es esta sustancia vital la que constituye, en una argumentación de tono inocultablemente metafísico, el fundamento último del “contra-poder”, su materia prima.

Según esta interpretación, los tres elementos que constituyen el “contra-poder” “brotan en forma conjunta de cada singularidad y de cada uno de los movimientos de los cuerpos que componen la multitud.” Se consuma, de este modo, una completa volatilización de los sujetos del cambio, quedando la sociedad reducida a un inconmensurable agregado de cuerpos hipotéticamente unificados en el momento fundante y a la vez disolvente de la multitud. Esta visión reproduce en el plano del intelecto y de modo profundamente distorsionado ciertas transformaciones ocurridas en la anatomía de la sociedad burguesa y, más específicamente, de su estructura de clases: la atomización de los grandes colectivos, la fragmentación de las clases sociales, sobre todo de las clases y capas subalternas, la desintegración y desmembración social producida por el auge del mercado y la mercantilización de la vida social. Pero la lectura que Hardt y Negri hacen de las mismas los arrastra insensiblemente a proponer una visión entre metafísica y poética que poco, muy poco, tiene que ver con la realidad. En sus propias palabras: “Los actos de resistencia, los actos de revuelta colectiva y la invención común de una nueva constitución social y política atraviesan en forma conjunta innumerables microcircuitos políticos. De esta forma, se inscribe en la carne de la multitud un nuevo poder, un “contra-poder”, algo viviente que se levanta contra el Imperio. Es aquí donde nacen los nuevos bárbaros, los monstruos y los gigantes magníficos que emergen sin cesar en los intersticios del poder imperial y contra ese poder” (H&N, 2002: 165).

Es evidente que el planteamiento de nuestros autores adquiere, a estas alturas, un tono inequívocamente vitalista que los aproxima mucho más a los embriagantes vahos metafísicos de Henry Bergson que a las enseñanzas de Spinoza, al paso que los sitúa en un terreno sin retorno en relación con el materialismo histórico. No habría que esforzarse demasiado para descubrir los inquietantes paralelos existentes entre la doctrina del “impetus vital” del filósofo francés y la exaltación de la carne hecha por H&N. En todo caso, y para resumir, digamos que una impostación de esta naturaleza del problema del “contra-poder” disuelve por completo el carácter histórico-estructural de los procesos sociales y políticos en la singularidad de los cuerpos que conforman la multitud. De este modo se arriba a una conclusión desoladoramente conservadora toda vez que, en su vertiginoso ascenso hacia el topos uranos platónico —ese lugar tan excelso donde, según Platón, reposan las ideas en su pureza conceptual— Hardt y Negri desdibujan por completo la especificidad del capitalismo como modo de producción y las relaciones de explotación y de opresión política que le son propias. Desaparecidas las clases sociales —en efecto, ¿quiénes explotan y quiénes son los explotados?— y diluidos también por completo los fundamentos estructurales del conflicto social, lo que nos queda es una rudimentaria poética de la rebelión ante un orden abstractamente injusto que nada tiene que ver con los procesos reales que sacuden al capitalismo contemporáneo. En la formulación de Hardt y Negri el fenómeno del “contra-poder” se diluye por completo en la formalidad de una gramática que, por razones inescrutables, opone la multitud al imperio, sin que se sepa, a ciencia cierta, que es lo uno y que es lo otro y, sobre todo, qué es lo que hay que hacer, y con qué instrumentos, para poner fin a esta situación.

### **Holloway**

La obra de Holloway plantea una tesis que, si bien es afín a la de Hardt y Negri, radicaliza aún más el movimiento auspiciado por éstos.<sup>4</sup> En efecto, si los autores de *Imperio* rehuyen el tratamiento del tema del poder en su especificidad histórica —el poder de la burguesía y sus efectos, en esta fase del capitalismo mundializado— y caen embelesados ante la contemplación del “contra-poder”, en Holloway la huida es mucho más pronunciada. Ya no se trata de postular la existencia de una nebulosa fórmula que, supuestamente, se enfrenta al poder real ejercido por las clases dominantes, sino de abogar a favor de la total erradicación del poder de la faz de la tierra. De lo que se trata, nos dice este autor, es de disolver para siempre las relaciones de poder. Nada se gana con intentar “tomar el poder”, o “conquistar el poder del estado,” porque tal estrategia ha fracasado rotundamente.<sup>5</sup> Lo que se requiere es, entonces, la construcción de un “anti-poder”, es

decir, de un nuevo entramado social en donde las relaciones de poder sean un doloroso recuerdo del pasado.

El poder es así satanizado en la obra de Holloway, convertido en un fetiche horrendo que contamina a todo aquél que osa tomarlo en sus manos. Los movimientos y los agentes sociales que en el pasado intentaron transformar a la sociedad a partir de la toma del poder y la utilización de los recursos que éste brindaba para dar a luz una nueva sociedad fracasaron completamente.<sup>6</sup> Pero, en lugar de examinar desde la perspectiva del materialismo histórico las circunstancias bajo las cuales se ensayaron estos proyectos lo que hallamos en Holloway es una exhortación a alejarnos de algo considerado como pecaminoso y hasta mortífero. El “anti-poder” sería, en esta conceptualización, la manifestación del triunfo de la sociedad civil sobre el Estado; la liberación del género humano de toda forma de opresión, concentrada y sublimada en la visión de este teórico en la figura omnipotente y terrible de lo que Octavio Paz llamara “el ogro filantrópico” y que no es otra cosa que el Estado.

La génesis de esta crítica absoluta al Estado y a la “ilusión estatal”, y de esta intransigente –e injusta, por sesgada y parcial– condena a las revoluciones del siglo veinte, se encuentra en las enseñanzas que para la estrategia revolucionaria de las masas se desprenden de la experiencia zapatista. Ya no se trataría de conquistar el mundo sino, en un proceso asombrosamente más simple, de “hacerlo de nuevo”, dejando de lado la rémora doctrinaria de carácter estadocéntrica en la cual la revolución era asimilada “a la conquista del poder estatal y la transformación de la sociedad a través del Estado” (Holloway, 2001a, p. 174). En opinión de Holloway, el debate que conmovió a las filas de la Segunda Internacional a comienzos del siglo veinte y que contraponía reforma y revolución –a Bernstein versus Lenin, Trotsky y Rosa Luxemburgo– ocultaba, pese a las aparentes diferencias, un acuerdo fundamental: la construcción de la nueva sociedad pasaba por la conquista del poder del estado. De ahí el carácter estadocéntrico del proceso revolucionario. Precisamente por eso, para Holloway “(l)a gran aportación de los zapatistas (ha) sido romper el vínculo entre revolución y control del Estado” (ibid., p. 174).

Sin decirlo, el programa que nos propone Holloway es, nada menos, que la serena e indolora instauración de la sociedad comunista. No otra cosa significaría poner fin a la separación entre Estado y sociedad, instituir el autogobierno de los productores y, de ese modo, lograr la tan anhelada extinción del estado. (Holloway, 1997: p. 24) Hasta aquí la propuesta no es para nada novedosa para la tradición comunista, salvo que, en el caso de este autor, todo este programa debería realizarse absteniéndose las fuerzas populares de tomar el poder del estado. Haciéndose eco del discurso zapatista, Holloway asegura que no se trata de “un proyecto de hacernos poderosos sino de disolver las relaciones de poder.” (Holloway, 2001a: p. 174). El tema de la disolución de las relaciones de poder merece múltiples consideraciones. En primer lugar, es algo que no se puede discutir en abstracto porque pierde todo significado. ¿Quién podría estar en contra de una propuesta de ese tipo, que evoca visiones de una comunidad en la cual se han suprimido definitivamente y en todos sus órdenes las relaciones de dominación? Es como proponer la erradicación del dolor y la enfermedad, la miseria y el sufrimiento: nadie podría disentir de tan nobles propuestas. Pero por más que nos disgusten, la realidad es que las relaciones de poder aparecieron sobre la faz de la tierra junto con las formas más primitivas de la vida animal, como lo ha comprobado hasta el cansancio la sociobiología, y no parece que vayan a desaparecer a fuerza de lamentos y plegarias. Si las jerarquías y las dominaciones, con todas sus secuelas degradantes y opresivas, acompañaron a la especie humana desde los albores de su existencia nada autoriza a pensar que la disolución de las relaciones de poder pueda plantearse, programáticamente, como un objetivo inmediato de una fuerza revolucionaria, especialmente si ésta renuncia a la conquista del poder político.

Quisiéramos que no se nos malinterpretara en este punto. No estamos diciendo que el objetivo de disolver todas las relaciones de poder deba ser descartado. Al fin y al cabo ese es el programa de máxima del proyecto comunista. Lo que estamos afirmando, en cambio, es que la formulación de esta propuesta en el pensamiento de Holloway tiene un cariz indudablemente quimérico o quijotesco, algo radicalmente distinto a lo utópico. Decimos quimérico porque se plantea un objetivo grandioso sin reparar en sus necesarias mediaciones históricas y en el hecho de que antes de lograrlo es imprescindible pasar por el purgatorio de un largo, complejo y turbulento proceso de transición, en el cual las fuerzas del viejo orden librarán una batalla desesperada, y apelando a todos los medios disponibles, violentos y “pacíficos” por igual, para impedir la realización de la

utopía. Y aquí cabe recordar lo que Marx y Engels dijieran en el *Manifiesto comunista* y en tantos otros pasajes de su obra: que el problema con el comunismo utópico no radicaba en los bellos mundos imaginados por sus pensadores sino en el hecho de que aquéllos no brotaban de un análisis científico de las contradicciones de la sociedad capitalista, ni de la identificación de los actores concretos que habrían de asumir la tarea de construirlos, así como tampoco planteaban el itinerario histórico que sería preciso recorrer antes de llegar a destino. La propuesta de disolver todas las relaciones de poder formulada por Holloway conserva todo el encanto de las bellas iluminaciones del comunismo utópico, pero también adolece de sus insalvables limitaciones.

Un segundo campo de problemas tiene que ver con la operatividad de una tal propuesta -el cómo de la disolución del poder- y los resultados prácticos que podrían desprenderse de la aceptación de ese programa por parte de las fuerzas sociales insurgentes. Porque abogar por la disolución del poder puede ser muy romántico y conmovedor, pero condena a los agentes sociales y, en especial a las clases y capas subordinadas, a una empresa inexorablemente destinada al fracaso, al menos mientras subsista la sociedad capitalista. Y como ésta no va a pasar a la historia como producto de los ruegos e invocaciones a nobilísimos ideales comunitarios sino como resultado de encarnizadas luchas sociales, y en las cuales la cuestión del poder asume una centralidad excluyente en el tránsito de la vieja a la nueva forma social, la asunción de una propuesta insanablemente equivocada cómo ésta no hace sino servir de prólogo a una nueva y más duradera derrota del campo popular. En realidad, y esta es la tercera consideración que quisiéramos hacer en torno a este tema, el abandono del proyecto de conquistar el poder refleja no sólo una capitulación política ante la burguesía sino también los errores de una concepción teórica que no alcanza a comprender lo que significa el fenómeno del poder social. Holloway es tributario de una concepción metafísica del poder que, curiosamente, tiene más de un punto de contacto con las visiones características de la derecha. En efecto, si para ésta el poder es equivalente al gobierno y, por lo tanto, a una herramienta de dirección y control social, para la izquierda posmoderna el poder aparece también como un instrumento, sólo que inútil, improductivo y patológico, que destruye la fibra misma de la vida social y que contamina insanablemente la integridad de un proyecto de transformación socialista de la sociedad. Más allá de sus diferencias, ambas versiones adhieren, en el fondo, a una concepción teleológica e instrumentalista del poder: éste es concebido como un punto de llegada, un objeto que hay que alcanzar y, a la vez, un seguro instrumento de gestión de lo social. Lo que el pragmatismo de la derecha defiende a ultranza es objeto de crítica radical por parte de Holloway, pero en ambos casos estamos en presencia de un equívoco porque el poder no es una cosa, o un instrumento que puede empuñarse con la mano derecha o con la izquierda, sino una construcción social que, en ciertas ocasiones, se cristaliza en lo que Gramsci llamaba “las superestructuras complejas” de la sociedad capitalista. Una de tales cristalizaciones institucionales es el estado y su gobierno, pero la cristalización remite, como la punta de un iceberg, a una construcción subyacente que la sostiene y le otorga un sentido. Es ésta quien, en una coyuntura determinada, establece una nueva correlación de fuerzas que luego se expresa en el plano del estado. Sin ese sustento social profundo, invisible a veces pero siempre imprescindible, el control de las “alturas del estado” que pueda tener una fuerza revolucionaria o reformista se desvanece como la neblina ante la salida del sol.

En este sentido convendría recordar que Lenin, que fue un gran teórico y a la vez un gran práctico de la revolución y de la cuestión del poder, subrayó la importancia de distinguir entre (a) la “toma del poder”, que era un acto eminentemente político por el cual las clases explotadas se apoderaban del estado y se convertían en nueva clase dominante y, (b) la concreción de la revolución, concebida como una empresa fundamentalmente civilizatoria, en donde la nueva correlación de fuerzas favorable a los agentes sociales de la nueva sociedad era ratificada por el control que ellos ejercían sobre el estado, el entramado institucional y el orden legal. Por eso, al comparar las perspectivas de la revolución en Oriente y Occidente decía, en un pasaje luminoso de su obra, que “la revolución socialista en los países avanzados no puede comenzar tan fácilmente como en Rusia, país de Nicolás y Rasputín... En un país de esta naturaleza, comenzar la revolución era tan fácil como levantar una pluma”. Y continuaba afirmando que es “evidente que en Europa es inconmensurablemente más difícil comenzar la revolución, mientras que en Rusia es inconmensurablemente más fácil comenzarla, pero será más difícil continuarla” (Lenin, 1918: pp. 609-614). Fue precisamente a partir de estas lecciones que brindaba la historia comparativa de las luchas obreras y socialistas en los albores del siglo XX que Lenin insistió en la necesidad de

distinguir entre los “comienzos de la revolución” y el desarrollo del proceso revolucionario. Si en el primer caso la conquista del poder político y la conversión del proletariado en una clase dominante era condición indispensable –más no suficiente– para el lanzamiento del proceso revolucionario, su efectivo avance exigía una serie de políticas e iniciativas que trascendían largamente lo primero y que hundían sus raíces en el suelo de la sociedad.

Antonio Gramsci, por su parte, dejó un legado de significativas aportaciones para el estudio del poder. En múltiples escritos argumentó persuasivamente que la creación de un nuevo bloque histórico que desplazara a la burguesía del poder suponía una doble capacidad de las fuerzas contra-hegemónicas: éstas debían ser dirigentes y dominantes a la vez. Es más, en realidad las fuerzas insurgentes debían primero ser dirigentes, es decir, ser capaces de ejercer una “dirección intelectual y moral” sobre grandes sectores de la sociedad –esto es, establecer su hegemonía– antes de que pudieran plantearse con alguna posibilidad de éxito la conquista del poder político y la instauración de su dominio. Pero dirección intelectual y moral, y dominación política eran dos caras inseparables de una misma y única moneda revolucionaria. En el análisis de Holloway, el poder aparece como una cuestión que se refiere exclusivamente al dominio político, desoyendo la necesidad de concebirlo antes que nada como una cuestión que se arraiga en el suelo de la sociedad civil y que desde allí se proyecta sobre el plano de las superestructuras políticas.

No se construye un mundo nuevo, como quiere el zapatismo, si no se modifican radicalmente las correlaciones de fuerzas y se derrota a poderosísimos enemigos.

Contrariamente a lo que proponen Hardt, Negri, Holloway –¡que en esto coinciden con Castells!– el poder social, en tren de imaginar metáforas, se asemeja mucho más a una tela de araña que a una red amorfa y difusa, carente de un foco central y el estado es precisamente ese foco, el lugar donde se condensan las correlaciones de fuerzas y desde el cual, por ejemplo, los vencedores pueden transformar sus intereses en leyes y construir un marco normativo e institucional que garantice la estabilidad y eventual irreversibilidad de sus conquistas. No se trata, por cierto, del único lugar desde el cual se ejerce el poder social, pero es sin duda alguna, el espacio privilegiado de su ejercicio en una sociedad de clases. De ahí que un “triumfo” político o ideológico en el plano de la sociedad civil sea importantísimo, pero el mismo carece de efectos imperativos: ¿o alguien duda de la arrasadora victoria que los zapatistas cosecharon con la Marcha de la Dignidad? Sin embargo, poco después el Congreso mexicano produciría una vergonzosa legislación que retrotrajo la crisis chiapaneca a sus peores momentos, con total prescindencia del “clima de opinión” prevaeciente en la sociedad civil. Conclusión: por más que algunos teóricos hablen de la “desestatización” o el “descentramiento” del estado éste seguirá siendo por bastante tiempo un componente fundamental de cualquier sociedad de clases. Y más nos vale contar con diagnósticos precisos acerca de su estructura y funcionamiento, y con estrategias adecuadas para enfrentarlo porque la realidad del poder no se disuelve en el aire diáfano de la mañana gracias a una apasionada invocación a las bondades del “anti-poder” o del “contra-poder.”

Una última consideración. Holloway guarda silencio en relación a varios temas cruciales de su propuesta de cambiar el mundo. Es más, el último capítulo del libro en el cual, supuestamente, fundamenta teórica e históricamente su argumento, termina con un decepcionante “no sabemos como se cambia el mundo sin tomar el poder.” (p. 308) Es decir, luego de unas trescientas páginas de elaboración la respuesta que se prometía desde el mismo título del libro cae en el más profundo vacío. Podríamos decir, a favor de Holloway, que Marx y Engels tampoco sabían cómo sería la dictadura del proletariado, y que fue la experiencia histórica concreta de la Comuna de París la que les permitió “descubrir” en la práctica emancipatoria del proletariado parisino los contornos de la nueva forma política. Pero, hasta ese momento, por lo menos existían de parte de los padres fundadores del materialismo histórico una serie de elementos teóricos que permitían prefigurar, aunque sea en sus trazos más gruesos, la fisonomía del nuevo poder político basado en la clase obrera. En el caso de Holloway, esos elementos están ausentes, y ni siquiera se plantean algunas preguntas cruciales que, a los efectos de iluminar su propio argumento, deberían haber sido puestas sobre la mesa. Por ejemplo, ¿cómo se construyen esas “formas alternativas” de organización social y “el “anti-poder anti-estatal” del que tanto nos habla? ¿Cómo hacer para obligar a los despóticos detentadores del poder burgués para que, de ahora en más, “manden obedeciendo”? ¿Se resuelven estos candentes problemas prácticos apelando a la nobleza de las metas propuestas? ¿No son esas “formas alternativas” de organización social, de poder y de Estado sino otros nombres para referirse a una revolución social en ciernes, que destruye el orden capitalista e instaura otro nuevo? ¿No son éstos los problemas con que se han topado todas las

experiencias revolucionarias desde la Comuna de París hasta nuestros días? Holloway argumenta que las fuerzas transformadoras no pueden “adoptar primero métodos capitalistas (luchar por el poder) para luego ir en el sentido contrario (disolver el poder).” (Holloway, 2001b. ) Nos parece que la lucha por el poder, sobre todo si la situamos en el terreno más prosaico de la política y no en el de las abstracciones filosóficas, mal podría ser concebida como un “método capitalista” a partir de la afirmación de que “la existencia de lo político es un momento constitutivo de la relación del capital”. En realidad, el poder y la lucha que se origina en relación a él es tan antiguo como el género humano, y antecede en miles de años a la aparición del capital. Suponer que la lucha por el poder es una derivación política del reinado del capital equivale a arrojar por la borda toda la historia de la humanidad.

Para concluir: si bien es cierto que, en línea con las observaciones de Lenin y Gramsci, no basta con la toma del poder para producir los formidables cambios que requiere una revolución, también es cierto que sin la toma del poder por parte de las fuerzas sociales insurgentes los cambios tan ansiados no se producirán. Y esto es tanto más verdadero en nuestros días, cuando asistimos a la “estatificación” de un número creciente de actividades y funciones íntimamente ligadas al proceso de acumulación y reproducción del capital que otrora eran resueltas en el plano del mercado o la sociedad civil.

Independientemente de lo pregonado por los ideólogos del neoliberalismo en las últimas décadas el papel del Estado ha asumido una importancia cada vez mayor para asegurar la perpetuación de las relaciones capitalistas de producción: su papel como organizador de la dominación de los capitalistas y como astuto desorganizador de las clases subordinadas no ha hecho sino acentuarse en los últimos tiempos. Y si bien en los países de la periferia el Estado se ha debilitado en gran medida, aún en estos casos ha seguido cumpliendo fielmente la doble tarea señalada más arriba. Una fuerza insurgente y anticapitalista no puede darse el lujo de ignorar o subestimar un aspecto tan esencial como éste. El capitalismo contemporáneo promueve una cruzada teórica en contra del Estado, mientras en el plano práctico no cesa de fortalecerlo y asignarle nuevas tareas y funciones. En realidad, la “ilusión estatal” parecería más bien anidar en aquellas concepciones que, pese a las evidencias en contrario, no alcanzan a distinguir la retórica anti-estatista de la práctica estatizante del capitalismo “realmente existente”, ni a percibir el carácter cada vez más estratégico que el Estado ha asumido para garantizar la continuidad de la dominación burguesa.

### **Breve digresión final sobre la dualidad de poderes**

Quisiéramos cerrar este análisis trayendo a colación el debate surgido a partir de la experiencia revolucionaria rusa entre 1905 y 1917. En esa ocasión, la necesidad práctica dictada por la inminencia de la ruptura revolucionaria dio origen a un encendido debate en torno a la cuestión del estado y la dualidad de poderes. Sin embargo, ninguno de los grandes protagonistas de ese debate, nos referimos principalmente a Lenin, Trotsky y Rosa Luxemburgo- llegó a proponer fórmulas abstractas del estilo del “contra-poder” o el “anti-poder” para resolver las contradicciones de la coyuntura a favor de las fuerzas insurgentes.

Más allá de la aspereza que por momentos caracterizó a esta controversia, todos quienes tomaban parte en ella coincidían en un hecho: que la dualidad de poderes era una situación eminentemente transitoria, producto de aquello que, años más tarde y siguiendo las huellas de los análisis clásicos del bonapartismo efectuados por Marx y Engels, Gramsci denominara “empate catastrófico” de clases. Había dos poderes contrapuestos y excluyentes porque, en la Rusia de comienzos de siglo, la alianza entre la aristocracia y la burguesía ya no podía prevalecer sobre el conjunto de las clases populares. La correlación de fuerzas que la había favorecido durante décadas se había esfumado como consecuencia de una crisis catastrófica como la provocada por la guerra ruso-japonesa primero y, después, por la carnicería de la primera guerra mundial, todo ello montado sobre el cambiante escenario de un desarrollo capitalista que estaba pulverizando las arcaicas estructuras sociales de la Rusia feudal.

Pero por su misma transitoriedad la dualidad de poderes estaba condenada a resolverse en plazos perentorios, sea con el triunfo de la coalición dominante o bien con el de las clases subordinadas. La dualidad de poderes era pues la expresión de una crisis general revolucionaria, situación ésta que no puede perdurar: o se define a favor de las clases y grupos sociales ascendentes, interesados en la creación de un nuevo orden social, o lo hace en beneficio de las fuerzas de la contrarrevolución, y los insurrectos son ahogados en sangre. El carácter efímero de

una coyuntura de ese tipo hace que conceptos como el “contra-poder” o el “anti-poder” tengan, en el mejor de los casos, una validez limitada, en el tiempo tanto como en el terreno de la lucha política. Ambos expresan la fragilidad del “momento hobbesiano” cuando el orden social se desintegra ante el surgimiento de un bloque contra-hegemónico dotado de la fuerza suficiente como para plantear una resolución de la crisis en la forma más favorable a sus intereses. De este modo, el debate clásico en torno a la dualidad de poderes reposaba sobre la convicción de que frente al poder oficial de las clases dominantes: sus instituciones, leyes y agencias, existía un embrión, suficientemente vigoroso ya, del poder “de los de abajo”, llámese éste el proletariado, la alianza obrero-campesina, comuneros o partido revolucionario. Nada más lejano pues a un “contra-poder” que remitiera a una amorfa multitud, o a la inconmensurable multiplicidad de los cuerpos; o a un “anti-poder” que, en la práctica, es apenas una amable ilusión. En la tradición clásica se trataba, en cambio de un poder emergente que luchaba contra el orden establecido, que se apoyaba en actores concretos, clases y grupos sociales, que se expresaba en formatos políticos diversos –partidos, soviets, consejos obreros, etc., que proponía un programa específico de gobierno (nacionalizaciones, reforma agraria, expropiación de los capitalistas, etc.) y que, como no podía ser de otra manera, proyectaba su creciente ascendente también sobre el plano militar. Porque, en las coyunturas de disolución del orden social la lucha de clases no se resuelve en los serenos ámbitos del debate parlamentario, o en negociaciones a puertas cerradas en las oficinas del gobierno sino en las calles y, casi invariablemente, con las armas en la mano. Esta es al menos la lección que enseña la historia de las revoluciones en los tres últimos siglos, desde la Revolución Gloriosa en Inglaterra, en 1688 hasta la Revolución cubana, en 1959, pasando por las grandes revoluciones sociales que conmovieron el mundo en Francia en 1789, en Rusia, en 1917, y en China, en 1949, para no mencionar sino algunas de las más conocidas.

Esta breve referencia al célebre debate sobre la dualidad de poderes en Rusia –tema que merecería ser estudiado rigurosamente por los agentes sociales involucrados en la construcción de una sociedad socialista en América Latina y muy especialmente por los intelectuales que no abjuraron de su vocación crítica- es suficiente para poner de relieve el abismo que separa el escolasticismo abstracto de los análisis contemporáneos sobre el tema del poder de la reflexión teórico-práctica imperante en el pasado. Una pista para entender esta discrepancia proviene de la coyuntura histórica en la cual se produce la reflexión teórica: en efecto, el auge revolucionario de masas, a comienzos del siglo veinte en Rusia, contrasta visiblemente con el reflujo que se observa, a escala mundial, desde la década de 1980, marcada por el auge de la mundialización neoliberal y la primacía doctrinaria del Consenso de Washington. Mientras que a comienzos del siglo veinte la reflexión teórica se instalaba a la sombra de la inmediatez del estallido revolucionario, la coyuntura actual se constituye a partir de una derrota, transitoria pero derrota al fin, de las fuerzas populares una vez agotado el impulso ascendente que con tanta fuerza surgiera en la segunda posguerra. El hecho de que, a partir de finales del siglo pasado se observe en muchos países una vigorosa recomposición del campo popular y una renovada militancia anticapitalista –cuyos inicios emblemáticos fueron la rebelión zapatista del 1° de enero de 1994 y la así llamada “batalla de Seattle”, en noviembre de 1999- que habrían de articularse globalmente a partir de la realización del primer Foro Social Mundial de Porto Alegre, en enero del 2001, no desmiente la caracterización precedente sino que pone de relieve los signos inequívocos que hablan del agotamiento del modelo neoliberal tanto en el centro del sistema como en la periferia del mismo.

No está de más aclarar que es imposible establecer una relación mecánica entre la coyuntura política nacional y/o internacional y las características de la producción teórica de la izquierda. La dolorosa fórmula gramsciana de “pesimismo de la inteligencia, optimismo de la voluntad” sintetiza acabadamente la complejidad del vínculo entre la razón crítica y el marco histórico-social en el cual aquella se despliega. Si un brillante ejemplo demuestra precisamente el carácter no-lineal de esta ligazón es la obra del fundador del Partido Comunista Italiano. Pese a ser testigo y protagonista a la vez de la derrota del auge de masas de la primera posguerra Gramsci jamás hizo suyas las categorías intelectuales y prioridades temáticas del dominante pensamiento de los vencedores. Ergo, el reflujo de las luchas populares no necesariamente conduce a la indefensión o capitulación teórica. Un ejemplo antitético al de Gramsci lo provee la obra de Karl Kautsky, quien en el contexto prerrevolucionario que ocasionara el colapso del Imperio alemán asumió posturas doctrinarias típicamente reformistas que para nada se correspondían con la correlación de fuerzas de la época. Para abreviar una discusión que no podemos dar aquí: hay una sociología de los intelectuales

revolucionarios que está reclamando investigaciones concretas que nos ayuden a iluminar la relación arriba mencionada.<sup>7</sup>

Retomando el hilo de nuestra argumentación, concluimos entonces que las propuestas de Hardt, Negri y Holloway son la proyección sobre el plano de la producción intelectual –como dijimos, mediatizada y nunca lineal– del reflujo experimentado por las fuerzas populares a partir de finales de los años setentas. Un revés que, en el caso de estos autores, no se manifiesta, como ocurriera con los “renegados” de nuestro tiempo, por una vergonzosa adhesión al capitalismo y la sociedad burguesa sino por la radical indefensión de su pensamiento contestatario ante las premisas fundamentales de las ideas dominantes en nuestra época. De este modo, teóricos declaradamente contrarios al capitalismo hacen suyas, inadvertidamente, tesis centrales al pensamiento neoliberal, por ejemplo removiendo de la agenda de los pueblos oprimidos una temática crucial como la del poder y canalizando las energías de los descontentos y las víctimas del sistema hacia regiones ideológicamente etéreas y políticamente irrelevantes. No sorprende comprobar, en cambio, como mientras desde el campo intelectual de la izquierda se desvía la vista hacia estas construcciones ilusorias o quiméricas en relación al “poder realmente existente”, las clases dominantes prosiguen sin pausa su tarea de acrecentar la eficacia del poder que ya disponen, diseñando nuevas modalidades de su ejercicio que le aseguren una renovada capacidad para controlar a las clases y capas subalternas y seguir, de este modo, siendo dueñas de la historia.

#### Notas

1. Sobre este tema ver Borón, 2002a, pp. 149-153.
2. No es un dato menor que haya sido precisamente Fernando H. Cardoso quien redactara el prólogo de la edición brasileña de la obra de Castells.
3. Véase nuestro *Imperio & imperialismo*, obra en la cual exponemos detalladamente algunos de los más graves errores de interpretación de contenidos en dicho libro y que, lamentablemente, exceden con creces el ámbito más restringido de la teoría del estado capitalista. Una reflexión sobre este tema se desarrolla ampliamente en Borón, 2000. Una versión más acotada de la crítica a la obra de Hardt y Negri se encuentra en Borón, 2002b.  
El presente trabajo retoma libremente algunos de los elementos contenidos en este último trabajo y los re-elabora en función de los objetivos que aquí han sido propuestos.
4. Hemos debatido algunas de las ideas de Holloway en Borón, 2001.
5. En este sentido, el análisis de Holloway es extremadamente general y no introduce ningún tipo de matices. Para él la experiencia de la URSS y la de la revolución cubana son exactamente lo mismo, y ambas han fracasado. No existe en su obra la menor tentativa de distinguir situaciones, contextos internacionales, problemas específicos, momentos históricos y logros, aunque sea parciales, de los procesos revolucionarios. Su visión del “fracaso” de las revoluciones es similar a las que, desde la derecha, se formula en la ciencia política de inspiración anglosajona, y en nada ayuda a comprender las durísimas condiciones en las cuales aquellas tienen lugar y se desenvuelven.
6. De ahí el título del nuevo libro de Holloway, en el cual plantea *in extenso* toda su teorización: *Cómo cambiar el mundo sin tomar el poder*. Cf. Holloway, 2002.
7. Una pequeña aportación en ese sentido se encuentra en nuestro *Imperio & Imperialismo*, op. cit., cap. 7.

#### Bibliografía

- Borón, Atilio, 2000, *Tras el búho de Minerva. Mercado contra democracia en el capitalismo de fin de siglo* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica).
- Borón, Atilio, 2001, “La selva y la polis. Interrogantes en torno a la teoría política del zapatismo”, en *OSAL, Observatorio Social de América Latina* (Buenos Aires: CLACSO), N° 4, junio.
- Borón, Atilio 2002a *Imperio & Imperialismo* (Buenos Aires: CLACSO)
- Borón, Atilio A. 2002b “Imperio: dos tesis equivocadas”, en *OSAL, Observatorio Social de América Latina* (Buenos Aires: CLACSO), N°6, junio
- Castells, Manuel 1996, 1997, 1998 *The Information Age. Economy, Society and Culture* (Oxford: Blackwell Publishers), tres tomos.
- Hardt, Michael y Antonio Negri, 2000, *Empire* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press) [Traducción al español: *Imperio* (Buenos Aires: Paidós, 2002)].
- Hardt, Michael y Antonio Negri, 2002, “La multitud contra el Imperio”, en *OSAL* (Buenos Aires) N°7, junio.
- Holloway, John, 1997, “La revuelta de la dignidad”, en *Chiapas* (México: Instituto de Investigaciones Económicas), N°5.
- Holloway, John, 2001<sup>a</sup>, “El zapatismo y las ciencias sociales en América Latina”, en *OSAL, Observatorio Social de América Latina* (Buenos Aires: CLACSO), N°4, junio.
- Holloway, John, 2001<sup>b</sup>, “La asimetría de la lucha de clases. Una respuesta a Atilio Borón”, en *OSAL, Observatorio Social de América Latina* (Buenos Aires: CLACSO), N°4, junio.
- Holloway, John, 2002, *Cómo cambiar el mundo sin tomar el poder* (Buenos Aires: Herramienta).

\*Ponencia presentada al V Encuentro Internacional de Economistas sobre Globalización y Problemas del Desarrollo, La Habana, Cuba, 10 - 14 de febrero de 2003.

\*\*Sociólogo, secretario general del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y ex-vicepresidente de la Universidad de Buenos Aires.

# MUNDO MULTIPOLAR

## PREFACIO A *ORIENTALISMO*\*

Edward W. Said\*\*

Hace nueve años escribí un epílogo para *Orientalismo*, que -intentando clarificar lo que consideraba haber dicho y no dicho- enfatizaba no sólo las muchas discusiones abiertas desde que mi libro apareció en 1978, sino el curso de las crecientes malinterpretaciones de un trabajo en torno a las representaciones de “el Oriente”.

Que hoy me sienta más irónico que irritado acerca de este hecho, es un signo de la tanta edad que se ha colado a mi interior. Las muertes recientes de mis dos mentores principales, intelectual, política y personalmente -Eqbal Ahmad e Ibrahim Abu-Lughod-, me han traído tristeza y pérdida, pero también resignación y una cierta entereza para seguir adelante.

En *Out of Place* (Fuera de lugar), 1999, describía los extraños y contradictorios mundos en los que crecí, proporcionándome a mí y a mis lectores un recuento detallado de los ambientes que, pienso, me formaron en Palestina, Egipto y Líbano. Pero era un relato muy personal de todos esos años de mi involucramiento político -que comenzó después de la guerra árabe-israelí de 1967-, y se quedó corto.

*Orientalismo* es un libro atado a la dinámica tumultuosa de la historia contemporánea. Abre con una descripción, que data de 1975, de la guerra civil en Líbano, que terminó en 1990. Llegamos al fracaso en el proceso de paz de Oslo, al estallido de la segunda intifada, y el terrible sufrimiento de los palestinos de las reinvasadas franjas de Cisjordania y Gaza. La violencia y el horrible derramamiento de sangre continúan en este preciso instante. El fenómeno de los bombazos suicidas ha aparecido con todo el odioso daño que ocasionan, no más apocalíptico y siniestro que los sucesos del 11 de septiembre de 2001 con su secuela en las guerras contra Afganistán e Irak. Mientras escribo estas líneas continúa la ocupación imperial ilegal de Irak a manos de Gran Bretaña y EEUU. Su estela es en verdad horrible de contemplar. Se dice que todo esto es parte de un supuesto choque de civilizaciones, interminable, implacable, irremediable. Yo, sin embargo, pienso que no es así.

Me gustaría poder decir que el entendimiento general de Medio Oriente, los árabes y el islam en EEUU ha mejorado en alguna medida, pero caray, en realidad no. Por todo tipo de razones, la situación en Europa parece ser considerablemente mejor. En EEUU el endurecimiento de actitudes, el tensar el yugo de un cliché de generalizaciones menospreciativas y triunfalistas, la dominación de un poder crudo, aliado con el desprecio simplista hacia quienes disienten y contra “otros”, tiene su correlato exacto en el saqueo y la destrucción de las bibliotecas y museos de Irak.

Lo que nuestros dirigentes y sus lacayos intelectuales son incapaces de comprender es que la historia no puede borrarse como un pizarrón, dejándolo limpio para que “nosotros” podamos ahí inscribir nuestro propio futuro e imponer nuestras formas de vida para que estos pueblos “inferiores” las sigan. Es bastante común escuchar que los altos funcionarios en Washington y en otras partes hablen de cambiar el mapa del Medio Oriente, como si las sociedades antiguas y una miríada de pueblos pudieran sacudirse como almendras en un frasco. Pero esto ha ocurrido con frecuencia en “Oriente”, ese constructor semimítico que se inventa y reinventa en incontables ocasiones desde la invasión de Napoleón a Egipto a finales del siglo XVIII. Y en el proceso, los sedimentos no relatados de la historia, que incluyen innumerables historias y una variedad sorprendente de pueblos, lenguajes, experiencias y culturas, son barridos e ignorados, relegados al banco de arena junto con los tesoros derruidos a fragmentos indescifrables que le fueron arrebatados a Bagdad.

Mi argumento es que la historia la hacen mujeres y hombres, y es factible deshacerla y rescribirla de tal manera que “nuestro” Oriente se vuelva “nuestro” para poseerlo y dirigirlo. Tengo en muy alta estima las potencialidades y regalos de los pueblos de la región que luchan por su visión de lo que son y lo que quieren ser. Ha sido tan abrumador y calculadamente agresivo el ataque contra las sociedades contemporáneas árabes y musulmanas, acusándolas de ser retrógradas, carecer de democracia y abrogar los derechos de las mujeres, que se nos olvida que las nociones de modernidad, iluminismo y democracia no son conceptos acordados por todos ni son, en modo alguno, tan simples que puedan encontrarse o perderse como huevos de Pascua en una sala de estar. La suficiencia desalentadora de los publicistas estúpidos (que hablan en nombre de la política exterior pero sin conocimiento alguno del lenguaje con que habla la gente real), fabrica un árido paisaje, propicio para que el poderío estadounidense construya un modelo artificial de “democracia” de libre mercado, con el cual no se necesita hablar árabe, persa o francés para pontificar sobre el efecto dominó que supuestamente necesita el mundo árabe.

Pero existe una diferencia entre conocer otros pueblos y otros tiempos (que resulta del entendimiento, la compasión, el estudio y el análisis cuidadoso en sí mismos), y el conocimiento que es pieza de una campaña global de autoafirmación. Hay, después de todo, una profunda diferencia entre el deseo de entender con el propósito de coexistir y ensanchar horizontes y el deseo de dominar con el fin de controlar. Es, sin duda, una de las mayores catástrofes de la historia que una guerra imperialista confeccionada por un grupito de funcionarios estadounidenses que no fueron elegidos se lance contra una devastada dictadura tercermundista, apelando a aspectos claramente ideológicos, para intentar la dominación del mundo, el control de la seguridad y los escasos recursos, y que disfrace su intención real, adosada y pensada por orientalistas que traicionaron su deber como académicos.

Las principales influencias del Pentágono y el Consejo de Seguridad Nacional de George W. Bush fueron hombres como Bernard Lewis y Fouad Ajami, expertos en el mundo árabe e islámico que ayudaron a los halcones estadounidenses a idear fenómenos ridículos como el de la mente árabe o la decadencia de siglos del mundo islámico que sólo el poderío estadounidense puede revertir. Hoy las

librerías en EEUU están llenas de peroratas mal confeccionadas con títulos gritones como el horror y el terror islamita, el islam al desnudo, la amenaza árabe, el riesgo musulmán, todos escritos por polemistas políticos que hacen gala de un conocimiento que les fue impartido a ellos y a otros por expertos que supuestamente han penetrado en el corazón de estos extraños pueblos orientales. Los acompañantes de esta prédica guerrerista son CNN y Fox, más la miríada de locutores y anfitriones de programas de radio, evangélicos y de extrema derecha, innumerables tabloides e inclusive revistas clasemedieras, todos ellos lanzados a reciclar las mismas ficciones no verificables y las vastas generalizaciones que acicatean a América contra el demonio extranjero.

Sin un esquema bien organizado de que los pueblos de allá no son como “nosotros” y no aprecian “nuestros” valores -el corazón mismo del dogma orientalista- no habría habido guerra. Así que del mismo directorio de académicos profesionales pagados por los conquistadores holandeses en Malasia e Indonesia, por los ejércitos británicos en India, Mesopotamia, Egipto y Africa occidental, por los ejércitos franceses en Indochina y Africa del norte surgieron los asesores estadounidenses del Pentágono y la Casa Blanca, y utilizan los mismos clichés, los mismos estereotipos menospreciadores, las mismas justificaciones para ejercer poder y violencia (al fin y al cabo, dice el coro, el poder es el único lenguaje que entienden). Toda esta gente se unió para el caso de Irak con un ejército entero de contratistas privados y emprendedores voraces a quienes se confiará todo, desde escribir libros de texto hasta la Constitución que remodele la vida política de Irak y su industria petrolera.

Todo imperio, en su discurso oficial, ha dicho que no es como los otros, que sus circunstancias son especiales, que tiene la misión de iluminar, civilizar, traer orden y democracia, y que utilizará la fuerza únicamente como último recurso. Lo más triste es que siempre hay un coro de intelectuales deseosos de decir palabras tranquilizadoras acerca de los imperios benignos o altruistas.

Veinticinco años después de la publicación de mi libro *Orientalismo*, se alza una vez más la cuestión de si el imperialismo moderno ha terminado o si continuó en Oriente desde que Napoleón invadió Egipto dos siglos antes. Se le ha dicho a los árabes y a los musulmanes que la victimología y vivir de los despojos del imperio es sólo una manera de evadir la responsabilidad del presente. Han fallado, se fueron por el camino equivocado, dice el orientalista moderno. Por supuesto, está también la contribución de Naipaul a la literatura: las víctimas del imperio gimotean mientras su país se va a la mierda. Pero qué superficial cálculo de una intrusión imperial es ésta que poco anhela encarar la larga sucesión de años a través de los cuales el imperio continúe su intromisión en las vidas de palestinos, congoleños, argelinos o iraquíes. Piensen en la línea que comienza con Napoleón, continúa con el surgimiento de los estudios orientales y la toma de Africa del norte, para luego proseguir en empresas semejantes en Vietnam, Egipto y Palestina y que durante todo el siglo XX ha pugnado por el petróleo y el control estratégico del golfo Pérsico, en Irak, Siria, Palestina y Afganistán. Luego piensen en el surgimiento del nacionalismo anticolonial, el corto período de una independencia liberal, la era de golpes militares, la insurgencia, la guerra civil, el fanatismo religioso, la lucha irracional y la brutalidad irresponsable hacia los más recientes grupos de “nativos”. Cada una de estas fases y eras produce su propio

conocimiento distorsionado de la otra, sus propias imágenes reduccionistas, sus propias polémicas *peleoneras*.

En *Orientalismo* mi idea es utilizar la crítica humanista para abrir campos de lucha e introducir una secuencia más larga de pensamiento y análisis que reemplace las breves incandescencias de esa furia polémica, contraria al pensamiento, que nos aprisiona. A lo que intento realizar le llamo "humanismo", palabra que continúo usando tercamente, pese al menosprecio burlón que expresan por el término los sofisticados críticos posmodernos. Por humanismo quiero significar, primero que nada, el intento por disolver los grilletos inventados por Blake; sólo así seremos capaces de usar nuestro pensamiento histórica y racionalmente para los propósitos de un entendimiento reflexivo. Es más, el humanismo lo sostiene un sentido de comunidad con otros intérpretes y otras sociedades y periodos; por tanto, estrictamente hablando, no puede existir un humanismo aislado.

Esto quiere decir que todo ámbito está vinculado con todos los demás; no existe nada en nuestro mundo que haya estado aislado y puro de influencias exteriores. Requerimos hablar de aspectos tales como la injusticia y el sufrimiento en el contexto amplio de la historia, la cultura y la realidad socioeconómica. Nuestro papel es ampliar el campo de la discusión. Buena parte de mis pasados 35 años he defendido los derechos que tiene el pueblo palestino a la autodeterminación nacional, pero siempre he intentado prestar toda la atención posible a la realidad del pueblo judío y la forma en que sufrió persecuciones y genocidio. El punto central es que la lucha por la equidad entre Palestina e Israel debe dirigirse hacia un objetivo humanista, es decir, hacia la coexistencia, y no a una ulterior supresión y negación.

No es accidental que indique que el orientalismo y el antisemitismo moderno tienen raíces comunes. Por tanto, es necesidad vital que los intelectuales independientes provean modelos alternativos a aquellos que simplifican y confinan por basarse en una mutua hostilidad que prevalece en Medio Oriente y en otras partes, desde hace tanto tiempo.

Como humanista cuyo campo es la literatura, tengo la edad suficiente como para haber sido educado, hace 40 años, en el campo de la literatura comparada, cuyas ideas conductoras se remontan a la Alemania de finales del siglo XVIII y principios del XIX. Antes debo mencionar la contribución creativa, suprema, de Giambattista Vico, filósofo y filólogo napolitano cuyas ideas anticiparon a pensadores alemanes como Herder y Wolf, y después a Goethe, Humboldt, Dilthey, Nietzsche, Gadamer, y finalmente a los grandes filólogos del siglo XX, como Erich Auerbach, Leo Spitzer y Ernst Robert Curtius.

A los jóvenes de la generación actual la mera idea de la filología les sugiere algo demasiado mohoso, de anticuario, pero de hecho es la más básica y creativa de las artes interpretativas. Su ejemplo más admirable puede hallarse en el interés de Goethe por el islam en general y por Hafiz en particular, pasión que lo consumía y lo condujo a la composición del *West-Östlicher Diwan*, y que influyó en las ideas posteriores de Goethe respecto de la *Weltliteratur*, el estudio de todas las literaturas del mundo como si fueran un todo sinfónico que pudiera aprehenderse teóricamente preservando la individualidad de cada trabajo sin perder la visión del todo.

Hay una ironía considerable al percatarnos de que si bien el mundo globalizado de hoy se agrupa en algunos de los modos de los que he estado hablando, podemos estarnos aproximando a un cierto tipo de estandarización y homogeneidad que la formulación específica de las ideas de Goethe buscaba prevenir. En un ensayo publicado en 1951, con el título de *Philologie der Weltliteratur*, Erich Auerbach enfatizó exactamente ese punto, justo cuando se iniciaba el periodo de posguerra, que fue también el principio de la guerra fría. Su gran libro, *Mimesis*, publicado en Berna en 1946, pero que fuera escrito cuando Auerbach era exiliado de guerra que impartía cursos de lenguas romances en Estambul, intentaba ser un testamento de la diversidad y la concreción de la realidad según la representaba la literatura occidental de Homero a Virginia Wolf. Pero, al leer el ensayo de 1951 uno siente que para Auerbach su gran libro era una elegía del periodo donde la gente podía interpretar textos filológicamente - concreta, sensible e intuitivamente-, usando la erudición y un excelente manejo de varias lenguas, en apoyo del entendimiento que Goethe pregonaba en su aproximación a la literatura islámica.

El conocimiento positivo de las lenguas y la historia fue necesario, pero nunca fue suficiente, como tampoco la recolección mecánica de datos podía en modo alguno constituir un método adecuado para comprender lo que era un autor como Dante, por ejemplo. El requisito fundamental para el tipo de entendimiento filológico del que hablaban Auerbach y sus predecesores, el que intentaron poner en práctica, era uno que con simpatía y subjetividad penetrara en la vida de un texto escrito, desde la perspectiva de su tiempo y su autor (*einfühlung*). En vez de pregonar la alienación y la hostilidad hacia otros tiempos y diferentes culturas, la filología, según la aplicaba la *Weltliteratur*, implicaba un profundo espíritu humanista desplegado con generosidad y, si se me permite el uso del término, con hospitalidad. Así, la mente del intérprete creaba activamente un lugar para el otro, extranjero. Este crear un lugar para el trabajo de los que podrían ser ajenos y distantes es la faceta más importante de la misión del intérprete.

Todo esto, obviamente, fue minado y destruido en Alemania por el nacional-socialismo. Después de la guerra, Auerbach anota con tristeza la estandarización de las ideas, y la creciente especialización del conocimiento que estrechó gradualmente las oportunidades para el tipo de trabajo filológico de indagación perenne e investigación que él había representado, y, caray, es todavía más depresivo saber que, desde la muerte de Auerbach, en 1957, la idea y la práctica de la investigación humanista se ha encogido en espectro y en centralidad. En vez de leer en el sentido real del término, nuestros estudiantes se distraen hoy con el conocimiento fragmentado disponible en la red electrónica y los medios masivos de comunicación.

Lo que es peor es que la educación está amenazada por las ortodoxias religiosas y nacionalistas que los medios masivos diseminan, pues se enfocan - ahistóricamente y de modo sensacionalista- en las distantes guerras electrónicas dando a los que miran un sentido de precisión quirúrgica, cuando de hecho oscurecen el terrible sufrimiento y la destrucción producida por el armamento moderno de la guerra. Al demonizar a un enemigo desconocido a quien etiquetan de "terrorista", se cumple el propósito general de mantener a la gente agitada y furiosa haciendo que las imágenes de los medios exijan mucha atención que puede ser explotada en tiempos de crisis e inseguridad, como el periodo posterior al 11 de septiembre de 2001.

Hablando como árabe y estadounidense, debo pedirle a mis lectores que no subestimen este tipo de visión simplificada del mundo que un puñado de elites civiles del Pentágono han formulado como política estadounidense para la totalidad de los mundos árabes e islámicos. Una visión en la cual el terror, la guerra preventiva y el cambio de régimen unilateral -con el respaldo del presupuesto militar más inflado de la historia- son las ideas principales que se debaten sin cesar, empobrecidas por medios que se asignan a sí mismos el papel de producir esos llamados “expertos” que validan la línea general del gobierno. La reflexión, el debate, el argumento racional y los principios morales basados en la noción secular de que los seres humanos deben crear su propia historia, fueron remplazados por ideas abstractas que celebran el excepcionalismo estadounidense u occidental, denigran la relevancia del contexto y miran con desprecio las otras culturas.

Tal vez dirán que hago demasiadas transiciones abruptas entre interpretaciones humanistas, por un lado, y política exterior, por el otro. Que una sociedad tecnológica moderna, poseedora de un poder sin precedente -además de redes electrónicas y jets de combate F-16- debe, a fin de cuentas, ser conducida por expertos en política- técnica tan formidables como Donald Rumsfeld y Richard Perle. Lo que en realidad se ha perdido es un sentido de la densidad y la interdependencia de la vida humana, que no pueden ser reducidas a una fórmula ni barridas como irrelevantes.

Esta es una de las facetas del debate global. En los países árabes y musulmanes la situación no es mejor. Como argumenta Roula Khalaf, la región se ha deslizado hacia un antiamericanismo fácil que muestra muy poco entendimiento de lo que en realidad es EEUU como sociedad. Dado que los gobiernos se han vuelto relativamente incapaces de afectar las políticas estadounidenses hacia ellos, vuelcan sus energías en reprimir y sojuzgar a sus propias poblaciones, lo que acarrea resentimiento, rabia e imprecaciones inútiles que no abren la posibilidad de que en las sociedades haya ideas seculares en torno a la historia y el desarrollo humanos. En cambio, son sociedades sitiadas por la frustración y el fracaso, y por un islamismo construido por un aprendizaje dogmático y por la obliteración de otras formas de conocimiento secular, consideradas competitivas. La desaparición gradual de la extraordinaria tradición *ijtihad* islámica, o interpretación personal, es uno de los mayores desastres culturales de nuestro tiempo, pues ocasiona la pérdida del pensamiento crítico y de los modos individuales de lidiar con el mundo moderno.

Esto no significa que el mundo cultural haya simplemente regresado hacia un neorientalismo beligerante o al rechazo tajante de lo exterior. Con todas las limitaciones que se quiera, la Cumbre Mundial de Johannesburgo, de Naciones Unidas, celebrada el año pasado, reveló de hecho una vasta área de preocupaciones globales comunes que sugiere la emergencia, muy saludable, de un sector nuevo y colectivo que confiere una nueva urgencia a la frecuentemente fácil noción de “un solo mundo”. En todo esto debemos admitir que nadie puede conocer la extraordinariamente compleja unidad de nuestro orbe globalizado, pese a ser realidad que el mundo tiene tal interdependencia de las partes que no permite la genuina oportunidad del aislamiento.

Los terribles conflictos que pastorean a los pueblos con consignas tan falsamente unificadoras como “América”, “Occidente” o “islam” e inventan identidades colectivas para una enorme cantidad de individuos que en realidad son bastante diversos, no deben permanecer en la potencia que ahora mantienen y debemos oponernos a ellos. Aún contamos con habilidades interpretativas racionales que son un legado de la educación humanista, no piedad sentimental que clama por que retornemos a los valores tradicionales o a los clásicos, sino una práctica activa del discurso racional, secular, en el mundo. El mundo secular es el de la historia como la construyen los seres humanos. El pensamiento crítico no se somete al llamamiento a filas para marchar contra uno u otro enemigo aprobado como tal. En vez de un choque de civilizaciones manufacturado, necesitamos concentrarnos en el lento trabajo de reunir culturas que se traslapen, para que se presten unas a otras, viviendo juntas en formas mucho más interesantes de lo que permite cualquier modo compendiado o no auténtico de entendimiento. Pero este tipo de percepción ampliada requiere tiempo, paciencia e indagación escéptica, y el respaldo que otorga la fe en las comunidades de interpretación, algo difícil de mantener en un mundo que demanda acción y reacción instantáneas.

El humanismo se centra en la individualidad humana y la intuición subjetiva, no en ideas recibidas o autoridades aprobadas. Los textos deben leerse como producidos y vividos en el ámbito histórico de todas las posibles formas del mundo. Pero esto no excluye el poder. Por el contrario, he tratado de mostrar las insinuaciones, las imbricaciones del poder inclusive en el más recóndito de los estudios.

Por último, y lo más importante, es que el humanismo es la única y yo diría la forma final de la resistencia contra las prácticas inhumanas y las injusticias que desfiguran la historia humana. Hoy contamos con el enorme y alentador campo democrático del ciberespacio, abierto a todos los usuarios de modos no soñados por generaciones anteriores de tiranos o de ortodoxias. Las protestas mundiales ocurridas antes de que comenzara la guerra en Irak, no habrían sido posibles si no fuera por la existencia de comunidades alternativas por todo el mundo, alertadas mediante información alternativa, y que son activamente conscientes de los derechos humanos y ambientales, y de los impulsos libertarios que nos mantienen unidos en este pequeño planeta.

\*Tomado de *La Jornada* , 18 de agosto de 2003.Traducción de Ramón Vera Herrera.

\*\*Profesor de Literatura Inglesa en la Universidad de Columbia hasta su reciente fallecimiento y autor de *Orientalismo*.

# **UN PAIS HIPOTECADO PARA SIEMPRE\***

## **La ilegalidad de las reformas en Irak**

**Naomi Klein\*\***

Según expertos en derecho internacional, si el próximo gobierno iraquí decide que no quiere ser una sucursal propiedad de Bechtel y Halliburton tendrá fundamentos legales para volver a nacionalizar los bienes que fueron privatizados bajo los edictos de la Autoridad Provisional de la Coalición.

No es demasiado tarde para negarle a los invasores de Irak la miríada de premios económicos por los cuales se lanzaron a la guerra. Cancelen los contratos. Abandonen los acuerdos. Hagan trizas las reglas.

Estas son algunas sugerencias de lemas que podrían ayudar a unificar el creciente movimiento contra la ocupación de Irak. Hasta ahora, los debates de los activistas se han enfocado en si la demanda debiera ser un retiro total de las tropas o que EEUU le ceda el poder a las Naciones Unidas.

Pero la discusión que gira en torno a “que se salgan las tropas” no toma en cuenta un importante hecho. Aún si el último soldado se sale del Golfo mañana y un gobierno soberano llega al poder, Irak seguiría ocupado por las leyes escritas pensando en los intereses de otro país, por las empresas extranjeras que controlan sus servicios básicos, por el 70 por ciento de desempleo provocado por los despidos en el sector público.

Cualquier movimiento que tome en serio la autodeterminación iraquí debe demandar no sólo el fin de la ocupación militar en Irak, sino también de su colonización económica. Eso significa revertir las reformas de terapia de shock que el administrador estadounidense de Irak, Paul Bremer, fraudulentamente hizo pasar como “reconstrucción”, y cancelar todos los contratos de privatización que emanan de estas reformas.

¿Cómo se puede lograr una meta tan ambiciosa? Fácil: mostrando que, para empezar, las reformas de Bremer son legales. Claramente violan la convención internacional que gobierna el comportamiento de las fuerzas de ocupación, las Regulaciones de La Haya de 1907 (la compañera de las Convenciones de Ginebra de 1949, ambas ratificadas por EEUU), así como el propio código de guerra del ejército estadounidense.

Las regulaciones de La Haya declaran que una fuerza de ocupación debe respetar, “a menos que se vea absolutamente imposibilitada de hacerlo, las leyes bajo las cuales se rige el país”. Con gozoso desafío, la Autoridad Provisional de la Coalición (APC) hizo trizas esta simple regla. La constitución de Irak no permite que los bienes clave del Estado sean privatizados y prohíbe que los extranjeros sean dueños de empresas iraquíes. No hay manera de argumentar que la APC estuvo “absolutamente imposibilitada” de respetar esas leyes, y sin embargo, hace dos meses, la APC las revocó unilateralmente.

El 19 de septiembre, Bremer promulgó la ahora tristemente famosa Orden 39. Anunciaba que 200 compañías estatales iraquíes serían privatizadas; decretaba

que las empresas extranjeras podían retener 100 por ciento de la propiedad de bancos, minas y plantas iraquíes; y permitía que esas empresas sacaran 100 por ciento de sus ganancias de Irak. *The Economist* declaró que las nuevas reglas eran un “sueño capitalista”.

La Orden 39 también viola las Regulaciones de La Haya de otras maneras. La convención declara que las fuerzas de ocupación “serán tomadas en cuenta sólo como administradoras y usufructuarias de edificios públicos, bienes raíces, bosques y tierras agrícolas pertenecientes al Estado hostil, y situados en el país ocupado. Debe salvaguardar el capital de estas propiedades, y administrarlas de acuerdo a las reglas de usufructo”.

El *Diccionario de leyes* de Bouvier define “usufructo” (probablemente la palabra más fea del idioma inglés) como un arreglo que otorga a una parte el derecho de usar y derivar beneficios de la propiedad de otro “sin alterar la sustancia de la cosa”. Puesto de manera más simple, si eres una niñera, puedes comerte los alimentos que están en el refrigerador, pero no puedes vender la casa y convertirla en condominios. Sin embargo, esto es lo que está haciendo Bremer: ¿qué podría alterar más “la sustancia” de un bien público que volverlo privado?

Por si aún no le quedaba claro este detalle a la APC, la ley de guerra terrestre del ejército estadounidense declara que “el ocupante no tiene derecho a vender la propiedad [no militar] o a hacer un uso de ella para el que no está calificado”. Esto queda bastante claro: bombardear algo no te da el derecho a venderlo. Todo parece indicar que la APC está consciente de lo ilegal de su plan de privatización. En un memorándum filtrado, escrito el 26 de marzo, el procurador general de Gran Bretaña Lord Peter Goldsmith, advirtió al primer ministro Tony Blair que “la imposición de grandes reformas económicas estructurales no estaría autorizada por la ley internacional”.

### **¿Un feliz matrimonio?**

Hasta ahora, la mayor parte de la controversia que rodea la reconstrucción de Irak se ha centrado en el derroche y la corrupción a la hora de otorgar los contratos. Esto no le da en el clavo a la amplitud de la violación: aunque el remate de Irak se hiciera con transparencia total y licitación abierta, de todos modos sería ilegal por la simple razón de que Irak no es de EEUU para que lo venda.

El reconocimiento del Consejo de Seguridad de la autoridad de ocupación de EEUU y el Reino Unido no provee de una cobertura legal. La resolución de las Naciones Unidas que se aprobó en mayo requiere que los poderes de ocupación “acaten a plenitud sus obligaciones bajo las leyes internacionales, incluyendo las Convenciones de Ginebra de 1949 y las Regulaciones de La Haya de 1907”.

Según un creciente número de expertos en derecho internacional, esto implica que si el próximo gobierno iraquí decide que no quiere ser una sucursal propiedad de Bechtel y Halliburton, tendrá poderosos fundamentos legales para volver a nacionalizar los bienes que fueron privatizados bajo los edictos de la APC. Esa es la opinión de Juliet Blanch, la encargada legal de arbitraje en materia energética e internacional del importante despacho. Norton Rose dice que debido a que las reformas de Bremer contradicen directamente la constitución de Irak, “no acatan la ley internacional y probablemente no se puedan hacer cumplir”. Blanch argumenta que la APC “no tiene ninguna autoridad o habilidad para firmar esos contratos [de

privatización]” y que un gobierno soberano iraquí tendría “serios argumentos a favor de volver a nacionalizar sin pagar compensación”. Las empresas que se enfrentan a este tipo de expropiación no tendrían, según Blanch, “ningún remedio legal”.

La única salida para la administración actual es asegurarse de que el próximo gobierno iraquí sea todo menos soberano. Debe ser lo suficientemente complaciente como para ratificar las leyes ilegales de la APC, que entonces serán festejadas como el feliz matrimonio de los libres mercados y los pueblos libres. Una vez que eso suceda, será demasiado tarde: los contratos estarán firmados, los acuerdos hechos y la ocupación de Irak será permanente.

Razón por la cual las fuerzas contra la guerra deben usar esta ventana que rápidamente se cerrará para demandar que el próximo gobierno iraquí esté libre de los grilletes de las reformas impuestas por Bremer. Es demasiado tarde para parar la guerra, pero no para negarle a los invasores de Irak la miríada de premios económicos por los cuales se lanzaron a la guerra en primer lugar.

No es demasiado tarde como para cancelar los contratos y abandonar los acuerdos.

\*Tomado de 307 °, 9 de noviembre de 2003, traducción de Tania Molina Ramírez.

\*\*Periodista, colaboradora de *The New York Times* y otros medios de

COMunicación.

# RESEÑA

## REESTRUCTURACIÓN Y CENTRALIDAD DEL MUNDO DEL TRABAJO ¿NUEVOS PARADIGMAS?

Irma Balderas Arrieta\*

Adrián Sotelo Valencia, *La reestructuración del mundo del trabajo Superexplotación y nuevos paradigmas de la organización del trabajo*, Coeditan Editorial Itaca-Universidad Obrera de México-Escuela Nacional para Trabajadores, plantel Morelia, México 2003, 185 p.

La centralidad del mundo del trabajo y el carácter de la fuerza de trabajo como fuente creadora de valor en el capitalismo contemporáneo, no pudieron ser anulados ni por los teóricos que desde la naciente década de 1980 se dedicaron, como un oráculo, a predecir el fin del trabajo y la muerte del proletariado, ni por el capitalismo mismo y sus leyes, que en plena transición salvaje a no sabemos qué, se convirtió en un capitalismo voraz, parasitario de ganancia inmediata; para ello modificó las inversiones de lo productivo a lo especulativo y se hizo de “nuevos paradigmas” organizacionales y productivos, que no llegaron a resarcir al capitalismo de sus crisis de valor. Eso es lo que demuestra Adrián Sotelo Valencia en su libro, *La reestructuración del mundo del trabajo. Superexplotación y nuevos paradigmas de la organización del trabajo*, coeditado recientemente por la editorial Itaca, la Universidad Obrera de México y la Escuela Nacional para Trabajadores, plantel Morelia.

Adrián Sotelo nos detalla críticamente un proceso de mundialización del capital que no llegó a ser tal, pues sin haber determinado y estructurado sus características esenciales ya se muestra agotado; incapaz de generar el valor y plusvalor suficientes para mantenerse en pie, negado a asegurar su propia estabilidad. Es una etapa del capitalismo marcada por crisis recurrentes y para demostrarlo el autor da cuenta, en un capítulo bien sustentado, del agotamiento de la “nueva economía”, propagandizada en los años noventa como el afianzamiento de la recuperación económica de Estados Unidos.

Sin embargo, a pesar de las transformaciones y los movimientos del capitalismo, nunca se llegó a dar una desaparición del trabajo asalariado, sino una reafirmación y una ampliación de la masa proletaria, que va más allá del tradicional obrero industrial, para abarcar nuevas categorías de obreros que conforman lo que Ricardo Antunez —prologuista del libro—, denomina “la clase que vive del trabajo”, o lo que Adrián Sotelo complementa: la clase que vive de la venta de su fuerza de trabajo; para referirse a una clase que se ha ensanchado, independientemente del sector de la economía en que se encuentre laborando.

La masificación del proletariado no sólo es demostrada por la evidente presencia mayoritaria de la población ocupada en los servicios que, como sostiene el autor, genera valor, sino también por la creciente masa de mujeres y niños que se insertó en la vida laboral en los últimos veinte años.

De ello da cuenta la fuerza de trabajo femenina que se incorporó al mundo del trabajo en América Latina, que se adhirió a la producción de valores, al proceso de valorización del capital. Con respecto a esto, las cifras son elocuentes, pues mientras en 1970 había 35.8 millones de mujeres en los mercados laborales de nuestra región —ya significativas por su capacidad como productoras de valor—, en el año 2000 ellas eran 75.3 millones de trabajadoras; cuyos mercados más grandes se encuentran en Brasil y México, con 26.1 millones y 13.3 millones de trabajadoras respectivamente. Casualmente son dos de los países de nuestra región hacia donde, en las dos últimas décadas, se canalizaron los mayores montos de Inversión Extranjera Directa (IED), la cual se ha asentado en las ramas más importantes y dinámicas de la economía, en las que la participación de la fuerza laboral femenina es considerable: telecomunicaciones, servicios bancarios y financieros, así como en otros servicios como en software y medios de comunicación.

Lo anterior demuestra que el capital no puede anular el trabajo vivo en el proceso de producción, por más paradigmas que se invente; más allá de eso, Adrián Sotelo argumenta que lo que se ha dado en llamar “nuevos paradigmas del trabajo”, no son más que mecanismos, mediante los cuales se extrae mayor cantidad de valor y plusvalor de los trabajadores, ya se encuentren en la economía formal, ya sea en la informal o en la economía del conocimiento, de cualquier manera articuladas e identificadas por la precariedad. Son paradigmas que pugnan, en nuestros países, por la rebaja de derechos de los trabajadores, expresada en la reforma de las leyes laborales.

El capitalismo parasitario encuentra, cada vez más, dificultades para producir valor o riqueza social, por eso recurre a la superexplotación del trabajo, que si antaño fue un mecanismo propagado en los países subdesarrollados, hoy es la norma en los desarrollados.

En este contexto, el capitalismo imposibilitado para producir valor y después de haber destruido una gran parte de su capacidad productiva en aras de la ganancia inmediata, recurre a una masa mayor de trabajadores, de seres humanos que valorizan: los niños y las mujeres, que trabajan a cambio de los más bajos salarios y en condiciones precarias. De esa incapacidad, enunciada, del capitalismo contemporáneo para generar valor, se deriva la recurrencia a la superexplotación del trabajo que, sostiene el autor, se define por tres mecanismos: a) aumento de la intensidad del trabajo, b) prolongación de la jornada reglamentaria de trabajo y, c) remuneración de la fuerza de trabajo por debajo de su valor.

Lo interesante no es que la definición del mecanismo de superexplotación sea novedosa, pues dicho mecanismo fue formulado por Ruy Mauro Marini en su ya clásico trabajo *Dialéctica de la dependencia*, para los países dependientes del capitalismo central; lo verdaderamente novedoso de la proposición es que la superexplotación del trabajo se ha extendido a los países desarrollados.

Asimismo, la precarización, que ha sido la norma en los países dependientes de América Latina, Asia y África, hoy se presenta ampliada y profundizada en los países centrales, expresada en nuevas modalidades de contratación y extracción de valor: trabajo a tiempo parcial —en el que se destacan las mujeres, especialmente las trabajadoras-madres—; trabajo a domicilio; trabajo temporal; trabajo a destajo; deterioro de los salarios reales; pérdida de derechos como

salud, seguro de desempleo, jubilación, sindicalización, etc., y desempleo en constante crecimiento.

Llama la atención la propuesta del autor, como un punto de cierre del libro que comentamos, la búsqueda de un nuevo paradigma no en la lógica del capital, sino en una “alternativa de reconfiguración del mundo del trabajo que reintegre sus derechos [del trabajador] y proyecciones históricas en cuanto factor de transformación del sistema capitalista” (cursivas nuestras).

\*Economista, profesora en la Facultad de Economía de la UNAM, en el Area de Investigación y Análisis Económico.

# ESPECIAL

## INDICE DE ARTICULOS, POR AUTOR, PUBLICADOS EN *TAREAS* N°107-115 (2001-2003)

Adames Mayorga, Enoch

Las ciencias sociales. Una perspectiva desde los sistemas mundo.  
112, 2002, pp.19-37.

Adames Mayorga, Enoch

Del saber ambiental a la ecología política: problemas y perspectivas.  
114, 2003, pp. 5-19.

Aguilar Rivera, José A.

Notas sobre la izquierda antiliberal.  
113, 2003, pp. 23-38.

Allard, Briseida

Sergio Bagú.  
113, 2003, pp. 125-136.

Amin, Samir

Islam político y globalización imperialista.  
110, 2002, pp.101-107.

Amin, Samir

La economía política del siglo XX,  
113, 2003, pp. 5 - 22.

Arriagada, Irma

Mujer y nuevas tecnologías,  
109, 2001, pp.5-19.

Arrighi, Giovanni,  
La globalización, la soberanía estatal y la interminable acumulación de capital,  
109, 2001, pp.107-138.

Beall, Jo,  
Identificación de oportunidades para la planeación con perspectiva de género en  
desarrollo urbano,  
109, 2001, pp.21-29.

Beck, Ulrich,  
La sociedad del por qué no, 115, 2003, pp. 97-103.

Brown Araúz, Harry,  
Hacia la consolidación del sistema de partidos políticos panameños (1990-1999),  
111, 2002, pp.5-26.

Cabrera Arias, Magela,  
Sociedad de la información y desarrollo humano en Panamá,  
115, 2003, pp. 109-126.

Camargo G., Juana y Rebeca Yanis,  
La política neoliberal y las políticas públicas de género,  
112, 2002, pp.65-77.

Candanedo, Miguel Angel, Algunas preguntas y respuestas sobre la asamblea  
nacional constituyente,  
111, 2002, pp.125-136.

Cardoso, Fernando Henrique,  
La nueva agenda,  
115, 2003, pp. 105-108.

Carotenuto, Gennaro,  
Droga, petróleo y EEUU. Las razones del poder de los talibán,  
110, 2002, pp.121-128.

Casanova González, Pablo  
La explotación global,  
108, 2001, pp.87-103.

Castells, Manuel  
La ciudad de la nueva economía, 110, 2002, pp.5-21.

Castillero Calvo, Alfredo

El Centenario y Panamá Vieja como patrimonio mundial,  
115, 2003, pp. 133-140.

Castro Herrera, Guillermo  
Ciencia, cultura y cultura de la ciencia,  
110, 2002, pp.43-54.

Castro Herrera, Guillermo  
Crecer con el mundo,  
112, 2002, pp.39-41.

Castro Herrera, Guillermo  
Panamá: Agua y desarrollo en vísperas del segundo siglo,  
114, 2003, pp. 21-52.

Castro, Fidel  
Discurso a los argentinos,  
114, 2003, pp. 93-127.

Chomsky, Noam  
La nueva guerra contra el terror, 110, 2002, pp.69-100.

Coordinadora Campesina Contra los Embalses,  
Campesinos exigen “derogación inmediata de ley 44”,  
107, 2001, pp.139-141.

Coyula, Mario,  
El futuro de la ciudad: desarrollo en equilibrio,  
107, 2001, pp.27-39.

De Cruz S., Porfirio,  
Victoriano Lorenzo en la historia de Panamá,  
114, 2003, pp. 83-91.

Dello Buono, Richard A.,  
Las crisis sociales y el cambiante panorama de los partidos políticos,  
111, 2002, pp.27-49.

Díaz Cueva, Antonio,  
Ecología política y gobernabilidad ambiental,  
115, 2003, pp.143-144.

Eco, Humberto,  
Las guerras santas: pasión y razón, 110, 2002, pp.109-120.

Figuroa Navarro, Alfredo,

La magia de Rogelio Sinán Una lectura sociológica,  
113, 2003, pp. 121-124.

Foro Social Económico Alternativo,  
Estrategia alternativa de desarrollo,  
115, 2003, pp.43-72.

FPS, Coyuntura electoral y realidad nacional.  
114, 2003, pp. 144.

Gandásegui, h., Marco A.  
Procesos electorales y movimientos sociales.  
109, 2001, pp.79-94.

Gandásegui, h., Marco A.  
El sistema mundo y la transición,  
112, 2002, pp.5-17.

Gandásegui, h., Marco A.  
Los retos que enfrentan el país y el Canal de Panamá, 113, 2003, pp.39-51

Gandásegui, h., Marco A.  
Democracia y movimientos sociales en Panamá en el Centenario de la República,  
115, 2003, pp.5-30.

García, Olmedo,  
El *Ranking* universitario y la Universidad de Panamá, 115, 2003, pp.127-131.

Gobierno de la República de Panamá y el Gobierno de Estados Unidos,  
Acuerdo entre Panamá y EEUU sobre entrega de criminales de guerra a la Corte  
Penal Internacional,  
114, 2003, pp. 141-143.

Góngora Meneses, Nilva  
Maestría en Sociología con énfasis en Gestión Ambiental: su papel en la cons-  
trucción del saber ambiental,  
114, 2003, pp. 67-72.

González Henríquez, Simeón,  
Entre la agitación y la ineficacia,  
109, 2001, pp.95-105.

González Henríquez, Simeón, Comentarios sobre la propuesta de reforma tributaria, 111, 2002, pp.137-142.

González Henríquez, Simeón,  
Cien años de vida política,  
114, 2003, pp.129-131.

Goren, Nora J.  
Trayectorias laborales de mujeres jóvenes argentinas, Un estudio de caso,  
111, 2002, pp.89-106.

Gorostiaga, Xabier  
Hacia el 2015: tendencias dominantes en Centroamérica,  
112, 2002, pp.85-117.

Grau, Lester W.  
¿Por qué Afganistán?  
110, 2002, pp.129-143.

Herrera J., Ligia  
La salud en la ciudad de Panamá, 107, 2001, pp.95-103.

Hobson, Bárbara  
Identidades de género, recursos de poder y Estado de bienestar, 109, 2001,  
pp.31-37.

Illueca, Enrique M.  
Panamá debe prohibir tránsito de desechos radiactivos,  
113, 2003, pp.53-71.

Kay, Cristóbal  
Estructuralismo y teoría de la dependencia en el periodo neoliberal: una  
perspectiva latinoamericana,  
108, 2001, pp.63-86.

Korsi, Demetrio  
Incidente de cumbia,  
112, 2002, pp.143-144.

Marco Serra, Yolanda  
El aborto en Panamá, el problema social desde la perspectiva de la bioética,  
111, 2002, pp.107-123.

Martínez O., Aristides  
La identidad nacional en la poesía panameña,  
113, 2003, pp. 137-144.

Méndez, Roberto N.  
Verdades y medias “verdades” sobre la separación de Panamá de Colombia,  
114, 2003, pp. 133-136.

Mendoza, Carlos A. y Vicente Stamato  
Clase y etnia en el Panamá colombiano, 115, 2003, pp. 31-42.

Miró G., Carmen A.  
Reunión del Grupo Ecología y Política de CLACSO,  
113, 2003, pp. 117-119.

MONADESO  
Acuerdos del II Encuentro,  
107, 2001, pp.142-144.

MONADESO  
Ascenso de la protesta social y la movilización popular del 9 de mayo,  
109, 2001, pp.142-144.

Muñoz, María R. de y Armando Muñoz P.,  
La colonia escocesa en Darién: sinopsis histórica.,  
113, 2003, pp. 91-111.

Neruda, Pablo,  
“Futuro de un Canal”,  
115, 2003, pp.141-142.

O'Connor, James  
Las condiciones de producción y la producción de las condiciones,  
107, 2001, pp.5-25.

ONU  
Protocolo facultativo de la convención sobre la eliminación de todas las formas de discriminación contra la mujer,  
109, 2001, pp.54-60.

Organizaciones populares,  
Propuestas a los desafíos de la Caja de Seguro Social,  
115, 2003, pp. 73-95.

Pastoral Social-Cáritas de Panamá y otros,  
El proyecto de ampliación del Canal de Panamá carece de visión, 107, 2001,  
pp.131-137.

Pizzurno, Patricia  
Aspectos de la vida cotidiana del patriciado panameño a inicios del siglo XX,  
112, 2002, pp.43-63.

Podestá, Jorge y Roberto Tardí,  
El aporte de Antonio Gramsci para el estudio de la crisis,  
108, 2001, pp.127-144.

Portantiero, Juan Carlos  
Gramsci y la crisis cultural del 2000: en busca de la comunidad,  
108, 2001, pp.105-126.

Pulido Ritter, Luis  
La literatura de la trans migración,  
113, 2003, pp.73-90.

Regazzoni, Quinto  
El reto del diálogo global,  
112, 2002, pp.79-83.

Rivera, Pedro  
1903, “incendio de sollozos”,  
111, 2002, pp.143-144.

Rodríguez Araujo, Octavio  
La izquierda en el mundo, problemas y perspectivas,  
112, 2002, pp. 139-142.

Rodríguez Mojica, Alexis  
Desarrollo, dependencia y capitalismo,  
108, 2001, pp.5-22.

Rodríguez Mojica, Alexis  
Victoriano Lorenzo en la guerra de los Mil Días,  
114, 2003, pp. 73-82.

Salazar Chambers, Pedro  
Nuevo aniversario, nueva revista,  
109, 2001, pp.139-141.

Sánchez J., Ceferino  
¿Tecnología sin ciencia? Necesidad de construir una capacidad nacional de investigación,  
110, 2002, pp.23-42.

Simposio sobre ética y desarrollo sustentable  
Manifiesto por la vida. Por una ética para la sustentabilidad,  
112, 2002, pp.119-137.

Sotelo Valencia, Adrián  
La crisis de los paradigmas y la teoría de la dependencia en América Latina,  
108, 2001, pp.39-61.

Sotelo Valencia, Adrián  
La vigencia del pensamiento marxista de Ruy Mauro Marini y la teoría de la dependencia,  
111, 2002, pp.75-87.

Spence Herrera, Edgar  
Piel oscura Panamá: ensayos y reflexiones al filo del Centenario,  
114, 2003, pp. 137-139.

Staff Wilson, Mariblanca  
Ratificación del protocolo facultativo a la CEDAWEN Panamá. Crónica de un debate,  
109, 2001, pp.39-53.

Sutter, Paul  
Ambiente, enfermedad y programa sanitario de EEUU en Panamá, 1904-1914.  
No.107, 2001, pp.59-94.

Tarté, Rodrigo  
Las cuencas hidrográficas y el desarrollo nacional,  
109, 2001, pp.71-78.

Tarté, Rodrigo  
Cultura científica y el papel de la sociedad en la promoción de la investigación,  
110, 2002, pp.55-68.

Tribunal Centroamericano del Agua  
Condena a delitos ambientales en Panamá,  
107, 2001, pp.123-130.

Uribe, Alvaro  
La integración del área del Canal y la nueva ciudad de  
Panamá,  
107, 2001, pp.41-58.

Urriola Candanedo, Gregorio  
Dependencia, desarrollo y postmodernidad,  
108, 2001, pp.23-38.

Viña Carregal, Anxel  
Población y economía local en los centros históricos,  
107, 2001, pp.105-121.

Wong Vega, Luis  
Cuatro tesis sobre la ciencia en Panamá,  
111, 2002, pp.51-73.

Yao, Julio  
Panamá marcha contra la guerra,  
113, 2003, pp.113-115.

Zárate P., Manuel F.  
La contaminación de la bahía de Panamá: un nuevo reto,  
109, 2001, pp.61-70.

Zárate P., Manuel F.  
Formación y contradicciones del ambientalismo panameño, 114, 2003, pp. 53-66.

# **Coloquio Internacional José Martí “Por una Cultura de la Naturaleza”**

La Habana, Cuba, del 25 al 27 de octubre de 2004

## **CONVOCATORIA**

Con motivo del aniversario 150 del natalicio del Héroe Nacional cubano José Martí, destacada figura de la cultura iberoamericana y pensador universal que se preocupó e interesó de manera excepcional por la justicia social y por el destino de la humanidad, se efectuó en La Habana la Conferencia Internacional POR EL EQUILIBRIO DEL MUNDO, que reunió a cientos de académicos, promotores culturales e intelectuales en general de más de 45 países de todos los continentes. Ellos debatieron sobre los más acuciantes problemas que agobian al mundo en que vivimos y sobre las formas de enfrentarlos.

La continuidad a esos esfuerzos de personas de buena voluntad para reflexionar, sembrar ideas en la opinión pública y tratar de aportar al debate mundial en función de favorecer el bienestar de la humanidad, preservar el medioambiente y coadyuvar a la paz, fue uno de los acuerdos del foro de la capital cubana.

De ahí la presente Convocatoria al Coloquio Internacional José Martí “POR UNA CULTURA DE LA NATURALEZA”, destinado a profundizar en temáticas más puntuales y de interés vital en la vida contemporánea y futura, así como a dar a conocer y afirmar la riqueza y el legado de la cultura de Nuestra América y universal en el contexto de la agenda actual.

Este foro cuenta con el coauspicio de la Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura; la Oficina Regional de Cultura de la UNESCO para la América Latina y el Caribe; y otras muchas organizaciones internacionales y regionales; así como universidades e instituciones científicas de distintos países de todos los continentes.

Es propósito de los organizadores lograr la participación más amplia y abarcadora posible, para tratar las principales preocupaciones en torno a la creciente degradación del medioambiente, al tiempo que analizar las diferentes propuestas para atenuar o solucionar ese grave problema que amenaza con liquidar la vida en la Tierra. Esto significa también tener al ser humano, principal modificador de la naturaleza, como centro del análisis, por lo cual los aspectos económicos sociales relacionados con el desarrollo sustentable ocuparán necesariamente un espacio destacado en los debates.

El impulso para instrumentar y favorecer una cultura universal que interprete justamente la relación dialéctica hombre naturaleza (mediante el estrechamiento de vínculos directos entre representantes de organizaciones e instituciones, el análisis y el conocimiento de experiencias de trabajos comunitario, la profundización en disciplinas y programas docentes de educación ambiental, el estudio del papel de los medios de difusión para influir sobre la opinión pública, la constitución de redes electrónicas a nivel regional e internacional, entre otras acciones) constituirá uno de los objetivos fundamentales de este Encuentro.

El foro del 25 al 27 de octubre del 2004 también aspira a contribuir a la conexión de las diferentes disciplinas del conocimiento, en particular entre las llamadas ciencias sociales y humanísticas y las ciencias naturales y exactas, puesto que hoy es imprescindible que no se separen los problemas y concepciones que afectan las relaciones entre los seres humanos y las de éstos con el entorno natural, fuente de la vida en nuestro planeta.

Acogerá a los delegados el Hotel Nacional de Cuba, en La Habana, un magnífico escenario con todas las comodidades para una convención de este tipo, ideal para hacer amigos de todas las latitudes e intercambiar, con la tranquilidad necesaria, acerca de los temas de la agenda.

El Comité Organizador, al igual que lo hicimos en enero del 2003, creará todas las condiciones para que los participantes tengan una grata, provechosa y memorable estancia, y para asegurar que trasciendan, de manera notable, los resultados de este Coloquio Internacional José Martí "POR UNA CULTURA DE LA NATURALEZA"